

CAPÍTULO OCHO

[Ilustración 10]

Por su sombra se miden las torres, y por sus envidiosos a los hombres.

Contiene este octavo capítulo tres episodios (molinos-frailes-vizcaíno) y una serie de diálogos entre los dos protagonistas, todos inspirados en las experiencias y en el trabajo doctrinal desarrollado por Loyola con los estudiantes y futuros compañeros de París.

Se trata, como siempre, de imitar y dotar al texto de un aire novelesco y unos diálogos realistas que sirvan para recrear críticamente las dos dispares versiones contadas por Gonçalves y Ribadeneyra.

El capítulo finaliza con el genial recurso del manuscrito agotado, prueba inequívoca y brillante del trabajo de imitación realizado por Cervantes sobre las peculiaridades semánticas y estructurales del Relato.

MOLINOS

Si en los capítulos seis y siete recurrimos a la imagen panorámica del fuego y el humo inquisitorial cubriendo los cielos de la Europa de las religiones, ahora es Cervantes quien nos ofrece la espectacular y célebre metáfora de un horizonte plagado de molinos de viento que la imaginación de don Quijote convertirá enseguida en colosales gigantes

En esto, descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo

El sentido metafórico de la totalidad del capítulo se aprecia desde este primer dato ofrecido por el narrador, pues “la expresión *treinta o cuarenta* parece a todas luces hiperbólica, puesto que no existen ni creo que hayan existido jamás concentraciones tan grandes de molinos en La Mancha, que, a lo sumo se extienden a diez, como en Consuegra.”¹¹³⁹

Dionisio Martín aprecia, en tan caprichosa cifra, una alusión al momento de la salida de Loyola de Salamanca

Muchas personas principales le hicieron grandes instancias que no se fuese, mas nunca lo pudieron acabar con él; antes 15 ó 20 días después de haber salido de la prisión, se partió solo, llevando algunos libros en un asnillo. (R, 72)

“Treinta o cuarenta es justo el doble de quince o veinte, parece que Cervantes, para poner en conexión la salida de Salamanca con la llegada a París, ha multiplicado simplemente por 2 la cifra del Relato con la que se establece el fin de un periodo y el inicio de otro”¹¹⁴⁰.

Al manifiestamente hiperbólico dato de los numerosos molinos, debe añadirse el punto geográfico “aquel campo”, identificable, según se adelantó a finales del capítulo siete, con “el campo de Montiel”, localidad situada al sudeste de Ciudad Real. No obstante, el lugar concreto “aquel campo” no parece real, sino ficticio, pues carecemos de noticias históricas que avalen la existencia de un espacio, en las inmediaciones de Montiel, desde donde se contemplara, de pronto, semejante horizonte. Aunque es cierto que por “documentos histórico-geográficos de la época consta que los molinos de viento fueron implantados en gran número en La Mancha hacia 1575”¹¹⁴¹, también parece cierto que en ningún lugar de la Mancha existiera una concentración de molinos tan exagerada como la descrita por el narrador, cuya intención, como hemos dicho, no puede ser otra

¹¹³⁹ Muñoz Romero 2001: 35.

¹¹⁴⁰ Dionisio Martín 2012.

¹¹⁴¹ Paz Gago 1995: 184.

que relacionar, a través del metafórico número, la salida de Salamanca y la llegada a París

Muchas personas principales le hicieron grandes instancias que no se fuese, mas nunca lo pudieron acabar con él; antes 15 ó 20 días después de haber salido de la prisión, se partió solo, llevando algunos libros en un asnillo: y llegado a Barcelona, todos los que le conocían le disuadieron la pasada a Francia por las grandes guerras que había, contándole ejemplos muy particulares, hasta decirle que en asadores metían los españoles; mas nunca tuvo ningún modo de temor. Y así se partió para París solo y a pie, y llegó a París por el mes de Febrero. (R, 72-73)

De la misma forma que este breve fragmento del Relato resume el viaje y el cambio de domicilio de Loyola, el simbólico número de molinos resume el cambio de escenario de don Quijote. Conozcamos la versión de Ribadeneira sobre el mismo momento

Pero, mucho más se inclinaba a buscar y llegar compañeros, para con más comodidad y aparejo emplearse todo en la ayuda espiritual de los prójimos. Esta, al fin, fue su resolución, como cosa a la cual el Señor le llamaba; y este propósito tuvo, aun cuando estaba en la cadena de Salamanca. De la cual, luego que se vio suelto y consideró los estorbos que allí se le ponían para la ejecución de su deseo, juzgó que le convenía mudar su asiento de aquella universidad. Y así se salió della con harta contradicción de muchos hombres principales, a los cuales dolía en el alma esta partida. Salió con determinación de irse a la universidad de París, a donde Dios le guiaba para favorecerle, como le favoreció.

Tratada, pues, y acordada la jornada con sus compañeros, se partió solo camino de Barcelona a pie, llevando un asnillo delante cargado de libros. Llegado a Barcelona y tratando su negocio y camino con sus conocidos y devotos (que tenía allí muchos del tiempo pasado), todos con grandes y eficaces razones lo desaconsejaron la jornada de París. Poníanle delante el frío muy áspero que hacía, por ser en medio del invierno, la guerra ya rompida y muy sangrienta que había entre España y Francia, y los peligros y trabajos de que por causa de la guerra estaba lleno el camino. Contábanle muchos y frescos ejemplos de horribles crueldades que en aquel camino de Francia los soldados habían ejecutado contra los caminantes. Mas no bastaron todas estas cosas a detenerle, porque se sentía llevar del favorable viento del Espíritu Santo, y hallaba paz en la guerra, y en los peligros seguridad y en los trabajos descanso. Y así se dio a caminar por medio de Francia a pie, y con el favor de Dios que le guiaba llegó a París, sano y sin pasar ningún peligro, al principio de febrero de mil y quinientos y ventiocho años. (Vida I, XVI)

Una breve comparación entre las dos versiones nos muestra, una vez más, sutiles manipulaciones de Ribadeneira y la forma acostumbrada de vaciar el texto de contenido hinchándolo de aire, aquí, concretamente, de viento, aunque silenciando, como siempre, lo que estima conveniente, por ejemplo, los “15 ó 20 días” posteriores a la prisión (tal vez por eso Cervantes los haya escogido como referente), o inventando otro tipo de datos. Por ejemplo, donde el Relato informa, vaga e imprecisamente, sobre el viaje hasta Barcelona, solo y “llevando algunos libros en un asnillo”, en la Vida se aportan detalles concretos sobre la forma de viaje (“se partió solo camino de Barcelona a pie, llevando un asnillo delante cargado de libros”), siempre con claras intenciones de propaganda heroica, de magnificar el sacrificio, pues se especifica que fue “a pie”, con el asnillo siempre “delante” y, en vez de con “algunos libros”, “cargado de libros”, todo

encaminado a resaltar el esfuerzo, la imposibilidad de que, en algún momento, Loyola pudiera montarse en el burro.

Pero donde realmente se explaya es en la descripción del conflicto bélico entre Francia-España y, sobre todo, en el valor de Loyola y en la superprotección dispensada por dios. Veamos las coincidencias (en negritas) y diferencias entre las dos fuentes, pues serán decisivas en la parodia cervantina

RELATO	VIDA
mas nunca tuvo ningún modo de temor	<i>Mas no bastaron todas estas cosas a detenerle, porque se sentía llevar del favorable viento del <u>Espíritu Santo</u>, y hallaba paz en la guerra, y en los peligros seguridad y en los trabajos descanso</i>
Y así se partió para París solo y a pie , y llegó a París por el mes de Febrero	<i><u>Y así</u> se dio a caminar por medio de Francia a pie, y con el favor de Dios que le guiaba llegó a París, sano y sin pasar <u>ningún peligro</u>, al principio de febrero de mil y quinientos y <u>ventiocho años</u></i>

La breve alusión a la falta de “temor” y la llegada a París se convierten en la Vida en una demostración incuestionable del valor de Loyola y, especialmente, de su excepcional protección divina, siempre favorecido por el “Espíritu Santo”, guiado por “Dios” y, por lo tanto, “sano y sin pasar ningún peligro”, pura y recurrente retórica religiosa muy de moda en la época desde que Cisneros entrara victorioso (1509) en Orán “tras una travesía en la que se disfrutó de un viento excepcionalmente favorable. <<Paresçio notoriamente que aquel cardenal nuestro señor tenía el viento en la manga; e así lo dezían públicamente los marineros>>”, escribía Juan de Cazalla, añadiendo, con una cita de san Agustín, que aquel viento era el Espíritu de Dios que insuflaba sobre los castellanos.”¹¹⁴²

Ribadeneyra hace partícipe a Loyola de ese “ambiente saturado de profecías y expectativas mesiánicas”¹¹⁴³ tan del gusto ultraortodoxo y patriotero del momento, a lo que responde Cervantes poniendo en boca de don Quijote una primera frase alusiva a la doble protección divina, al “favorable viento del Espíritu Santo” y al “favor de Dios” que, según Ribadeneyra, guiaba a Loyola.

FAVORES O VENTURAS

Loyola atravesó sin problemas gran parte de la Francia en guerra porque, según Ribadeneyra, “se sentía llevar del favorable viento del Espíritu Santo” y porque, al mismo tiempo, contó “con el favor de Dios que le **guiaba**”, una doble protección a la que alude muy sutilmente don Quijote al contemplar los molinos

-La ventura va **guiando** nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear;

“El supino del verbo *venio* es ventum, de donde procede ventus, -i, que dio en español viento. Y también ventura y aventura”¹¹⁴⁴, de forma que entre los dos vocablos (ventura + guiando) resume mágicamente don Quijote la ‘milagrosa’ ayuda que, según Ribadeneyra, favoreció la llegada de Loyola desde Salamanca a París. De nuevo lo expone, brillantemente, Dionisio Martín: “De ese modo, con el sustantivo “ventura” y el verbo “guiar”, Cervantes parodia la intervención de dios, que pone el GPS, y del

¹¹⁴² Pastore 2010: 127.

¹¹⁴³ Pastore 2010: 129.

¹¹⁴⁴ <http://www.elcastellano.org/palabra.php?id=2280>

espíritu santo, que pone la renovable fuerza motriz del viento, colocando a don Quijote en el preciso momento en que Loyola está en camino hacia Francia. Cervantes parece aprovechar la ambivalencia del término, el origen etimológico para referirse al viento que sentía Loyola, y el significado de buena suerte para aludir a la potra con que pasó a Francia sin que le ocurriera nada. ¡¡Es genial!!”¹¹⁴⁵

VIDA	QUIJOTE
- <i>se sentía llevar del favorable <u>viento</u> del Espíritu Santo</i> - <i>a donde Dios le guiaba para <u>favorecerle</u></i> - <i>y con <u>el favor</u> de Dios que le guiaba</i>	La <u>ventura</u> va guiando nuestras cosas

A pesar de la aparente simpleza, esa primera y elaborada frase de don Quijote se completa con una segunda parte no menos engorrosa (“mejor de lo que acertáramos a desear”) y cuyo objetivo es relacionar el momento citado de la llegada de Loyola a París con el momento iniciático de Sancho pues, como veremos, existe una medular interconexión entre los molinos y la tarea de captación de discípulos iniciada por Loyola en cuanto llega a París.

En efecto, una vez instalado en la capital francesa comienza a realizar labores apostólicas entre jóvenes estudiantes españoles residentes allí. Empezó contactando primero con ellos y, poco a poco, tras darle independientemente a cada uno los ejercicios espirituales, fue encauzándoles por el camino de renuncia y sacrificio que conduce hacia dios. Eso es, más o menos, lo que viene a decir Ribadeneyra en el capítulo, ya conocido, de la Vida dedicado íntegramente a encomiar las virtudes del libro de los *Ejercicios*, presentados como arma infalible para conocerse a sí mismo y evitar los peligros de quienes toman el estado religioso sin haber meditado suficientemente

*Y así, el escoger estado y tomar manera de vida habíase de hacer con mucha oración, consideración y **deseo** de agradar a Dios y de **acertar** cada uno a tomar **lo que** el Señor quiere que cada uno tome, y lo que **mejor** le está para alcanzar su último fin. (Vida I, VIII)*

Tales consejos de disposición y entrega dirigidos a quienes deseen dedicarse de lleno a la vida religiosa, parecen insertos en la frase de don Quijote pues, según él, gracias a la buena suerte, o a llevar el ‘viento’ a favor’, han acertado plenamente en el camino escogido.

El cuadro esquemático muestra cómo Cervantes sintetiza el contenido del fragmento de la Vida en una breve frase

VIDA	QUIJOTE
<i>deseo de agradar a Dios y de acertar cada uno a tomar lo que el Señor quiere que cada uno tome, y lo que mejor le está</i>	La <u>ventura</u> va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear

Ribadeneyra aconseja cautela y amor a dios a quienes se inician en el camino de la religión, una recomendación inscrita en el contexto de los Ejercicios y que Cervantes rememora ahora porque Loyola los utilizó como forma de ganar a los estudiantes parisinos para la ‘causa de dios’.

¹¹⁴⁵ Dionisio Martín 2012.

Don Quijote comenta, pues, a Sancho, acólito en formación, el acierto en la elección del camino, porque ya está contemplando el objetivo que justifica dicho acierto: los molinos con los que, igual que Loyola en París, piensa enriquecerse y que estimulan su optimismo al inicio de esta segunda salida.

GIGANTES

Sabemos por la información previa del narrador que nuestros protagonistas se encuentran ante “treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo”, aunque, sorprendentemente, don Quijote no ve lo mismo

porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta o pocos más desaforados gigantes, con quien pienso hacer **batalla** y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer, que esta es buena **guerra**, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra

La famosa interpretación de don Quijote contemplando “treinta o pocos más desaforados gigantes” donde el narrador ha visto “treinta o cuarenta molinos de viento”, vuelve a ser, siguiendo el discurso lógico de la novela, un producto del “componente paranoide” que, según Alonso-Fernández, “estaba presente desde el inicio en el delirio de autometamorfosis” de Alonso Quijano, cuya “grandeza caballeresca justiciera requería para desarrollarse el concurso de un maniqueo para hacer de enemigo. Este papel fue asignado desde el principio de la novela al acoso de gigantes de brazos descomunales”¹¹⁴⁶, fundamentalmente porque, como señala Paz Gago, en “el mundo caballeresco quienes tienen razón de ser, quienes existen *realmente* son los gigantes, y esa es la razón por la cual los molinos son investidos, de acuerdo con la nueva referencia, con la categoría de lo maravilloso aunque sólo sea en la imaginación del personaje”¹¹⁴⁷.

Ya en el capítulo cuarto asociamos ese tipo de alucinaciones de don Quijote con la técnica ignaciana de la ‘composición de lugar’ que, recordemos, consiste en “ver con la vista de la imaginación el lugar corpóreo, donde se halla la cosa que quiero contemplar. Digo el lugar corpóreo, así como un templo o monte, donde se halla Jesucristo o nuestra Señora, según lo que quiero contemplar”¹¹⁴⁸.

Como técnica metodológica, la composición de lugar aparece estrechamente vinculada con la retórica clásica y ejerció una gran importancia no solo en la espiritualidad, sino en toda la cultura barroca. Pero Loyola no partió de cero, sino que se inspiró en la Vita Christi del Cartujano: “sucesión de contemplaciones de ‘pasos’, señalada como fuente directa de los Ejercicios y en la que se concede un gran valor espiritual a la representación de imágenes religiosas”¹¹⁴⁹, utilizadas “como instrumento de captación personal a través de los sentidos”¹¹⁵⁰ y como “acto preparatorio para la contemplación o meditación”¹¹⁵¹.

Se propone, pues, un ejercicio ilusorio consistente en ver con la ‘vista de la imaginación’ algo corpóreo, real, para recrearse en “lo que quiero contemplar”, de forma que cualquiera situado en su casa, o frente a un paisaje, puede ‘trasladarse’, bonitamente, desde el lugar en que se halla hasta donde su imaginación le transporte.

¹¹⁴⁶ Alonso-Fernández 2005: 104

¹¹⁴⁷ Paz Gago 1995: 194.

¹¹⁴⁸ Loyola 1991: 47: 236.

¹¹⁴⁹ Mancho 1993: 603-608.

¹¹⁵⁰ Mancho 1993: 4: 604.

¹¹⁵¹ Mancho 1993: 603-608.

Es, más o menos, lo que acaba de hacer don Quijote. Se encuentra ante un horizonte con unos cuantos molinos de viento y él ve, con la vista de la imaginación, “treinta o poco más desaforados gigantes”.

No es, pues, casual que, al inicio de este capítulo ocho, hayan aparecido dos de los términos que, según los ejercicios espirituales, se encuentran más relacionados con la composición de lugar: la imaginación, citada en el epílogo del capítulo (“la espantable y jamás imaginada aventura”) y, después, la vista, presente en la línea segunda (“así como don Quijote los vio”).

Que ese “vio” se encuentra relacionado con “la vista de la imaginación” lo ha corroborado ya el narrador y lo hará, inmediatamente, Sancho. Ambos ven molinos donde don Quijote, de cuya locura estamos advertidos, ve gigantes.

Pero ¿quiénes son esos desaforados gigantes que él contempla y los demás no? ¿A qué viene tal afán belicoso y la intención de “hacer batalla y quitarles a todos las vidas”?

Según Covarrubias, desaforado es “el airado, que sin tener cuenta con la razón y la justicia, se arroja a hazer algún mal hecho”¹¹⁵², es decir, los gigantes ‘vistos’, o que quiere ver don Quijote, son monstruos dedicados a hacer el mal sin tener en cuenta la razón y la justicia; poderes inmensos, gigantescos, “mala simiente” que él pretende arrancar de “la faz de la tierra” y que, a lo largo de toda la novela, tanto en la Primera como en la Segunda Parte, se irán revelando como símbolos, no de seres imaginarios, sino de personas de carne y hueso, monstruos que ensoberbecidos¹¹⁵³ por el poder y la fuerza imponen su criterio con menosprecio de los demás.

No son, pues, gigantes, sino los mismos monstruos que aterrorizaban a Goya (“Ya, ya, ya; ni temo a brujas, duendes, fantasmas, balentones, gigantes, follones, malandrines, etc. ni ninguna clase de cuerpos temo, sino a los humanos”¹¹⁵⁴), ‘colosos’ creados por los humanos, los horribles ‘endriagos’ que hostigaron a Loyola en Alcalá y Salamanca, la misma Inquisición que, al poco de llegar a París, volvió a proyectar sobre él su larga sombra.

Don Quijote transforma los molinos de viento en desaforados gigantes porque, en su delirio paranoide, al “sentirse enfocado por la óptica de poderosos enemigos, con una intención aviesa, el ego del hidalgo, ya de por sí dilatado, se sintió aun más grandioso, al haber atraído la atención de gente tan importante”¹¹⁵⁵; necesitaba “poner a prueba su capacidad caballeresca”¹¹⁵⁶ para sentirse engrandecido “por contar con enemigos entre los más importantes encantadores y magos”¹¹⁵⁷.

¿No podrían aplicarse, al hilo de sus aspiraciones de santidad, esas mismas teorías a Loyola?¹¹⁵⁸ ¿No debería plantearse la imperiosa búsqueda de heroísmo martirial como una forma de poner a prueba la capacidad mortificadora, la ejemplaridad?

¹¹⁵² Covarrubias 1993.

¹¹⁵³ “todos son soberbios y descomedidos” (QI, I), o, “Hemos de matar en los gigantes a la soberbia” (QII, VIII)

¹¹⁵⁴ Goya 1981: 253.

¹¹⁵⁵ Alonso-Fernández 2005: 104.

¹¹⁵⁶ Alonso-Fernández 2005: 111.

¹¹⁵⁷ Alonso-Fernández 2005: 111.

¹¹⁵⁸ “El encantador es el enemigo de Sancho Panza, el que aniquila su visión de la realidad, su proclamación de la evidencia. Don Quijote lo utiliza como argumento contundente, pues con él golpea al escudero. Da igual creer que no creer en los encantadores, porque como argumento son indiscutibles. Creer en los encantadores es como creer en Dios. <<¡Lo hizo Dios!>>, dice la persona poseída por la fe. ¿Quién la convence de lo contrario? Don Quijote maneja los encantadores como una maza apabullante.”
Torrente 2004: 104.

El discurso, caballeresco-religioso, se encuentra extraordinariamente amalgamado y nos muestra, una vez más, que la locura de don Quijote viendo “lo que no es” o, como dice Marasso, viendo las cosas “como las crea y las cree”¹¹⁵⁹, es un ejemplo patente de composición de lugar, un ejercicio para ver las cosas no como son, sino como las “quiero contemplar”, como don Quijote quiere que las contemple su acólito Sancho a quien está adoctrinando por primera vez en un trabajo de campo.

No olvidar que el personaje recién salido de Sancho representa a los discípulos con quienes Loyola contactó en París y a quienes tuteló e instruyó personalmente dándoles a cada uno los ejercicios por separado. Ese es el momento cronológico que se parodia, el primer ejercicio con el que don Quijote pretende transmitir, o contagiar, a Sancho de su locura. Lo expone muy acertadamente el jesuita Cacho: “El heredero del Quijote fue Sancho, que prolongó la locura de su señor. La heredera de Ignacio fue la Compañía, que transformó en cordura la locura de su fundador”¹¹⁶⁰.

Con devota veneración, Cacho llama loco a Loyola, aunque refiriéndose, claro está, a la locura de amor, a la entrega vehemente a su causa, pero ¿es que la locura de don Quijote es distinta? ¿No son, salvo ciertos rasgos de distorsión caballeresca, locuras idénticas, entregas absolutas a causas idealistas que tratan de imponer a los demás como únicas y verdaderas? Otra cosa es la conclusión de Cacho, el astuto requiebro lingüístico con el que, a pesar del planteamiento comparativo, aleja, muy sutilmente, a la carcunda o ribadeneyresca “heredera” de la locura de su señor.

No es casual que, en el plano de la realidad, las figuras escogidas por Cervantes, los molinos, contengan también un elemento, el viento, sutilmente asociado al lenguaje profundo pues, como vimos al principio, Loyola, a pesar de los consejos de sus amigos catalanes de no atravesar la Francia en guerra, no hizo caso alguno “*porque se sentía llevar del favorable viento del Espíritu Santo*”.

Es un viento especial, un ‘don’ espiritual, un importante regalo divino sacado a colación tanto en la Vida como en la novela, porque fue, recordemos, uno de los pretextos claves con que los dominicos de Salamanca intentaron enredar con silogismos a Loyola para hacerle confesar que su conocimiento no provenía del estudio, sino que era un ‘don’ recibido del “*Espíritu Santo*”, trampa que de surtir efecto le habría fatalmente vinculado con la herejía de los alumbrados.

Por esa razón, en la edición latina de la Vida (1572), todavía no se mencionaba en este fragmento al espíritu santo, solo se hacía referencia a un genérico impulso divino (*ac divino concitatum impulsu*) que, después, a partir de la edición castellana de 1583, cuando ya dominicos y jesuitas habían sellado el pacto de no agresión, Ribadeneyra concretizó, reivindicativamente, en la tercera persona de la trinidad.

Así, pues, además del tamaño, Cervantes escogió los molinos como objetos transmutables de las paranoias quijotescas porque a Loyola, poco después de llegar a París, le ocurrió lo mismo que en Alcalá y Salamanca, volvió a tener problemas con la autoridad eclesiástica francesa, probablemente alertada por la Inquisición española.

Desde esa perspectiva, el molino de viento resulta en sí una fantástica alegoría del poder inquisitorial, una máquina gigantesca, movida por el viento de la maledicencia y la difamación, capaz de reducir a polvo a todo cuanto caiga en sus fauces.

Cuando don Quijote se enfrenta a los molinos sí sabe lo que hace, son los demás, como Sancho, quienes no comprenden la obligatoriedad, el compromiso de atacar aunque se presuponga el fracaso de antemano. Debe hacerlo igual que lo hizo Loyola porque, en la carrera hacia la santidad, era consciente de los sinsabores, del cáliz de injusticia y dolor que debía beber hacia Cristo. Por eso dice la visionaria Aubier que enfrentarse a los

¹¹⁵⁹ Alonso-Fernández 2005: 144.

¹¹⁶⁰ Cacho 2003: 308.

molinos además de una locura es “un signo de grandeza de alma [...] Los molinos simbolizan los poderes establecidos independientemente de cualquier razón de ser [...] simbolizan el infortunio típico y particular contra el que tropiezan algunas naturalezas imprudentes cuando se enfrentan sin artimañas ni precauciones con la temible realidad de las cosas de este mundo.”¹¹⁶¹

El molino es una máquina construida, mantenida y dirigida por hombres, pero al final es la fuerza cambiante e incontrolable del viento quien los mueve, terrible alegoría sobre las veleidades y el destino humano, sobre el devenir y el mudar de nuestros avatares.

La conexión con las fuentes queda reforzada por la terminología bélica utilizada por don Quijote, que tiñe de tono caballeresco el casi evidente texto religioso inspirado en expresiones del capítulo núcleo de la Vida, en los abusos metafóricos de un Ribadeneyra que gusta de términos castrenses como guerra (“¿*Qué manera de guerra es esta en que andamos?*”) o batalla (“*fue gravísimo el tormento que sintió, y mucho mayor la fatiga que daba a su alma la lucha de esta espiritual batalla*”)

VIDA	QUIJOTE
<i>la lucha de esta espiritual batalla</i>	con quien pienso hacer batalla
<i>Qué manera de guerra es esta</i>	<u>esta es buena guerra</u>

Durante varios años Loyola se mantuvo en ‘guerra’ con una Inquisición que le persiguió injustamente, contra el brazo armado de una Iglesia alejada del espíritu cristiano, del “servicio de Dios”, al que se muestra fiel don Quijote. Así se entiende también la idea del beneficio que piensa obtener a costa de los despojos (“con cuyos despojos comenzaremos a **enriquecer**”), pues Loyola, gracias a la defensa del cristianismo apostólico y a los sufrimientos que esa ‘lucha’ le ocasionó, fue ganando méritos, enriqueciéndose, según expresión de Ribadeneyra: “*Dios nuestro Señor fue descubriendo los resplandores de sus dones y virtudes con que había **enriquecido** y hermoseedo el ánimo de su siervo Ignacio*”¹¹⁶².

Aunque distorsionado por la chatarrería caballeresca, el trasfondo de las palabras de don Quijote sigue siendo religioso, acomodándose a la evolución espiritual y al lenguaje de un Loyola que muestra integridad cristiana en todos sus actos, en su permanente “voluntad de ir adelante en el **servicio de Dios**”¹¹⁶³ con la misma entrega y entusiasmo que, como indica el referente, está mostrando don Quijote

RELATO	VIDA	QUIJOTE
	<i>con que había enriquecido y hermoseedo el ánimo de su siervo Ignacio</i>	con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer
mostraba mucho hervor y mucha voluntad de ir adelante en el servicio de Dios		esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios

Igualmente combativa y con matices religiosos resulta la última frase (“es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra”), aparentemente la

¹¹⁶¹ Aubier 1981: 28-29. (Mi agradecimiento al gran erudito cervantino Juan Sánchez Osorio por sus perspicaces observaciones al respecto).

¹¹⁶² Vida, A los hermanos.

¹¹⁶³ R, 21.

adecuación cervantina de una cita de la Eneida (“Virgilio”¹¹⁶⁴), aunque lo que se parodia realmente es la terminología de la Contrarreforma usada contra herejes, judíos, conversos y contra cualquiera que no demostrara pureza de religión y sangre. Precisamente en el libro de los *Ejercicios Espirituales* se repite hasta seis o siete veces la expresión “sobre la haz de la tierra”, también presente en la Vida y asociada, casi siempre, a metafóricas y ‘perniciosas’ simientes¹¹⁶⁵.

En definitiva, la primera intervención de don Quijote en este capítulo es un verdadero mosaico de alusiones al Relato y la Vida en torno al momento de la llegada de Loyola a París y su inmediato enfrentamiento con la Inquisición, trasfondo de esos monstruos gigantes a los que don Quijote piensa enfrentarse para “quitarles a todos las vidas” y enriquecerse con sus despojos en una “buena guerra” al “servicio de Dios”, pues los gigantes, concluye, son la “mala simiente” que, en misión redentora, deben quitarse “de sobre la faz de la tierra”, todo un programa alegórico con el que el caballero trata de introducir al novicio Sancho, “poco cursado” en aventuras, por la senda de la entrega y el heroísmo cristiano frente a la ortodoxia acomodaticia, genialmente sintetizada por la sobrina cuando, en el capítulo anterior, le reprochaba a su tío meterse en “pendencias” en vez de “estarse pacífico en su casa”.

BRAZOS KILOMÉTRICOS

Pero Sancho acaba de iniciarse, su formación es tan incipiente que, ignorando el sentido metafórico de las ‘visiones’ de su amo, responde inocentemente

-¿Qué gigantes? –dijo Sancho Panza.

-Aquellos que allí ves –respondió su amo-, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

Don Quijote ha utilizado una medida itineraria, un vocablo, legua (según Covarrubias de origen ¡francés!) equivalente a poco más de cinco kilómetros y medio, de forma que cada uno de los brazos, de esos más de treinta gigantes, pueden llegar a medir hasta casi once kilómetros, dimensiones espectaculares que, en conjunto, conforman un inverosímil horizonte tan turbador y alucinatorio que, como señala Rodríguez Almodóvar, da cuenta de “la familiaridad de don Miguel con las criaturas de la fantasía tradicional”¹¹⁶⁶, con aquellos gigantes fabulosos del folklore europeo capaces de desplazarse por el globo terráqueo dando zancadas entre distintos países y agarrando a la gente desde distancias kilométricas.

Pero ¿quién, sino la Inquisición, poseía entonces un “poder gigantesco”¹¹⁶⁷ capaz de llegar con sus brazos desde Salamanca a París?

Con una medida originaria de Francia, don Quijote construye una figura descomunal y exorbitante que evoca los ilimitados márgenes de la opresión que en esos momentos irradia de España: “La represión española se distingue menos por su crueldad que por el poderío del aparato burocrático, policiaco y judicial de que dispone. Su organización centralizada cubre toda la Península con malla apretadísima; hasta posee sus antenas en el extranjero, como lo prueban las gestiones hechas en Alemania, en Italia o en Francia contra Servet y contra Castillo”¹¹⁶⁸.

¹¹⁶⁴ Cervantes 1998: 4: 95.

¹¹⁶⁵ “para afligir y deshacer a los Cristianos, y desarraigar su nombre de la haz de la tierra, no aprovechaba nada, porque cuantos más Mártires hacía, más parece que nacían, y la sangre de los Cristianos que se derramaba, era como semilla, que se multiplicaba y crecía cada día más” (Vida III, XXIV)

¹¹⁶⁶ Rodríguez Almodóvar 2006: 70.

¹¹⁶⁷ Cervantes 1980: 20.

¹¹⁶⁸ Bataillon 1979: 490-491.

Que todo ese trasfondo opresivo y simbólico no es fruto de la imaginación sino de hechos, más que probados, de aquella época¹¹⁶⁹ y, especialmente, de la Historia de España, lo corrobora la persecución sufrida, algunos años después, nada menos que por el arzobispo Carranza, un descriptivo ejemplo de que el acoso a Loyola no fue un caso aislado y de que el poder de la Inquisición española (denominado precisamente en la siguiente cita “el largo brazo de España”) se extendía por gran parte de Europa

El ejemplo más sensacional de su poder de desafío a Roma se pudo ver en el caso del arzobispo de Toledo, Bartolomé Carranza, primado de España, quien, bastante irónicamente, se había ocupado en 1554-57, mientras Felipe II se sentaba en el trono de Inglaterra como marido de María Tudor, de perseguir la herejía en Inglaterra. Apenas nombrado para la sede toledana en 1557 fue acusado de hereje por el inquisidor general Valdés, un dominico gran enemigo del erasmismo y del protestantismo. Valdés lanzó su ataque apoyándose en la denuncia de otro dominico, Melchor Cano, a quien desagradaba Carranza, acerca de su libro *Comentarios sobre el catecismo cristiano*, publicado por el arzobispo en 1558. Las expresiones vagas usadas por Carranza –él no era un gran erudito en teología-, ofrecieron el pretexto para la acusación, así como el hecho de que anteriormente hubiera sido sospechoso de erasmismo y que hubiera mostrado en Trento tendencias reformistas. Lo que es más chocante, sin embargo, es que, después de su arresto por la Inquisición en 1559, a pesar de la aprobación formal de sus *Comentarios* por el concilio de Trento y de las protestas y amenazas del papa Pío IV, hasta 1566 no consiguió Pío V que la Inquisición española soltara a Carranza y lo enviara a Roma para que lo juzgara el papa. Pero hasta allí le alcanzó el largo brazo de España. Hasta 1576 no fue dada la sentencia por Gregorio XIII, en la cual aunque no se proclamaba al obispo hereje de un modo formal, se incluían sus *Comentarios* en el Índice como libro peligroso, y se desterraba a Carranza, quien había obedientemente abjurado de todas sus afirmaciones juzgadas como erróneas, al convento de los dominicos de Orvieto durante cinco años, pero murió en Roma dieciocho días después de haber sido pronunciada la sentencia.¹¹⁷⁰

La cita ilustra claramente el sentido alegórico de los gigantes, sus kilométricos brazos y la alucinación de don Quijote, pues del Relato se deduce que Loyola fue perseguido en París debido a la información, sobre su peligroso apostolado, dada por la Inquisición española a la francesa, también alerta contra la herejía¹¹⁷¹.

El trasfondo simbólico aparece además subrayado por los numerosos molinos, treinta o cuarenta, que hacen más descabellado tanto el sentido realista de la visión, como las intenciones ofensivas de don Quijote.

PIEDRA DE MOLINO

-Mire vuestra merced -respondió Sancho- que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen **brazos** son las aspas, que, volteadas del **viento**, hacen andar la piedra del molino.

En la lejanía desde donde conversan, Sancho no divisa gigantes ni brazos, sino molinos y aspas, aunque su refinada y didáctica respuesta (tan impropia de un analfabeto con “muy poca sal en la mollera”) tampoco oculta un punto alegórico de conformismo, de

¹¹⁶⁹ “Lancaster: Las catapultas, como vos dijisteis, / son los brazos largos de Eduardo / y sus puños, que pueden descargarse / sobre vuestros castillos de Escocia” Brecht 2010: 850.

¹¹⁷⁰ Sopena 1974: 47.

¹¹⁷¹ “en Francia, las virulentas pasiones religiosas que bullían alrededor del trono [...] se fueron extendiendo cada vez más a la burguesía y al bajo pueblo parisino” Garret 1970: 314.

no querer ir más allá de lo que, desde lejos, muestra la apariencia, de ahí la referencia a la proverbial expresión 'comulgar con ruedas de molino', con la que muy sutilmente vuelve a pulsarse el tema de fondo, la conveniencia de huir de los líos en los que Loyola, alejado de España y de la prohibición de predicar, vuelve a comprometerse induciendo a los jóvenes estudiantes parisinos a la práctica del mismo cristianismo apostólico que tanto inquietaba a la Iglesia. Igual que la sobrina, Sancho aconseja prudencia ("Mire vuestra merced").

Hay una evidente discrepancia entre ambos personajes, dos formas diametralmente opuestas de entender las cosas. Sancho no ve ningún problema, su propuesta es seguir adelante, pasar de largo. Don Quijote insiste en la necesidad de un enfrentamiento, de una inminente 'batalla'

Bien parece -respondió don Quijote- que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes; y si tienes **miedo** quítate de ahí, y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual **batalla**.

Según Covarrubias, 'cursar' significa "acudir a las lecciones los que cursan en escuelas", de forma que don Quijote le está reprochando a Sancho una falta de conocimiento, no general, sino, concretamente, "en esto de las aventuras", o sea, en hechos caballerescos. En función de tal conocimiento, de estar cursado en tales "aventuras", él concluye rotundamente: "son gigantes", de forma que solo quien está 'cursado en aventuras' ve gigantes donde hay molinos.

Volvamos a las fuentes de la parodia, al capítulo VIII del Relato que se inicia con la llegada de Loyola a la capital francesa donde, llevando una vida de duras penitencias, pasa un tiempo dedicado a estudiar, mendigar y relacionarse con otros estudiantes, pero como no consigue la limosna suficiente para sustentarse y, además, pierde mucho del tiempo necesario para estudiar, decide, siguiendo los consejos de un fraile, irse a mendigar a Flandes para proveerse

un fraile español le dijo un día que sería mejor irse cada año a Flandes, y perder dos meses, y aun menos, para traer con qué pudiese estudiar todo el año. (R, 76)

Mendigando en Flandes, e incluso después en Inglaterra, obtenía dinero suficiente para los estudios y tiempo para reanudar en París la tarea evangelizadora

Venido de Flandes la primera vez, empezó más intensamente que solía a darse a conversaciones espirituales, y daba cuasi en un mismo tiempo ejercicios a tres, es a saber: a Peralta, y al bachiller Castro que estaba en Sorbona, y a un vizcaíno que estaba en santa Bárbara, por nombre Amador. Estos hicieron grandes mutaciones, y luego dieron todo lo que tenían a pobres, etiam los libros, y empezaron a pedir limosna por París, y fuéronse a posar en el hospital de S. Jaques, adonde de antes estaba el peregrino, y de donde ya era salido por las causas arriba dichas. Hizo esto grande alboroto en la universidad, por ser los dos primeros personas señaladas y muy conocidas.

Y luego los españoles comenzaron a dar batalla a los dos maestros; y no los pudiendo vencer con muchas razones y persuaciones a que viniesen a la universidad, se fueron un día muchos con mano armada y los sacaron del hospital. (R,77)

En cuanto reaviva la labor proselitista vuelven a repetirse los mismos problemas de Alcalá y Salamanca. Las conversaciones espirituales causan "grandes mutaciones" en algunos jóvenes y provocan "grande alboroto en la universidad". La influencia ejercida en los nuevos discípulos ("personas señaladas y muy conocidas") es tal que entregan todas sus pertenencias a los pobres y, a imitación de Loyola, se encierran en el mismo hospital donde él había parado antes, razón por la que algunos españoles comienzan a

"dar batalla" y sacan "con mano armada" a los encerrados del hospital. El Relato especifica que la oposición a Loyola está capitaneada por españoles y utiliza, como hemos visto hacer a don Quijote, el término "batalla"

-Y luego los españoles comenzaron a dar **batalla** a los dos maestros. (R, 77)

-Levantáronse en París grandes murmuraciones, máxime entre españoles, contra el peregrino. (R, 78)

Esta iniciativa de españoles "contra el peregrino", probablemente estimulada por instrucciones desde España, es la base real, simbolizada por los molinos, contra la que don Quijote piensa "hacer batalla". En cuanto Loyola comienza a impartir en París los ejercicios espirituales y reanuda la tarea evangelizadora, se levantan grandes murmuraciones que reactivan la máquina inquisitorial, asociada por don Quijote con los molinos, pero ignorada por un Sancho todavía al margen de la trayectoria y 'guerra' de su amo.

El planteamiento metafórico del conflicto lo sugiere Ribadeneyra partiendo de la siguiente información del Relato

En aquel tiempo del **curso** no le perseguían como antes. Y a este propósito, una vez le dijo el doctor Frago que se maravillaba de que anduviese tan tranquilo, sin que nadie le molestase. Y él le respondió: -La cosa es porque yo no hablo con nadie de las cosas de Dios; pero, terminado el curso, volveremos a lo de siempre. (R, 82)

Esa sencilla información, con respuesta original del mismo Loyola, la amplía y distorsiona Ribadeneyra absurdamente

*Y como en este tiempo tuviese mucha paz y ninguno le persiguiese, djóle un amigo suyo: - ¿No veis Ignacio lo que pasa? ¿Qué mudanza es esta? ¿Después de tan gran tormenta tanta bonanza? Los que poco ha os querían tragar vivo y os escupían en la cara, ahora os alaban y os tienen por bueno; ¿qué novedad es esta? - Al cual él **respondió**: - No os maravilléis deso; dejadme acabar el **curso** y lo veréis todo al revés; ahora callan porque yo callo, y porque yo estoy quedo están quedos; en queriendo hablar o hacer algo, luego se levantará la mar hasta el cielo y bajará hasta los abismos; y parecerá que nos ha de hundir y tragar. Y así fue como él lo dijo, porque, acabado el **curso** de la Filosofía, comenzó a tratar con más calor del aprovechamiento de las ánimas, y luego se levantó una tormenta grandísima, como en el capítulo siguiente se dirá. (Vida II, I)*

Aunque el contenido de la información es prácticamente el mismo, la gran diferencia la establece el relleno, la forma de novelar, hasta con frases inventadas en estilo directo, y el abuso de metáforas ("tormenta grandísima") con las que se alude eufemísticamente al conjunto de problemas inquisitoriales.

A nivel paródico, tanto en el Relato como en la Vida, se menciona dos veces el 'curso', es decir, los estudios de Loyola en París y, por asociación, la relación con los compañeros de estudios y el enfrentamiento inmediato con la Inquisición, hechos que sutilmente está sugiriendo don Quijote a un ignorante y no 'cursado' Sancho, incapaz de comprender, o de asumir, las palabras de su amo que, consciente del verdadero problema, le acusa de miedoso ("y si tienes **miedo** quítate de ahí") pues, según Ribadeneyra, resulta lógico que quienes "entran por el camino de la virtud", quienes, como Sancho, acaban de iniciarse en la carrera religiosa, sientan dudas, o miedos

*Aún no había descubierto Satanás sus entradas y salidas, sus acometimientos y fingidas huidas, sus asechanzas y celadas; aún no le había mostrado los dientes de sus tentaciones, ni le había puesto los **miedos** y espantos que suele a los que de veras entran por el camino de la virtud. (Vida I, VI)*

Da la sensación de que tanto don Quijote como Sancho hablan simbólicamente, cada uno en un plano: imaginario el amo, realista el escudero; aunque los dos situados aparentemente en la Mancha pero con las mentes puestas en Francia.

En definitiva, don Quijote reprocha a Sancho falta de imaginación y de experiencia para comprender el auténtico sentido de las aventuras. Su propósito no es triunfar, sino enfrentarse aún siendo consciente de la derrota (“ellos son gigantes”), por eso matiza que es una “fiera y desigual **batalla**” de la que, contradictoriamente, espera enriquecerse con los despojos, ya que Loyola obtuvo, de la ‘batalla’ con los caballeros españoles, una fama y prestigio entre estudiantes y profesores de la que se benefició enseguida.

Asistimos, pues, a un diálogo pedagógico entre maestro y discípulo, o entre maestro y novicio, o aspirante a iniciarse en la práctica de los Ejercicios, razón por la que don Quijote le ha sugerido a Sancho que se ponga a rezar, pues es lo que, según Ribadeneyra, recomendaba Loyola a los nuevos discípulos de París

***En el espacio** de tiempo destes dos años, se le juntaron otros tres compañeros teólogos [...] Y porque la ocupación de los estudios de tal manera se continuase que no entibiase la devoción y fervor del espíritu, los armaba Ignacio con la oración y meditación cotidiana de las cosas divinas y juntamente con la frecuente confesión y comunión. (Vida II, IV)*

Mientras Loyola se enfrenta en París a quienes se oponen a su labor apostólica, él prepara a los discípulos “*con la oración y meditación*”, prácticamente lo que acaba de sugerir don Quijote a su escudero repitiendo la misma expresión (“en el espacio”) con la que se inicia el fragmento de la Vida

VIDA	QUIJOTE
<i>En el espacio de tiempo destes dos años [...] los armaba Ignacio con la oración</i>	ponte en oración en el espacio

IBA TAN PUESTO

Con Sancho en oración y ligeramente alejado del conflicto, don Quijote se lanza al enfrentamiento

Y diciendo esto, dio de espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento, y no gigantes, aquellos que iba a acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran, antes iba diciendo en voces altas:

-Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete.

Levantóse en esto un poco de viento, y las **grandes** aspas **comenzaron a moverse**, lo cual visto por don Quijote, dijo:

-Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar.

Los detalles previos al encontronazo aparecen perfectamente cohesionados con su respectivo trasfondo, con la inmediata oposición encontrada por Loyola en París en cuanto emprendió la tarea proselitista

Levantáronse en París **grandes murmuraciones**, máxime entre españoles, contra el peregrino; y nuestro maestro de Govea, diciendo que había hecho loco a Amador, que estaba en su colegio, se determinó y lo dijo, la primera vez que viniese a santa Bárbara, le haría dar una sala por seductor de los escolares.

El radical cambio de los estudiantes influidos por Loyola, provoca grandes murmuraciones y la acusación de “seductor de los escolares”.

Como más adelante hablaremos de la amenaza que pesa sobre Loyola, conozcamos ahora la versión de Ribadeneyra, novelada y ajena, como casi siempre, al discurrir diacrónico de los acontecimientos, agrupados a su antojo y a sus diversos intereses

*Y así **se levantaron** en París **grandes borrascas** contra él; y la causa particular fue esta. Había en aquella Universidad algunos mancebos españoles nobles los cuales por su comunicación y **movidos** por su ejemplo vinieron a hacer tan **gran** mudanza en su vida, que, habiendo dado todo cuanto tenían a los pobres, andaban mendigando de puerta en puerta; y dejando las compañías que primero tenían y las casas en que moraban se habían pasado para vivir como pobres al hospital de Santiago. **Comenzóse** a divulgar la fama deste negocio y a esparcirse **poco** a poco por toda la Universidad, de manera que ya no se hablaba de otra cosa, interpretando cada uno conforme a su gusto. Los que más se alborotaron y más sentimiento hicieron deste negocio fueron ciertos caballeros españoles, amigos y deudos de **aquellos** mancebos. Estos vinieron al hospital de Santiago a buscar a sus amigos, y **comenzaron** con muy buenas palabras a persuadirles que dejasen aquella vida, tomada por antojo y persuasión de un hombre vano, y que se volviesen a sus casas. Y como no lo pudiesen acabar con ellos, usaron de ruegos, halagos, promesas y amenazas, valiéndose de las armas que les **daba** su afecto y de todo el artificio que sabían. Pero, como todo él no bastase, dejando las palabras vinieron a las manos, y con **grande ímpetu** y enojo, por fuerza de armas, medio arrastrando los sacaron de donde estaban y los llevaron a aquella parte de la ciudad donde está la Universidad. Y tanto les supieron decir y hacer, que al fin les hicieron prometer que acabarían sus estudios primero, y después podrían poner por obra sus deseos. (Vida II, II)*

Aunque el fragmento del Relato recoge un momento posterior al de la Vida, Ribadeneyra utiliza un esquema formal muy parecido, concretamente el mismo escogido por el narrador para informar sobre la situación de don Quijote. El propósito de imitación parece evidente

RELATO	VIDA	QUIJOTE
Levantáronse en París	se levantaron en París	Levantóse en esto un poco
grandes murmuraciones	grandes borrascas contra él	de viento, y las grandes aspas
	Comenzóse a divulgar la fama deste negocio	las grandes aspas comenzaron a moverse
	movidos por su ejemplo	comenzaron a moverse

Además de la idea primordial de lanzarse valientemente a una acción descabellada y condenada al fracaso, la clave en los tres textos es la expresión ‘levantarse en’ con la que se inicia la acción dirigida contra Loyola y, también, contra don Quijote.

Ahora bien, mientras que en el Relato se llama a las cosas por su nombre (“**grandes** murmuraciones”), Ribadeneyra, aunque manteniendo el adjetivo ‘grande’, acude a su consabido recurso meteorológico (“**grandes borrascas**”), razón por la que Cervantes, suavizando la tormenta, introduce también otro fenómeno atmosférico (“un poco de viento”), aunque trasladando el adjetivo al tamaño de las aspas (“**grandes** aspas”) que, gracias al poquito de viento, comienzan a moverse, genial agrupación de los dos verbos (“comenzaron a moverse”) utilizados en la Vida y con los que Cervantes simboliza el inicio de la acción provocada por las murmuraciones contra Loyola.

El viento pone, pues, en movimiento las aspas del molino, metáfora de los chismorreos que activaron la maquinaria inquisitorial contra la que se lanzó Loyola, tan seguro de su

fracaso como don Quijote, pero ambos movidos por una misma fe “al servicio de un generoso idealismo”¹¹⁷², otra opinión de la crítica que, como tantas veces, cuadra a la perfección con el trasfondo ignaciano, también presente en casi todas las acometidas de don Quijote contra sus enemigos, pues Loyola, tanto en el Relato como en la Vida, aparece, en varias ocasiones y en estilo directo, dando voces y empleando, como él, la palabra ‘criatura’

se **puso en oración**, con el fervor de la cual comenzó a **dar gritos a Dios vocalmente, diciendo**: << Socórreme, Señor, que no hallo ningún remedio en los hombres, ni en ninguna **criatura**>>. (R, 23)

Además de las voces altas de don Quijote, en paralelo a los “gritos” de Loyola, recordemos que el caballero acaba de aconsejar a Sancho que, si tiene miedo, se ponga, como en el Relato, en oración, lo que Ribadeneyra traduce como un ‘*arroyo ante el divino acatamiento*’, frase digna de la más caballeresca de las santificativas aventuras

se arrojó delante del divino acatamiento en oración, y encendido allí con fervor de la fe, comenzó a dar voces y a decir en grito: - Socorredme, Señor, socorredme, Dios mío; dadme desde allá de lo alto la mano, Señor mío, defensor mío. En ti sólo espero, que ni en los hombres ni en otra criatura ninguna hallo paz ni reposo. (Vida I, VI)

La comparación esquemática no deja lugar a dudas

RELATO	VIDA	QUIJOTE
se puso en oración	<i>se arrojó delante del divino acatamiento en oración</i>	si tienes miedo quítate de ahí, y ponte en oración
comenzó a dar gritos a Dios vocalmente, diciendo :	<i>comenzó a dar voces y a decir en grito:</i>	iba diciendo en voces altas:
no hallo ningún remedio en los hombres, ni en ninguna criatura	<i>ni en otra criatura ninguna hallo paz ni reposo</i>	-Non fuyades, cobardes y viles criaturas

Loyola daba gritos, o voces (dar gritos / *dar voces y a decir en grito*), y don Quijote “iba diciendo en voces altas”. Cervantes repite la expresión ‘decir en’ más el vocablo ‘voces’, todos con elevada intensidad (‘gritos’/ ‘en grito’/ ‘altas’) y añadiendo, como en las dos fuentes, el vocablo ‘criatura’.

Además de estos enlaces claves, tanto las intervenciones del narrador como las de don Quijote, contienen otras referencias, menos patentes, a las fuentes. Así cuando, por ejemplo, ambos utilizan el verbo acometer (aquellos que iba a acometer / un solo caballero es el que os acomete) para impregnar el discurso de jerga caballeresca, en realidad están también imitando el lenguaje belicoso de la Vida, donde se amedrenta a los lectores con combates donde el diablo aparece siempre como un terrible enemigo (*le acometió el enemigo con estos pensamientos / fue acometido de otro molestísimo pensamiento*).

Es Ribadeneyra quien, con este tipo de ejemplos, transporta la milicia y la caballería al vivir cotidiano de sus lectores para que se sientan en continua zozobra, en angustia permanente, en la inestabilidad espiritual que obligaba a los fieles a vivir enganchados a los sacerdotes.

¹¹⁷² Quijote 1998 II: 34.

Igual que en el episodio de los mercaderes, don Quijote se enfrenta ahora a los molinos porque desea escenificar, representar la guerra de Loyola contra una realidad gigantesca como la Inquisición.

Son luchas desiguales y pérdidas de antemano, se acometen por pura temeridad idealista, por una fe inquebrantable en la acción y protección superior. Fe que insufla, al mismo tiempo, seguridad, valor y un comportamiento temerario y heroico muy en consonancia con la firmeza atribuida a Loyola por sus compañeros¹¹⁷³.

En definitiva, empujados por el viento de las murmuraciones, los brazos inquisitoriales, o los molinos, comienzan a moverse y don Quijote, igual que Loyola, en vez de amedrentarse, se envalentona evocando al gigante Briareo, nombre escogido por Cervantes con doble intencionalidad semántica e ilustrativa, pues Briareo, según la mitología, “poseía cien brazos y cincuenta cabezas con bocas que arrojaban llamas”¹¹⁷⁴, o sea, tantos brazos y cabezas como la Inquisición, capaz de actuar, al mismo tiempo, en Alcalá, Salamanca o París y, además, quemando a sus víctimas en los braseros¹¹⁷⁵.

CON RODELA Y LANZA EN RISTRE

A pesar de la alucinación de don Quijote, divisando un horizonte sembrado de gigantes y oscurecido por un inquietante enjambre de kilométricos brazos, la decisión de enfrentarse a ellos ya está tomada, aunque antes, según el narrador y para formalizar las normas caballerescas, o religiosas, se encomienda a su señora

Y en diciendo esto, y **encomendándose de todo corazón a su señora** Dulcinea, pidiéndole que en tal **trance** le **socorriese**, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, **arremetió a** todo el galope de Rocinante y embistió con el primero molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento **con tanta furia**, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fue rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza a socorrerle, a todo el correr de su asno, y cuando llegó halló que no se podía menear: tal fue el golpe que dio con él Rocinante.

Como en otras ocasiones, don Quijote se encomienda a Dulcinea igual que Loyola solicita socorro a dios, o a la virgen. Son variaciones retóricas, sobre un mismo tema, ampliamente utilizadas en la Vida, veamos un par de significativos ejemplos

VIDA	QUIJOTE
<p>- <i>delante de la imagen de nuestra Señora, encomendándose de corazón a ella (Vida I, IV)</i></p> <p>- <i>Llególe la enfermedad hasta el último trance de la vida, y aparejándose ya para la muerte y encomendándose a Dios de corazón (Vida I, IX)</i></p>	<p>Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese</p>

¹¹⁷³ “El P. Leturia atribuye al origen vascongado de Ignacio la concentración individual, el espíritu reflexivo, la expansión lenta pero audaz, tan segura de sí como pobre de expresión colorista, y, cual fruto de todo ello, aquella formidable firmeza de voluntad a que aludía el portugués Simón Rodrigues al decir en 1553 al P. Gonçalves da Cámara: <<Vois habéis de saber que el P. Ignacio es buen hombre y muy virtuoso, mas es vizcaíno, que, como toma una cosa a pecho, etc.>> Rodrigues no completó la frase, pero es fácil adivinar lo que en ella faltaba. Es lo mismo que notaba el cardenal Rodolfo Pío de Carpi, protector de la Compañía, que, hablando de algunas decisiones del Santo, decía: <<Ya fijó el clavo>>, aludiendo a su firmeza en mantener sus decisiones.” Dalmases 1986: 22.

¹¹⁷⁴ Quijote 1998 I: 11: 95.

¹¹⁷⁵ Lugar todavía definido por nuestra ecuánime RAE como “Sitio que se destinaba para quemar a ciertos delincuentes”.

Se aprecian pocas diferencias entre los dos tipos de invocaciones, entre la altisonante literatura religiosa y la caballeresca.

Tras encomendarse a Dulcinea, el caballero, perfectamente pertrechado (“bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre”), se lanza “a todo el galope de Rocinante” contra el primer molino.

Se trata del segundo arranque auténticamente caballeresco de don Quijote, de la segunda acción armada que emprende en la novela sobre Rocinante. La primera sucedió en el capítulo cuatro cuando, ensoberbecido, arremetió contra los mercaderes.

Lo realmente curioso es que Cervantes se plagia a sí mismo, que el planteamiento ofensivo del capítulo cuarto es formal y semánticamente casi idéntico al del capítulo octavo, como queda patente en el siguiente cuadro, donde se compara el episodio, fragmentado, del primero, con el correspondiente al capítulo ocho que ahora comentamos

QUIJOTE cap. 4	QUIJOTE cap. 8
- <u>Non fuyáis</u> , <u>gente cobarde</u> ; gente cautiva, atended; <u>que</u> no por culpa mía, sino de mi caballo, estoy aquí tendido	- <u>Non fuyades</u> , <u>cobardes y viles criaturas</u> , <u>que</u> un solo caballero es el que os acomete.
<u>Y en diciendo esto</u> , arremetió <u>con la lanza</u> baja contra el que lo había dicho	<u>Y en diciendo esto</u> [...] <u>con la lanza</u> en el ristre, arremetió a todo el galope de Rocinante y embistió con el primero molino que estaba delante
<u>con tanta furia</u> y enojo [...] tomó <u>la lanza</u> y, después de haberla hecho <u>pedazos</u>	y dándole una <u>lanzada</u> en el aspa, la volvió el viento <u>con tanta furia</u> , que <u>hizo la lanza pedazos</u>
Cayó <u>Rocinante</u> , y <u>fue rodando</u> su amo una buena pieza <u>por el campo</u>	<u>llevándose tras sí al caballo</u> y al caballero, <u>que fue rodando</u> muy maltrecho <u>por el campo</u>
Y entre tanto que pugnaba por <u>levantarse</u> y <u>no podía</u> , estaba diciendo	Acudió Sancho Panza a socorrerle, a todo el correr de su asno, y cuando llegó halló que <u>no se podía menear</u>

La intención de repetir el desarrollo estructural y las mismas expresiones se observa a simple vista, como prueba la casi idéntica imprecación (“Non fuyades”) con arcaísmo incluido.

Se aprecia, no obstante, una importante diferencia. Mientras que en el capítulo cuarto el narrador nos presenta a un arrogante don Quijote insultando a un real y consistente grupo de mercaderes contra los que no llega a enfrentarse a causa del prematuro tropiezo del caballo, ahora arremete contra una ilusión óptica, contra un imposible que le derrota de antemano, aunque no porque le falle el caballo (“a todo el galope de Rocinante”) o no se encuentre perfectamente pertrechado (“bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre”), sino porque se enfrenta a una quimera.

Contra los mercaderes (igual que Loyola con el moro) se derrotó a sí mismo. Contra los molinos (igual que Loyola contra la Inquisición) le vence la irracionalidad de no medir las fuerzas.

ANTE EL MOLINO

Pero volvamos al encontronazo, a la actitud de don Quijote lanzándose contra unos enemigos a quienes acusa de cobardes, de rehuir el enfrentamiento con “un solo caballero”, clara referencia a la historia subyacente, a la soledad con que Loyola se

enfrenta a la Inquisición parisina pues, a pesar de que ya ha logrado reunir a un pequeño grupo de estudiantes que le sigue, solo él es acusado de culpable, de cabecilla (“*Como destos consejos y nuevo modo de vida se supiese que Ignacio era el autor*”), razón por la que el inquisidor le llamará solo a él, de forma que los compañeros, como Sancho, quedan al margen del combate.

Recordemos que poco después de instalarse en París, Loyola, según Ribadeneyra, se ocupó de sus estudios y también de inducir a los estudiantes (“*los mejores que en aquel tiempo había en la Universidad de París*”) a la vida evangélica, hasta el punto de que algunos, olvidándose del mundo, “*se acogieron al puerto seguro de la sagrada religión*”. Especialmente ciertos mancebos españoles que dieron todo cuanto tenían a los pobres y se fueron a vivir al hospital (donde antes había residido Loyola) y de donde los sacaron por la fuerza.

De todos estos problemas fue acusado Loyola por “*el doctor Pedro Ortiz*”, que le denunció “*delante del Inquisidor en este tiempo, el cual era un docto y grave teólogo llamado el Maestro Ori, fraile de la orden de Santo Domingo*”.

También en París volvió por segunda vez a ser “*acusado criminalmente ante el Inquisidor*” y, posteriormente, en una tercera ocasión, “*le acusaron delante del Inquisidor*”

En los tres casos, según Ribadeneyra, se presentó ante el inquisidor en cuanto tuvo conocimiento de las denuncias exigiendo una sentencia y, en los tres casos, quedó en libertad sin cargos.

La temeraria decisión de plantarse ante el inquisidor reclamando inocencia, es lo que Cervantes traduce como la arrogante resolución de don Quijote de arremeter él solo contra el primer molino: “bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió a todo el galope de Rocinante y embistió con el primero molino que estaba **delante**”

Igual que Loyola, encontrándose fuera de París, fue acusado “*delante del Inquisidor*” y nada más llegar “*se fue derecho, sin entrar en su casa ni en otra, al Inquisidor y le contó lo que pasaba*”, don Quijote embiste al primer “*molino que estaba delante*”.

No es un referente definitivo, pero sí resulta válido como orientador pues, tanto en la Vida como en la novela, el adjetivo nos sugiere la brutal diferencia de fuerzas entre los combatientes, el ánimo ingenuo y valeroso de los dos ‘locos’ que, a pesar de presentarse debidamente pertrechados para el combate, ignoran que se enfrentan a una mole pétreo, insensible, contra la que no vale ningún tipo de protección.

VIDA	QUIJOTE
-Denunciáronle delante del Inquisidor -acusado criminalmente ante el Inquisidor - le acusaron delante del Inquisidor	embistió con el primero molino que estaba delante

Don Quijote ataca con la lanza el aspa del molino que, lógicamente, la hace pedazos (“y **dándole** una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos”), acción que parodia la endeblesz ofensiva de Loyola presentándose ante el inquisidor con el libro de los ejercicios, pues por ahí pretendían acorrallarle. Veamos la versión de Ribadeneyra

*Dice el Inquisidor que no hay **contra** él acusación ninguna criminal, mas que algunas niñerías y vanidades le han venido a decir [...]mas que, ya que estaba allí,*

[Ilustración 11]

que le rogaba que le mostrase su libro de los Ejercicios espirituales. **Diósele** Ignacio y leyóle el buen Inquisidor y agradóle tanto, que pidió licencia para trasladarle para sí, y así lo **hizo**. Pero, como nuestro p. Ignacio viese que el juez andaba, o disimulando o dilatando el publicar la sentencia sobre la causa de que era acusado, porque la verdad no escureciese con la mentira, lleva un escribano público y testigos ante el Inquisidor, y **pidéle** que, si no le quiere dar sentencia, a lo menos le dé fe y testimonio de su inocencia y limpieza, si halla que la puede dar con justicia. El juez se la dio luego, como se la pedía y desto dio fe el escribano, de lo cual tomó el p. Ignacio un traslado auténtico para usar dél, si en algún tiempo fuese menester, contra la infamia del falso testimonio que se le había **levantado**.

La hipocresía de Ribadeneyra, sus intenciones y artificios nunca dejan de sorprender. Primero, para suavizar la acusación contra Loyola, atribuye al inquisidor una primera impresión (*niñerías y vanidades*) absolutamente falsa, como lo demuestra el hecho de que inmediatamente vuelva a edulcorar la actitud del inquisidor ‘rogándole’ “*que, ya que estaba allí*” le mostrase el libro de los Ejercicios¹¹⁷⁶.

El inquisidor, tal vez influido por información de los mismos dominicos de España, quiere ver el libro para comprobar su ‘legalidad’, aunque Ribadeneyra pretende hacernos creer que, “*el buen inquisidor*”, lo pide solo por curiosidad y que, después, él mismo queda tan admirado que se hace su propia copia, cuando en el Relato se especifica que la copia se la entrega Loyola. Todo almibarado con peloteo tipo “*le rogaba*”, “*el buen inquisidor*”, “*pidió licencia*”.

En definitiva, la entrega del libro al inquisidor (“**Diósele** Ignacio”) es la lanzada en el aspa de don Quijote (“**dándole** una lanzada”), pues ambos chocan contra dos cuerpos inflexibles y caen derrotados y maltrechos

VIDA	QUIJOTE
<i>Diósele</i> Ignacio y leyóle el buen Inquisidor y <u>agradóle tanto, que</u> pidió licencia para trasladarle para sí, y así lo hizo	dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento <u>con tanta furia, que hizo</u> la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero

Loyola es derrotado por un inquisidor que, a pesar de que aparenta recibir con agrado el libro, no cumple, hasta después y por requerimiento, con la obligación de declarar su inocencia. Por eso Cervantes transforma la falsa expresión “*agradóle tanto, que*” en otra (“con **tanta furia, que**”) más aproximada a la realidad histórica.

En opinión de la crítica, la frase “llevándose tras sí al caballo y al caballero”, posee un matiz bíblico que, aunque no explican por qué, “acentuaría la ironía del pasaje”¹¹⁷⁷.

En efecto, la venerada, famosa y no por ello más cierta historia del paso de los hijos de Israel por medio del abierto mar Rojo huyendo del faraón, y la posterior mortandad de este y todo su ejército al unirse de nuevo las aguas por voluntad de Yavé, finaliza con un canto de “Moisés y los hijos de Israel a Yavé”: <<Cantaré a Yavé, que se ha mostrado sobre modo glorioso; Él arrojó al mar al caballo y al caballero>> Y más adelante se repite: <<Cantad a Yavé, que ha hecho resplandecer su gloria / Precipitando en el mar al caballo y al caballero>>¹¹⁷⁸.

Además de esa referencia bíblica, Ribadeneyra, en su *Tratado de la Tribulación*, libro publicado con gran éxito en 1589, utiliza el mismo fragmento en la Dedicatoria a la

¹¹⁷⁶ “Solamente quería ver sus escritos de los Ejercicios; y habiéndolos visto, los alabó mucho y le pidió al peregrino que le dejase la copia de ellos; y así lo hizo.” (R, 86).

¹¹⁷⁷ Quijote 1998 I: 13: 96.

¹¹⁷⁸ Éxodo, XV, 1 y 21.

Emperatriz doña María. Concretamente, la citada alusión bíblica aparece así: “*El Señor, por su infinita misericordia, oiga los piadosos ruegos de vuestra majestad, y de tal manera consuele a su santa Iglesia católica, por tantas vías combatida y perseguida de los ministros de Satanás, que quedando él, como otro Faraón, con todas sus máquinas, carros y ejércitos ahogado, pueda vuestra majestad algún día cantarle cánticos de alabanza y alegría, y decir, con la otra María, hermana de Moisés: << ¡ Cantemos al Señor y alabémosle, pues se ha mostrado magnífico y glorioso, y ha arrojado en la mar al caballo y al caballero! >>*”¹¹⁷⁹.

El caballo y caballero bíblico resulta, pues, una metáfora del omnímodo poder faraónico derrotado por el espíritu divino. Cervantes lo utiliza burlescamente porque aquí sucede al contrario, los humildes Loyola-Quijote son barridos por la fuerza omnipotente de la Inquisición-molino.

Don Quijote queda, como en el capítulo cuarto, maltrecho, tirado por el campo y con la lanza también destrozada, de nuevo desprovisto del arma con la que, simbólicamente, encarna la labor evangelizadora de Loyola, ahora obligado a dejar de embaucar a los estudiantes hasta que finalicen los estudios.

OTROS TALES

Cumpliendo funciones escuderiles, Sancho, en cuanto ve a don Quijote derrotado, acude solícito a ayudarlo

Acudió Sancho Panza a socorrerle, a **todo** el correr de su asno, y cuando llegó, halló **que no se podía menear: tal** fue el golpe que dio con él Rocinante.

¿Tan lejos quedó que acude “a todo el correr”? ¿Tanto temía el encontronazo con un molino inmóvil? Son preguntas retóricas que resaltan las exageraciones del narrador tendentes a sugerir la unión-alejamiento que, alternativamente, se produce entre Loyola y sus nuevos discípulos. Precisamente, tanto en la novela como en la Vida se utiliza la misma expresión (‘*acudir a*’) para describir los desplazamientos

*Había persuadido nuestro B. Padre a muchos de sus condiscípulos que dejasen las malas compañías y las amistades fundadas más en sensuales deleites que en virtuosos ejercicios, y que ocupasen los días de fiesta en santas obras, confesando y comulgando devotamente. De donde venía que ellos en **tales** días, queriendo **acudir a** estos devotos ejercicios, faltaban algunas veces a los de las letras, que en París en los días de fiesta aún no se dejan del **todo**. Viendo pues, el maestro del padre que su escuela quedaba medio desamparada, faltándole los discípulos, tomólo pesadamente y avisóle **que mirase** por sí y no se entremetiese en las vidas ajenas, y **que no le desasosegase los estudiantes**, si no quería tenerle por enemigo [...] Con esta resolución se va al doctor Govea, que aún no había salido de su aposento, y declárale **todo** su ánimo y determinación, diciéndole que ninguna cosa en esta vida le **podía** venir a él más dulce y sabrosa que ser azotado y afrentado por Cristo, como ya lo había experimentado en las cárceles y cadenas, donde le habían puesto por la misma causa; más que temía la flaqueza de los principiantes, que aún eran en la virtud pequeñuelos y tiernos, y **que lo mirase bien, porque le hacía saber que** él, de sí, ninguna pena tenía, **sino** de los **tales** era toda su pena y cuidado. Sin dejarle hablar más palabra, tómale de la mano el doctor Govea, llévale a la pieza donde los maestros y discípulos le estaban esperando, y súbitamente puesto allí (con admiración y espanto de **todos** los presentes) se arroja a los pies de Ignacio, y derramando de sus ojos afectuosas lágrimas, le pide perdón, confesando de sí que había*

¹¹⁷⁹ Ribadeneyra 1952: 360.

ligeramente dado oídos a quien no debía. **Y diciendo** a voces que aquel hombre era un santo, pues no tenía cuenta con su dolor y afrenta, **sino** con el provecho de los prójimos y honra de **Dios**. Quedaron con esto los buenos animados y los malos confundidos. Y viose la fuerza que **Dios** nuestro Señor **dio** a las palabras deste santo varón, y cómo libra a los que esperan en Él. El **bien** que desto sucedió, tomando **Dios** nuestro Señor por instrumento a este doctor Govea para la conversión de la India Oriental, contarémoslo a los dieciseis capítulos deste segundo libro, porque aquel será su propio lugar.

Los discípulos ‘acuden a’ los devotos ejercicios y Sancho, como tal, ‘acude a’ socorrer a su señor. En ambos casos hay un desplazamiento de los ‘escuderos’ hacia sus respectivos ‘amos’, que se encuentran, también en ambos casos, inhabilitados para actuar. Loyola por la amenaza del “maestro” (“**que no** le desasosegase los estudiantes”), don Quijote a consecuencia del encontronazo (“**que no** se podía menear”)

VIDA	QUIJOTE
queriendo acudir a estos devotos ejercicios, faltaban algunas veces a los de las letras, que en París en los días de fiesta aún no se dejan del todo	Acudió Sancho Panza a socorrerle, a todo el correr de su asno
Que no le desasosegase los estudiantes	halló que no se podía menear

La inmediata intervención de Sancho redunda en la misma línea paródica y en el mismo fragmento de la Vida

¡Válame Dios! -dijo Sancho-. ¿No le dije yo a vuestra merced **que mirase bien lo que hacía**, **que no** eran sino molinos de viento, y **no lo podía** ignorar sino quien llevase **otros tales** en la cabeza?

Como miembro de un grupo practicante de los ejercicios, Sancho, en representación de los compañeros de Loyola, se presenta ante su director espiritual con una invocación de marcado signo religioso (“¡Válame Dios!”) que continúa con una interrogación retórica en la que parafrasea las palabras atribuidas por Ribadenebra primero al maestro

VIDA	QUIJOTE
avisóle que mirase por sí y no se entremetiese en las vidas ajenas, y que no le desasosegase los estudiantes, si no quería tenerle por enemigo [...] que lo mirase bien , porque le hacía saber que él , de sí, ninguna pena tenía, sino de los tales era toda su pena y cuidado	No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza

Igual que el maestro advierte a Loyola (“**avisóle que mirase por sí**”) del peligro que corre si continúa desasosegando a los estudiantes, Sancho, con una frase casi de idéntico sentido, recuerda a su señor que le alertó sobre los molinos (“No **le dije yo** a vuestra merced **que mirase** bien lo que hacía”). Ha sustituido el verbo ‘avisar’ por una expresión equivalente (“No **le dije yo**”) y el consejo de precaución personal (“**que mirase por sí**”) por otro también de contenido similar (“**que mirase bien lo que hacía**”). Curiosamente, un poco más abajo de este mismo fragmento, Ribadenebra atribuye a Loyola prácticamente las mismas palabras utilizadas para el maestro, aunque rellenas

“con modos blandos y suaves”¹¹⁸⁰, con la “muy melosa”¹¹⁸¹ palabrería que él suele adjudicar, graciosamente, al fundador de la Compañía.

Veamos en el esquema comparativo cómo la interrogación de Sancho se nutre de ambos fragmentos, aunque la reflexión final se corresponde con este último

VIDA	QUIJOTE
<u>que lo mirase bien, porque le hacía saber que él, de sí, ninguna pena tenía, sino de los tales era toda su pena y cuidado</u>	No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza

Con pretensiones didácticas, Ribadeneyra vuelve a presentarnos a un Loyola abnegado y heroico, siempre pendiente de los demás, sobre todo de “la flaqueza” de los principiantes en el camino de la virtud, los “pequeñuelos y tiernos” que son quienes verdaderamente le preocupan; los estudiantes a los que está adoctrinando, a los nuevos a quienes Sancho sutilmente acusa de llevar “otros tales” molinos en la cabeza

VIDA	QUIJOTE
<u>ninguna pena tenía, sino de los tales era toda su pena y cuidado</u>	no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza

El vocablo ‘tales’, referido en la Vida a los estudiantes y en la novela a supuestos y metafóricos molinos, favorece la conexión entre el fragmento de la Vida y la advertencia de Sancho y, al mismo tiempo, relaciona sutilmente la ‘locura’ de don Quijote con la de los discípulos de Loyola, que debían tener como él, según la irónica respuesta, la cabeza llena de pájaros, o de molinos de viento.

No es casual que Sancho utilice el molino de viento como metáfora de la locura, que le otorgue un simbolismo diferente al de su amo pero que confirma la lectura alegórica de todo el episodio.

El conjunto esquemático de paralelismos pone en evidencia la existencia de algo más que una azarosa casualidad

VIDA	QUIJOTE
<u>acudir a estos devotos ejercicios</u>	Acudió Sancho Panza a socorrerle
<u>Que no le desasosegase los estudiantes</u>	halló que no se podía menear
<u>avisóle que mirase por sí y no se entremetiese en las vidas ajenas</u>	No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía
<u>que lo mirase bien, porque le hacía saber que</u>	que mirase bien lo que hacía
<u>él, de sí, ninguna pena tenía, sino de los tales era toda su pena y cuidado</u>	no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza

CONTINUA MUDANZA

Ante la cáustica ironía de Sancho acusándole de loco, de tener la cabeza llena de molinos de viento, don Quijote responde muy sentencioso

¹¹⁸⁰ Cervantes 1990: 64.

¹¹⁸¹ Cervantes 1990: 81.

-Calla, amigo Sancho –respondió don Quijote-, que **las cosas de la guerra más** que otras están **sujetas a continua mudanza**; cuanto más, que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

Aunque suele dar crédito a su ‘realidad delirante’ y juzga “la de los demás como una apariencia falsa o engañosa, inducida por un mago o un encantador”¹¹⁸², en este caso, finalizado el encontronazo con el molino, don Quijote “se incorporó a la realidad física común y atribuía a un efecto del encantamiento el cambio de apariencia experimentado por la realidad por él percibida”¹¹⁸³, porque, en efecto, los molinos, símbolos inquisitoriales, recobran su apariencia cuando don Quijote deja de enfrentarse a ellos, igual que los inquisidores ofrecen una ‘buena imagen’, una apariencia pacífica, salvo cuando se ponen en movimiento y muestran su poder descomunal.

El sentido derrotista implícito en las palabras de don Quijote parece relacionado con la lucha permanente de Loyola contra el ‘poder’ opuesto a su apostolado y con los cambios de actitud, con los vaivenes de los estudiantes a quienes aleccionaba¹¹⁸⁴. La sentencia, aunque atribuida por la crítica a Cicerón¹¹⁸⁵, parece llegar a la novela vía Ribadeneyra

RIBADENEYRA	QUIJOTE
<i>las cosas humanas huyen y desvanecen como humo, y ninguna parte de nuestra vida es más frágil y quebradiza ni más sujeta a mudanza</i> ¹¹⁸⁶	las cosas de la guerra más que otras están sujetas a continua mudanza

En general, los dos conceptos, ‘guerra’ y ‘mudanza’, se encuentran asociados en la Vida al mismo Loyola, a las angustias y luchas espirituales que, sobre todo al principio, al inicio de la carrera espiritual, le provocaban un continuo desasosiego: “*de ahí adelante hubo una gran **mudanza** en su ánimo [...] y admirado, decía: - [...]¿Qué manera de **guerra** es ésta en que andamos?* (Vida I, VI)

Y todavía podría apreciarse otro sentido implícito en el conjunto de la sentencia, porque desde mediados del siglo XVI hasta el momento en el que se escribe la novela, pocas cosas debían andar tan en continúa mudanza, y tan en guerra, como las religiosas. Lo que ayer era considerado bueno y edificante, por ejemplo los libros de Erasmo, mañana se catalogaba como herético. El mismo Loyola sufrió en sus propias carnes, según Ribadeneyra, una ‘mudanza’ semejante: “*advirtió una cosa muy nueva y muy maravillosa, y es que, en tomando este libro (que digo) de Erasmo en las manos, y comenzando a leer en él, juntamente se le comenzaba a entibiar su fervor y a enfriarse la devoción. Y cuanto más iba leyendo, iba más creciendo esta **mudanza***”¹¹⁸⁷.

Desvincular a Loyola de Erasmo, aproximarle a la ortodoxia en que decidieron encasillarle, ha sido y sigue siendo, desde Ribadeneyra, una obsesión casi de toda la

¹¹⁸² Alonso-Fernández 2005: 42.

¹¹⁸³ Alonso-Fernández 2005: 42.

¹¹⁸⁴ “*Había en aquella Universidad algunos mancebos españoles nobles los cuales por su comunicación y movidos por su ejemplo vinieron a hacer tan gran **mudanza** en su vida, que, habiendo dado todo cuanto tenían a los pobres, andaban mendigando de puerta en puerta*” (Vida II, II).

¹¹⁸⁵ Quijote 1998: 14: 96.

¹¹⁸⁶ Ribadeneyra 1952: 405.

¹¹⁸⁷ (Vida I, XIII)

Compañía. Resulta, pues, lógico que don Quijote, como alter ego de Loyola e hijastro de Cervantes, reflexione tristemente sobre unas circunstancias, sobre una ‘mudanza’ en continua transformación.

Por eso los libros, tan frágiles en el devenir del tiempo, aparecen mezclados con el ataque a los gigantes gracias a la inmediata alusión de don Quijote al “sabio Frestón” que le “robó el aposento y los libros”, y al que también acusa de haber transformado los gigantes en molinos para quitarle la gloria.

En el capítulo 7 vimos que, tras el nombre de Frestón, se oculta el del bachiller Frías, celoso acusador de Loyola en Salamanca (“en estas cosas se había mostrado siempre más que los otros”) y probablemente, según lo sugerido por don Quijote, instigador de las persecuciones parisinas, de la conexión entre la Inquisición española y la francesa, de ahí la acusación de “enemistad” y “malas artes”, alusivas a las posibles irregularidades, a la inquina del bachiller Frías, o sus sucesores.

La conclusión vuelve a ser semejante. Si en el capítulo 7 Frestón "sabe por sus artes y letras" que "andando los tiempos" será derrotado por don Quijote, aquí el caballero vuelve a pronosticar su futuro triunfo (“al cabo al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.”) apoyándose en la ‘bondad de su espada’, frase ambivalente y válida tanto para el lenguaje externo, en el que se alude a las buenas cualidades de la espada y el valeroso brazo de don Quijote, como al profundo, a la lucha idealista y generosa de un Loyola que acabará triunfando sobre sus enemigos, porque el “recuerdo de las grandes hazañas es una derrota para el Tiempo, pues prolongan su poder mucho después de que estas hazañas y sus autores hayan sido devorados por los abismos de la inexistencia.”¹¹⁸⁸

Hablando desde el futuro, don Quijote sentencia sobre el pasado. No son gigantes imaginarios, sino de carne y hueso, aunque para poder enfrentarse con él, para revivir el episodio de la sin igual batalla de Loyola contra la Inquisición francesa, han tomado la forma de molinos, para que el loco, bajo la libertad que le otorga su condición, pueda decir la verdad aunque aparente no decirla.

No obstante, no debe olvidarse que Loyola, como don Quijote, juzga su realidad como verdadera y la de los demás como falsa, ni que en esa ‘realidad’ hay una constante presencia de dios, el demonio o los encantadores, pues ambos viven, en estos momentos de la parodia, en una permanente ‘realidad delirante’. Por eso resulta muy acertada la idea de Cerezo Galán de que todos “estos pasajes de burlas sólo pueden tomarse en serio si se los entiende como una disciplina ascética de mortificación, dirigida en parte contra sí mismo, y objetivamente sobre su héroe, con el fin de quemar la máscara de su autoconciencia heroica. De ahí que Thomas Mann encuentre la obra como <<un producto de la cultura cristiana>> y de su sensibilidad. La mortificación no es más que la interiorización de la muerte, que cura al hombre su autosuficiencia y altanería. Para ello, a través de estas purgas y humillaciones, va gestando Cervantes en el alma de don Quijote un sombrío deseo de muerte, que le llevará al trance de la renuncia a su locura.”¹¹⁸⁹

OFICIO DE ESCUDERO

A la intervención de su amo, Sancho contesta con otra sentencia que pone fin al episodio de los molinos

-Dios lo haga como puede -respondió Sancho Panza.

¹¹⁸⁸ Russell 2009: 79.

¹¹⁸⁹ Cerezo Galán 2006: 232.

La réplica proverbial, así como la continúa presencia de lo religioso en el resto del capítulo, no solo aúna el trasfondo alegórico de los acontecimientos y de los personajes, sino que también revela la atosigante presencia de lo eclesiástico en el lenguaje de una sociedad forzada a hacer continúa ostentación de ello. En ese aspecto la novela resulta reveladora, pero no del sentir religioso de Cervantes, sino de la realidad social de un pueblo obligado a dar muestras permanentes de una espiritualidad asociada a factores tan cruciales como la limpieza de sangre o el pensamiento antiherético.

El carácter simbólico de la aventura de los molinos parece también reforzado por las escasas consecuencias físicas que, a pesar de la información del narrador, produjo la aparatosa caída de caballo y caballero

Y, **ayudándole a levantar**, tornó a subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba. Y, hablando en la pasada aventura, siguieron el camino del Puerto Lápice, porque allí decía don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero; sino que iba muy pesaroso, por haberle faltado la lanza; y diciéndoselo a su escudero, le dijo:

Aunque don Quijote y Rocinante debían encontrarse molidos y quebrantados tras el espantoso volteo (un poco más adelante don Quijote reconocerá su “molimiento”), sin embargo, aparentemente, no hubo mayores consecuencias que ese “medio despaldado” con el que cierra el narrador la aventura, situación que contrasta con el lamentable estado y las secuelas del episodio de los mercaderes, fundamentalmente porque, mientras allí Loyola quedó realmente tocado por su arrogancia al pretender acuchillar a un ‘moro’, aquí en París, tras presentarse ante el inquisidor, no ocurrió nada. Y, además, encontró enseguida el apoyo de los compañeros que le ayudaron a levantarse, función primordial, como comentamos, que el mismo Loyola atribuye a los compañeros llevando un compañero, cuando tuviese hambre esperaría ayuda dél; y cuando cayese, que le ayudaría a levantar; y así también se confiaría dél y le tendría afición por estos respetos; y que esta confianza y afición y esperanza la quería tener en solo Dios. (R, 35)

En principio, se negaba a tener compañeros porque su objetivo era purificarse en soledad, en una ascética previa al siguiente estado en el que ahora se encuentra y que culmina en París con la consolidación del grupo de compañeros que, como tales, cumplen las funciones que les corresponden

RELATO	QUIJOTE
<u>Cuando cayese, que le ayudaría a levantar</u>	Y, ayudándole a levantar , tornó a subir sobre Rocinante

Es un dato importante en cuanto corrobora el paralelismo entre el compromiso y las actividades propias del escudero y las del acólito, ambos dependientes de otra persona con quien mantienen un vínculo material y espiritual y a quien siguen y obedecen por admiración y determinados intereses.

A diferencia de la primera caída, don Quijote ahora no va solo y su compañero le ayuda, cumpliendo la labor especificada en el Relato y que, además, sirve de retorno para conectar con el momento del agrupamiento en París de los futuros fundadores de la Compañía. Conozcamos la versión de Ribadeneyra sobre aquellos momentos de captación, adoctrinamiento y consolidación del grupo que nutre la existencia de Sancho

Desde el principio que el B. P se determinó de seguir los estudios, tuvo siempre inclinación de juntar compañeros que tuviesen el mismo deseo que él, de ayudar a la salvación de las ánimas. Y así, aun cuando en España anduvo tan perseguido y acosado, tenía los compañeros que dijimos se le habían allegado.

Más, como aún no había echado raíces aquella compañía, con su partida para París luego se secó, deshaciéndose y acabándose fácilmente lo que fácilmente y sin fundamento se había comenzado. Porque, escribiéndoles él de París (cuando aún **apenas** se podía sustentar mendigando) cuán trabajosamente las **cosas** le sucedían y cuán flacas esperanzas tenía de poderlos él allí mantener, y encomendándoles a doña Leonor Mascareñas (que por su respeto mucho los favoreció), se desparcieron, yéndose cada uno por su parte. Al tiempo, pues, que entró en el estudio de la Filosofía nuestro B. P., vivían a la sazón en el colegio de Santa Bárbara Pedro Fabro, saboyano y Francisco Xavier, navarro, que eran no sólo amigos y condiscípulos, mas aun compañeros en un mismo aposento. Los cuales, aunque casi ya iban al cabo de su curso, recibieron a Ignacio en su compañía, y por aquí comenzó a ganar aquellos mozos, en ingenio y doctrina tan excelentes.

Especialmente con Fabro tomó estrechísima amistad, y repetía **con él** las lecciones que había oído, de manera que, teniéndole a él por su maestro en la filosofía natural y humana, le vino a tener por discípulo en la espiritual y divina. Y en poco tiempo le ganó tanto con la admiración de su vida y ejemplo, que determinó de juntar sus estudios y propósito de vida con los estudios y propósito de Ignacio. El cual no extendió luego al principio todas las velas, ni usó de todas las fuerzas para ganar esta ánima de un golpe, sino muy poco a poco y despacio fue procediendo **con él**. Porque, lo primero, le enseñó a examinar cada **día** su conciencia; luego le **hizo** hacer una confesión general de toda su vida y después le puso en el uso de recibir cada ocho días el Santísimo Sacramento del altar; y al cabo de cuatro años que pasó viviendo desta manera, viéndole ya bien maduro y dispuesto para lo demás, y con muy encendidos deseos de servir perfectamente a Dios le dio, para acabarle de perfeccionar, los Ejercicios espirituales. De los cuales salió Fabro tan aprovechado, que desde entonces le pareció haber salido de un golfo tempestuoso de olas y vientos de inquietud y entrado en el puerto de la paz y descanso, el cual el mismo Fabro escribe en un libro de sus meditaciones (que yo he visto) que antes de los Ejercicios nunca su ánima había podido hallar. Y en este tiempo se determinó y propuso de **seguir** de veras al B. P. Ignacio. Francisco Xavier, aunque era también su compañero de cámara, se mostró al principio menos aficionado a seguirle, mas al fin no pudo resistir a la fuerza del espíritu que hablaba en este santo varón. Y así vino a entregarse a él y ponerse del todo en sus manos, aunque la ejecución fue más tarde, porque, cuando él tomó esta resolución, habían pasado días y estaba ya ocupado en **leer** el curso de Filosofía. Había también venido de Alcalá a París y acabado su curso de Artes y graduándose en ellas el maestro Diego Laínez, que era natural de Almazán. Trújole el deseo de estudiar la Teología en Paris y de buscar y ver a Ignacio, al cual en Alcalá había oído alabar por hombre de gran santidad y penitencia. Y quiso Dios que fue el mismo P. Ignacio **el primero** con quien, entrando en París, encontró Laínez, y en breve tiempo se le dio a conocer, y trabaron familiar conversación y amistad. Vino también con Laínez de Alcalá Alonso de Salmerón, toledano, que era más **mozo** pero ambos eran mancebos de singular habilidad y grandes esperanzas. A los cuales dio el P. Ignacio los ejercicios espirituales en el mismo tiempo que los **hizo** Pedro Fabro, y por ellos se determinaron de **seguirle**. Y desta manera se le fueron después allegando Simón Rodríguez, portugués, y Nicolás de Bobadilla, que era de cerca de Palencia. (Vida II, IV)

Una vez sobre Rocinante, don Quijote continúa su camino “hablando en la pasada aventura”, conversando con Sancho sobre el episodio de los molinos de viento. Pero el narrador, en vez de la expresión ‘hablando de’, ha utilizado otra más inusual, ‘hablando en’, que también ha sido empleada por Ribadeneyra en el fragmento anterior para sugerir la idea de un Loyola que actúa como intermediario, como ‘médium’ del espíritu divino (“*no pudo resistir a la fuerza del espíritu que **hablaba en este santo varón***”), de forma que la expresión “hablando en la pasada aventura”, contaminada del sentido del lenguaje profundo, viene a referirse al poder de seducción, a la intensa labor proselitista realizada por don Quijote sobre Sancho y, según el fragmento anterior de la Vida, por Loyola sobre sus nuevos discípulos en París.

Allí dio los ejercicios espirituales a quienes después serían sus primeros compañeros y a todos, como a Fabro, les pareció “*haber salido de un golfo tempestuoso de olas y vientos de inquietud y entrado en el **puerto de la paz y descanso***”, tópica y recurrente metáfora marinera que, probablemente, sugirió a Cervantes la idea de situar de nuevo a sus personajes en “**Puerto Lápice**”, lugar propicio, según don Quijote, para “muchas y diversas aventuras”, pues la “*paz y descanso*” que encuentran los futuros jesuitas tras practicar los ejercicios, es el caldo de cultivo, la sopa mística que alimenta el trasfondo de las aventuras quijotescas.

TRONCO DE LANZA

La lanza, arma larga y ofensiva que abre el camino de la contienda, la hemos visto utilizada por Cervantes como símbolo de la actitud combativa de Loyola contra el conformismo eclesiástico, por eso don Quijote, recién levantado del suelo tras la agresión del aspa del molino, es decir, conminado por los religiosos parisinos a que no siguiera desasosegando a los estudiantes, “iba muy pesaroso, por haberle faltado la lanza”.

A esa idea coadyuva la siguiente información, en torno a la lanza, dada por don Quijote a su escudero

Yo me acuerdo haber leído, que un caballero Español llamado Diego Pérez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo, o tronco, y con él hizo tales cosas aquel día, y machacó tantos Moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus descendientes, se llamaron desde aquel día en adelante, Vargas, y Machuca. Hete dicho esto, porque de la primera encina, o roble que se me depare, pienso desgajar otro tronco, tal y tan bueno como aquel, que me imagino y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado, de haber merecido venir a vellas, y a ser testigo de cosas que apenas podrán ser creídas.

La síntesis de la anécdota es que la rama, o tronco, cortada por Diego Pérez y con la que realizó tal matanza, fue la estirpe de un linaje en cuyo propio apellido se rememora tamaña sarracina.

Pero, como apunta nuestro puntilloso Clemencín, desgajar “un tronco es imposible, porque ¿de dónde se le desgaja? Un tronco puede arrancarse pero no desgajarse: esto solo conviene al ramo”¹¹⁹⁰, de forma que una nueva ‘incorrección’ cervantina actúa como señal del sentido simbólico, alegórico, de la historia narrada por don Quijote.

Pienso desgajar otro tronco, convertible en lanza, con el que realizar hazañas tan sorprendentes como aquellas, sobre todo para que Sancho se enorgullezca de haber sido testigo de ellas y pueda contarlo. Y, también, porque la historia, y la forma de narrarla,

¹¹⁹⁰ Clemencín 1833: 175.

mantiene un claro paralelismo con cierta idea dinástica enarbolada por Ribadeneyra en los comienzos de la Vida.

Primero en la Dedicatoria dirigida al inquisidor Quiroga

*reciba con esta historia mi voluntad, y las voluntades, y los corazones de todos estos sus siervos, que por desear ser en todo hijos de nuestro padre Ignacio, y servir y acatar a V. S. Ilustrísima con el amor que él le trató, le ofrecen los vivos ejemplos y gloriosas **hazañas** de su vida: para **testificar** con esto, lo que estiman y precian esta deuda, y la afición de servir a V. S. Ilustrísima que de su padre heredaron.*

Al margen de retóricas y peloteos, Ribadeneyra, en esta declaración filial y de orgullo ‘genético’ de todos los hijos de la Compañía por las hazañas de su padre, se declara afortunado testigo, de forma que reúne en su persona todo cuanto don Quijote augura para Sancho (“que tú te tengas por bien afortunado, de haber merecido venir a vellas, y a ser testigo de cosas que apenas podrán ser creídas”).

Y casi inmediatamente después, en la Dedicatoria a los “*hermanos en Cristo*”, Ribadeneyra insiste en la misma idea

*así como los que vienen de ilustre linaje y de generosa y esclarecida sangre procuran saber las **hazañas** y gloriosos ejemplos de sus antepasados y de los que fundaron y ennoblecieron sus familias y casas, para tenerlos por dechado y hacer lo que ellos hicieron; así también nosotros, habiendo recibido de **la mano de Dios** nuestro Señor a nuestro bienaventurado padre Ignacio por guía y maestro y por caudillo y capitán de esta milicia sagrada. (Vida, A los hermanos)*

Establece un manifiesto paralelismo entre aquellos que “*vienen de ilustre linaje*” y un “*nosotros*”, referido a los “*hermanos en Cristo*”, a quienes está dirigida la Dedicatoria y cuyo linaje equipara a los más grandes, al venir avalado por “*la mano de Dios*”. Y así como los más ilustres “*procuran saber las **hazañas** y gloriosos ejemplos de sus antepasados*” para tenerlos “*por dechado*”, los hijos de la Compañía cuentan con la Vida para, a través de ella, poder imitar a su padre.

Igual que la hazaña de Pérez de Vargas generó la gloriosa genealogía de los “Vargas y Machuca”, don Quijote, como alter ego de Ignacio, aspira a desgajar, de la iglesia católica, un tronco que genere el gran linaje de los hijos de Loyola, capaces de llevar el evangelio de Cristo a todas las razas del mundo.

No es casual que la anécdota se encuentre inmersa en el momento paródico del agrupamiento de los primeros compañeros de Loyola en París, ni que el nombre del personaje protagonista, **Diego Pérez**, coincida con el de **Diego Laínez**, importante discípulo perteneciente, según el capítulo núcleo, al grupo de los fundadores y llamado a ser, tras la muerte de Loyola, su sucesor en el cargo de Preósito General de la Compañía. Laínez fue el primer vástago del tronco, del ‘linaje’ de los hijos de Loyola y, también, uno de los primeros testigos y biógrafos devotos que contaron al mundo aquellas hazañas que, como dice don Quijote, “*apenas podrán ser creídas*”

No olvidemos que Loyola soñaba, según él mismo recuerda al inicio del Relato, con realizar hazañas (“*pensando, como siempre solía, en las **hazañas** que había de hacer por amor de Dios*”), ni que Ribadeneyra, orgulloso también de las hazañas de Ignacio, se refiere a ellas en los dos fragmentos citados.

Don Quijote, además del definitorio ‘ramo’, añade también la acepción de ‘tronco’ (“*desgajó de una encina un pesado ramo, o tronco*”), definido por Covarrubias como “*la parte del árbol gruesa, de la qual se derivan los ramos [...] En los árboles de genealogías, llaman tronco el fundador de la casa y del linaje y los que dél van procediendo en la primogenitura*”.

Así deben entenderse las palabras de don Quijote, su intención de “desgajar otro tronco, tal y tan bueno como aquel” de la “primera encina, o roble que se me depare”, porque fue precisamente Laínez, sucesor de Loyola, el primer hombre que, según la Vida, encontró Loyola al entrar en París: “*quiso Dios que fue el mismo P. Ignacio el primero con quien, entrando en París, encontró [Diego] Laínez, y en breve tiempo se le dio a conocer, y trabaron familiar conversación y amistad*”.

En definitiva, don Quijote cuenta una anécdota que enlaza sutilmente con la historia de la gestación de la Compañía en aquellos días de París en los que Ignacio contacta con quienes serán, junto a él, los primeros fundadores. Pero solo contacta y empieza a agrupar, porque la fundación de la orden todavía se retrasará unos años. Razón por la que el acto formal y protocolario del nacimiento, de la fundación definitiva de la Compañía, no se realiza ahora, sino en el capítulo once, cuando don Quijote y Sancho, invitados y asistidos por los cabreros, escenifiquen la ceremoniosa cena en la que, simbólicamente, quedará instituida la orden.

El cuadro de referentes formales y semánticos vuelve a ser revelador

RELATO	VIDA	QUIJOTE
	<i>Diego Laínez</i>	Diego Pérez
	<i>-ser en todo hijos de nuestro padre Ignacio -de su padre heredaron</i>	así él como sus <u>descendientes</u>
pensando, como siempre solía, en las hazañas que había de hacer por amor de Dios	<i>-saber las hazañas y gloriosos ejemplos -hacer lo que ellos hicieron</i>	hacer con él tales hazañas
	<i>estiman y precian esta deuda</i>	te tengas por bien <u>afortunado</u>
	<i>Para testificar con esto</i>	<u>venir a vellas, y a ser testigo</u>

CABALLEROS DE LA BANDA O EL ‘MAS’ IGNACIANO

Y para que no quepa la menor duda de la relación paródica entre los dos fragmentos de la Vida y las anteriores palabras de don Quijote, Sancho responde con una frase hecha que, además de abundar en la obra de Ribadeneyra, también aparece en uno de dichos fragmentos (“*habiendo recibido de la mano de Dios nuestro Señor a nuestro bienaventurado padre Ignacio por guía y maestro*”)

-A la mano de Dios –dijo Sancho-. Yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice; pero **enderécese** un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caída.

Sancho corrobora y pone punto final a todo lo expuesto por su amo, al que sugiere, seguidamente, que se enderece (“**enderécese** un poco”), pues “parece que va de medio lado”, algo que él achaca al “molimiento de la caída”, primera y única referencia al mal estado en que debía encontrarse el caballero tras el espectacular revolcón del molino y, sobre todo, otra sutil alusión a la incertidumbre y acoso de Loyola en los momentos previos a la fundación de la orden en París

*Fue en aquella hora combatido el ánimo de nuestro B. Padre de dos espíritus que, aunque parecían contrarios, ambos se **enderezaban** a un mismo fin. El amor de Dios, junto con un encendido deseo de padecer por Jesu Cristo y de sufrir por su nombre dolores y afrentas, le llevaba para que se ofreciese alegremente a la infamia y a los azotes que a punto estaban. (Vida II, III)*

Con mucha guasa, Cervantes utiliza el mismo verbo ‘enderezar’ empleado por Ribadeneyra para exponer, confusamente, las dudas de Loyola ante la paliza ejemplar con que se le había amenazado. Por eso la respuesta de don Quijote gira también en torno a la idea de sufrir estoicamente, de padecer sin quejarse

-Así es la verdad –respondió don Quijote-, y si no me quejo del **dolor**, es porque no es dado a los caballeros andantes quejarse de **herida** alguna, aunque se le salgan las tripas por ella.

En la permanente aproximación a la psicología y al temperamento de ambos personajes que tan gradual y sutilmente realiza Cervantes, esta respuesta de don Quijote inicia una calculada comparación en la que contrastan las personalidades y planteamientos ascéticos de cada uno.

Clemencín y, posteriormente, García Villoslada han “llamado la atención sobre la semejanza”¹¹⁹¹ entre esta actitud de don Quijote con las normas prescritas “a los caballeros de la orden de la Banda por sus estatutos. Insertó esto D. Alonso de Cartagena en su *Doctrinal de Caballeros*, donde se lee: *Otro sí todo caballero de la Banda nunca debe decir ai! E lo más que podiere, excuse de quejarse por ferida que haya.*”¹¹⁹²

Comentamos que Iñigo perteneció a dicha orden y que muchos de sus comportamientos, como no quejarse del dolor de las heridas de la pierna, parecen relacionados, según los jesuitas, con esa circunstancia.

Precisamente, “por encima de estos comportamientos externos y como el motor de ellos”¹¹⁹³, en las reglas de los caballeros de la Banda “se encuentran unas exigencias de superación expresadas incluso literalmente con un <<más>>, como se puede comprobar con solo iniciar su lectura: <<Aquí se comienza el Libro de la Vanda que fizo el rey don Alonso de Castilla, e la razón por que se movió a facer lo es: Por que la *mas* alta e la *mas* preciada orden que Dios en el mundo fizo es la caballería>>. Esta referencia al <<mas>> lejos de ser una expresión ocasional, constituye el modo literario fundamental de articular la característica de esta orden. <<E no ha cosa en el mundo que *mas* pertenesca al cavallero que verdad e lealtad, e aun de que se *mas* paga Dios...E por esto se fizo esta Orden et tomar la Vanda que mantengan estas tres cosas *mas* que otros cavalleros: Ser leales a su señor, et amar aquella en quien pusieron su corazón et intención, et tenerse por cavalleros *mas* que otros para facer *mas* altas cavallerías>>”¹¹⁹⁴.

Este concepto del ‘mas’ oriundo, pues, de las más genuinas y “mas altas cavallerías” se transfiere, inevitablemente, a la leyenda ignaciana, a las ramas del tronco que lo airean sin cesar: “Una característica de san Ignacio es el magis, el más. San Ignacio siempre buscaba el más. No lo bueno, sino lo mejor. No la gloria de Dios, sino la mayor gloria de Dios. No servir a nuestro Señor, sino el señalarse en el servicio a nuestro Señor. Siempre el magis, siempre el más”¹¹⁹⁵.

No es, pues, casual la entereza de la que hace gala don Quijote, su resignación ante el dolor porque, para imitar la abnegación de Loyola, no debe quejarse aunque se le salgan las tripas, expresión similar a la “carnicería”¹¹⁹⁶ con que resume Ribadeneyra las operaciones de Loyola.

¹¹⁹¹ Leturia 1989: 122.

¹¹⁹² Clemencín 1833: 176.

¹¹⁹³ Leturia 1989: 123.

¹¹⁹⁴ Leturia 1989: 123.

¹¹⁹⁵ López Menús 2010.

¹¹⁹⁶ “Estando ya en su casa, comenzaron las **heridas**, especialmente la de la pierna derecha, a empeorar. Llamáronse nuevos médicos y cirujanos, los cuales fueron de parecer que la pierna se había otra vez de

Don Quijote, para llevar a cabo su objetivo de realizar “hazañas” tan maravillosas que Sancho se considere afortunado de haber sido testigo o, lo que es lo mismo, para iniciar un plan de actuaciones que genere en su escudero una admiración y veneración semejante a la de los nuevos discípulos hacia Loyola¹¹⁹⁷, comienza a poner en práctica, además del temerario ataque a los molinos, un ejemplar y ascético plan de vida cuya primera propuesta es renunciar a quejarse del dolor. Sancho, desde la posición antagónica del lego en fase de adoctrinamiento o noviciado, responde

-Si eso es así, no tengo yo que replicar –respondió Sancho–; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende también con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse.

Frente al sacrificio y la entereza del líder que alienta, con su espíritu y ejemplo, el movimiento hacia delante, Sancho, por el contrario, exhibe, ante el dolor, una postura antagónica (“me he de quejar del más pequeño dolor que tenga”), la cara humana de una militancia arrastrada por el carisma del líder y remisa a sacrificios y heroicidades. ¿Será casualidad ese irónico ‘más’ situado en lugar tan estratégico para marcar las diferencias?

El contraste entre ambas formas de afrontar la vida religiosa, lo ejemplifica Ribadeneyra con una información perteneciente al momento en que Loyola se encontraba en la cárcel de Salamanca

Y ciertas religiosas que ya tenían noticia de su santidad, le escribieron una carta, doliéndose de su trabajo y quejándose y acusando a los que le habían puesto en él. A esta carta respondió otra, reprendiéndoles su sentimiento, porque era señal que no conocían los tesoros que se encierran en la cruz y tribulaciones que se pasan por Cristo, dándoles a entender cuán regocijada estaba su ánima y cuán deseosa de mayores fatigas y tormentos, con tan encendidas y afectuosas palabras, que por una parte quedaron las monjas corridas, y por otra abrasadas y atravesadas con el deseo de padecer mucho por amor de su Dios y Señor. (Vida I, XV)

Mientras las religiosas se quejan, se duelen de la dura situación en que se halla, él se muestra feliz de padecer por Cristo, el único camino para alcanzar el objetivo de santidad propuesto. Más o menos lo que don Quijote desea hacer pues, aunque no manifiesta un deseo expreso de padecer por Cristo, enseguida le veremos cumpliendo las reglas caballerescas con tanto rigor como el más comprometido asceta.

Se aprecia, al mismo tiempo, otra notable diferencia. Don Quijote se encuentra ya inmerso en la segunda salida; ha recorrido el largo trayecto ascético que Sancho inicia ahora, de ahí la condescendencia, la sonrisa benévola con que, según el narrador, don

desencasar [...] Hízose así, con grandísimos tormentos y dolores del enfermo. El cual pasó esta carnicería que en él se hizo y todos los demás trabajos que después le sucedieron, con un semblante y con un esfuerzo que ponía admiración. Porque ni mudó color, ni gimió, ni sospiró, ni hubo siquiera un ay, ni dijo palabra que mostrase flaqueza” (Vida I, I)

¹¹⁹⁷ “Don Quijote sigue aleccionando a Sancho, y entre las cosas que le dice se encuentran éstas: <<pienso hacer con él tales hazañas... que tú te tengas por bien afortunado, de haber merecido venir a verlas>>. Que nos traen a la memoria aquellas palabras de Jesús a sus discípulos ¡Dichosos vuestros ojos porque ven y vuestros oídos porque oyen! Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, pero no lo oyeron (Mt 13. 16). Sancho dice creerlo todo, si Dios pone su mano: <<A la mano de Dios>>. Díaz Ramírez 2009: 52.

Quijote recibe su ingenua reivindicación del derecho a quejarse y a respetar, religiosamente, las horas de comer¹¹⁹⁸

No se dejó de reír don Quijote de la simplicidad de su escudero; y así, le declaró que podía muy bien quejarse como y cuando quisiese, sin gana o con ella, que hasta entonces no había leído cosa en contrario en la orden de caballería. Díjole Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo que por entonces no le hacía menester, que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia, se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y, sacando de las alforjas lo que en ellas había puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo muy de su espacio, y de cuando en cuando empinaba la bota, con tanto gusto que le pudiera envidiar el más regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenía por ningún trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras, por peligrosas que fuesen.

La “simplicidad” achacada por don Quijote a su escudero en estos primeros momentos de mutuo reconocimiento, parece relacionada con la “simplicidad” que Loyola se atribuía a sí mismo y a sus compañeros durante los interrogatorios inquisitoriales de Salamanca. Se expresa específicamente en el Relato (<<Entre todos nosotros el que más ha estudiado soy yo >>, y le dio claramente cuenta de lo poco que había estudiado, y con cuán poco fundamento.”¹¹⁹⁹) y también en la Vida (“*El padre con simplicidad y llaneza dijo la verdad de sus pocos estudios*”¹²⁰⁰).

En esa ‘simplicidad’ de hombres sin estudios y seguidores de un líder se inspira el actual Sancho y, también, la mirada condescendiente de un amo que, según el narrador, continua en la misma línea discursiva.

VIDA	QUIJOTE
<i>Habiendo recibido de <u>la mano de Dios</u> nuestro Señor</i>	<u>A la mano de Dios</u> –dijo Sancho
<i>ambos se <u>enderezaban</u> a un mismo fin</i>	pero <u>enderécese</u> un poco, que parece que va de medio lado
<i>encendido deseo de <u>padecer</u> por Jesu Cristo y de <u>sufrir</u> por su nombre <u>dolores</u> y <u>afrentas</u></i>	si no me quejo del dolor , es porque no es dado a los caballeros andantes <u>quejarse de herida alguna</u>
<i><u>heridas...dolores... ni hubo siquiera un ay</u></i>	si no me quejo del dolor , es porque <u>no es dado a los caballeros andantes quejarse de herida alguna</u>

CONTRASTES

La larga intervención del narrador continua centrada en el contraste de personalidades entre amo y escudero, en cuestiones relacionadas con comida, bebida y sueño, subrayando las diferencias entre dos actitudes representativas de la austeridad o la holganza religiosa, entre quienes buscan, como Loyola, “*paz en la guerra, y en los peligros seguridad y en los trabajos descanso*”, o quienes, como Sancho, seducidos por grandes promesas, ignoran el sacrificio personal que conlleva alcanzarlas.

¹¹⁹⁸ Don Quijote se impone una dieta austera, pobre, ascética, “porque sabe que es uno de los motivos de la identidad caballerescas. Sabe también que este es un modo para llevar a cabo la ascesis caballerescas [...] para hacerse caballero andante, abandona la dieta connotante del hidalgo de aldea venido a menos y adopta una dieta instrumental, en función del credo caballeresco” Martín Morán 2009: 224.

¹¹⁹⁹ R, 64.

¹²⁰⁰ *Vida I, XV.*

Hasta en los más pequeños detalles concuerda la actitud abstinerente de don Quijote con el momento de Loyola en París, donde, según el Relato, había mejorado sus frecuentes dolores de estómago, por lo que aprovechó para endurecer de nuevo las penitencias

Ya había cuasi 5 años que no le tomaba dolor de estómago, y así el empezó a darse a mayores penitencias y abstinencias. (R, 74)

La falta de apetito de don Quijote (“por entonces no le hacía menester”) responde, pues, al propósito de no comer mostrado por Loyola en ese momento histórico de la parodia, a la abstinencia que, en definitiva, incide en la estereotípica asociación idealismo/realismo, alto/bajo, gordo/flaco y, fundamentalmente, en el no menos estereotipo tradicional entre el religioso místico, flaco y consumido, y el fraile panzudo, glotón, bebedor y carnavalesco.

Para establecer este plan general de contrastes, Cervantes vuelve a recurrir a la estancia de Loyola en Manresa, de donde procede, tanto del Relato como de la Vida, la mayor información sobre sus prácticas ascéticas.

Conozcamos en primer lugar el plan de comidas y dormidas de Loyola durante el tiempo en que, acosado de escrúpulos, decidió imitar a un santo. Al comparar el próximo fragmento del Relato con la versión de la Vida¹²⁰¹, veremos cómo Ribadeneyra no solo elimina una fantástica alucinación de Loyola, sino que aporta otra serie de datos, no menos alucinantes, que se comentarán en su momento

Y así le vino al pensamiento la historia de un santo, el cual, para alcanzar de Dios una cosa que mucho deseaba, estuvo sin **comer** muchos días hasta que la alcanzó. Y estando pensando en esto un buen rato, al fin se determinó de hacerlo, diciendo consigo mismo que ni comería ni bebería hasta que Dios le proveyese o que se viese ya del todo cercana la muerte; porque si le acaeciese verse in extremis, de modo que, si no **comiese**, se hubiese de morir luego, **entonces** determinaba de pedir pan y **comer** (cuasi vero lo **podiera** él en aquel extremo pedir, ni **comer**).

Esto acaeció un domingo después de haberse comulgado; y toda la semana perseveró sin meter en la boca **ninguna** cosa, no dejando de hacer los sólitos ejercicios, etiam de ir a los oficios divinos, y de hacer su oración de rodillas, etiam a media noche, etc. Mas venido el otro domingo, que era **menester** ir a confesarse, como a su confesor solía decir lo que **hacía muy menudamente**, le dijo también cómo en aquella semana no había **comido** nada. El confesor le mandó que rompiese aquella abstinencia; y aunque él se hallaba con fuerzas todavía obedeció al confesor, y se halló aquel día y el otro libre de los escrúpulos; mas el tercero día, que era el martes, estando en oración, se comenzó acordar de los pecados; y así como una cosa que se iba enhilando, iba pensando de pecado en pecado del tiempo pasado, pareciéndole que era obligado otra vez a confesarlos. Mas en la fin destos pensamientos le vinieron unos disgustos de la vida que **hacía**, con algunos ímpetus de dejarla; y con esto quiso el Señor que despertó como de sueño. Y como ya tenía alguna experiencia de la diversidad de espíritus con las lecciones que Dios le había dado, empezó a mirar por los medios con que aquel espíritu era venido, y así se determinó con grande claridad de no confesar más **ninguna** cosa de las pasadas; y así de aquel día adelante quedó libre de aquellos escrúpulos, teniendo por cierto que nuestro Señor le había querido librar por su misericordia.

Ultra de sus siete horas de oración, se ocupaba en ayudar algunas almas, que allí le venían a buscar, en cosas espirituales, y todo lo más del día que le

¹²⁰¹ Referencia 8, 9.

vacaba, daba a pensar en cosas de Dios, de lo que había aquel día meditado o leído. Mas cuando se iba a acostar, muchas veces le venían grandes noticias, grandes consolaciones espirituales, de modo que le hacían perder mucho del tiempo que él tenía destinado para dormir, que no era mucho; y mirando él algunas veces por esto, vino a pensar consigo que tenía **tanto** tiempo determinado para tratar con Dios, y después todo el resto del día; y por aquí empezó a dudar si venían de buen espíritu aquellas noticias, y vino a concluir consigo que era **mejor** dejarlas, y dormir el tiempo destinado, y lo hizo así.

Y perseverando en la abstinencia de no **comer** carne, y estando firme en ella, que por ningún modo pensaba mudarse, un día a la mañana, **cuando** fue levantado, se le representó delante carne para **comer**, como que la viese con ojos corporales, sin haber precedido **ningún** deseo della; y le vino también juntamente un grande asenso de la voluntad para que de allí adelante la **comiese**; y aunque se acordaba de su propósito de antes, no podía dudar en ello, sino determinarse que debía **comer** carne. Y contándolo después a su confesor, el confesor le decía que mirase por ventura si **era** aquello tentación; mas él, examinándolo bien, nunca **pudo** dudar dello. (R, 24-26)

El Flos sanctorum, uno de los pocos libros leídos por Loyola durante su convalecencia de la pierna, recoge, en sus primeras páginas, la fantasmagórica historia de san Andrés, un superhéroe apostólico del que se narran unas cuantas aventuras rayanas en el más puro cómic underground. Una de las más modositas, y que merece la pena conocer para entender el tipo de literatura que imitó Loyola durante, al menos, los primeros meses de su carrera hacia la santidad, dice así

Un anciano llamado Nicolás se presentó ante Andrés y le dijo:

-Señor, llevo setenta años entregado a la lujuria. He creído en el Evangelio, he orado a Dios pidiéndole la gracia de la continencia, pero hasta ahora nada he conseguido; mis hábitos inveterados y el aguijón de la concupiscencia han dado al traste con mis buenos propósitos cuantas veces los he formulado. Un día impulsado por mi apetito y sin darme cuenta de que llevaba conmigo unos *evangelios*, acudí a un lupanar; mas apenas hube entrado en él la meretriz me arrojó de su casa diciéndome: <<¡Sal de aquí inmediatamente, viejo! ¡Tú eres un ángel de Dios; no me toques; no te atrevas a acercarte a mí! ¡Veo en tu derredor cosas maravillosas!>> Al oír hablar así a la ramera quedé estupefacto; mas de pronto recordé que llevaba sobre mí los *evangelios*. Te ruego, pues, santo de Dios, que ores piadosamente por mí y pidas al Señor que me libre de este vicio y salve mi alma.

Oyendo esto, el bienaventurado Andrés empezó a llorar y a orar; desde la hora tercia a la de nona permaneció postrado en oración. Cuando terminó sus plegarias alzóse del suelo, pero no quiso comer, sino que dijo: <<No probaré bocado hasta que sepa que el Señor ha perdonado misericordiosamente a este anciano>>. Cinco días seguidos ayunó. Al cabo de ellos oyó una voz que le decía: <<Andrés, te ha sido concedido lo que has pedido para este viejo; pero dile que para que se salve deberá macerar su cuerpo con ayunos tan rigurosos como los que tú has hecho>>.

Seis meses seguidos ayunó a pan y agua el anciano; al término del sexto mes, lleno de buenas obras, falleció. Nada más morir el viejo, nuevamente oyó Andrés la voz que seis meses antes oyera; pero esta vez le decía: <<Había perdido a Nicolás, gracias a tus oraciones lo recuperaré definitivamente>>. ¹²⁰²

¹²⁰² Vorágine 1996: 31.

A este santo decide imitar Loyola, aunque aplicándole el ‘más’ ignaciano, o sea, si Andrés no probó bocado en cinco días, él, según queda recogido con precisión en el Relato, no lo hizo en siete (“toda la semana perseveró sin meter en la boca ninguna cosa”). Loyola, además, lloraba continuamente y, como veremos un poco más adelante, también estando en París libró, con sus penitencias, a un hombre “*perdido de unos amores deshonestos*”¹²⁰³

Queda, pues, claro que Loyola se comporta de una manera determinada porque, igual que don Quijote, imita a sus héroes. Pero Sancho no tiene héroes, por eso sus primeras actuaciones aparecen como radicalmente contrarias a las de su amo e, indirectamente, a las de Loyola, cuyo confesor, sorprendido ante la decisión de no comer en una semana, le pidió que “**que mirase** por ventura si **era** aquello tentación”, razón por la que Sancho le recuerda a su amo “**que mirase** que **era** hora de **comer**”

RELATO	QUIJOTE
debía comer [...] el confesor le decía que mirase por ventura si era aquello tentación	Díjole Sancho que mirase que era hora de comer

Hasta diez veces se repite el verbo comer en el fragmento del Relato, de forma que, como en la novela, se transforma en tema central. Y así como Loyola muestra su intención de seguir con la promesa de ayuno (“estando firme en ella, **que por ningún** modo pensaba mudarse”), don Quijote responde a Sancho manteniendo una postura parecida (“Respondióle su amo **que por entonces no le** hacía menester, que comiese él cuando se le antojase”) y entresacada del contexto dietético del Relato.

Con la autorización de don Quijote, Sancho inicia una comida descrita por el narrador, a pesar de las adversas circunstancias que la condicionan, como un acto tan placentero y gustoso que lo compara con “el más regalado bodegonero de Málaga” y concluye que mientras “iba de aquella manera menudeando tragos, **no se le acordaba de ninguna promesa** que su amo le hubiese hecho”, frase con la que se parodia, o evoca, el pequeño enredo de Loyola cuando, “perseverando en la abstinencia de no comer carne”, un día, al levantarse, “se le representó delante carne para **comer**, como que la viese con ojos corporales”, una especie de alucinación, tal vez producida por el hambre, que él considera, en contra de la opinión del confesor, una clarísima tentación del demonio.

La expresión “**no se le acordaba de ninguna promesa**” con la que se expresa la tranquilidad y gusto con la que Sancho se centra en comer y beber, resulta como una variante de ese extraño enredo (“y aunque **se acordaba de** su propósito de antes, no podía dudar en ello, sino determinarse que debía comer carne”) en el que también Loyola utilizó el verbo ‘acordarse’ en el mismo tiempo y modo y asociado a un vocablo (“propósito”) perteneciente al mismo campo semántico que ‘promesa’

RELATO	QUIJOTE
aunque se acordaba de su propósito de antes, no podía dudar en ello	no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho

La reutilización de la frase realizada por Cervantes se apreciará con más claridad a medida que vayamos corroborando una intencionalidad paródica tendente a establecer diversos paralelismos entre la estancia de Loyola en Manresa y París, y las intenciones de los personajes de la novela, concretamente de Sancho, sobre quien concluye el

¹²⁰³ Vida V, II.

narrador: “Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenía por ningún **trabajo**, sino por mucho **descanso**, **andar** buscando las aventuras, por **peligrosas** que fuesen”

¿Por qué habría de recordar Sancho, mientras engulle plácidamente, las promesas de su amo? Porque como acólito, como aspirante a los reinos prometidos, debería imitar la ascética de su señor si pretende aspirar a las recompensas. Pero, insistimos, Sancho todavía no está al tanto, ignora el sacrificio y el mecanismo de los méritos, todo lo contrario de Loyola que, a su llegada a París, era ya, como don Quijote, un consumado asceta.

La intencionalidad de contrastar la actitud de ambos personajes resulta evidente. Sancho comiendo y bebiendo, con la mente limpia de promesas, quejas, razones o trabajos, justo lo contrario de don Quijote, ávido de batallas y enriquecimiento, de servir a dios y eliminar los males de la tierra.

La misma filosofía y los mismos propósitos encontrados en el ya conocido fragmento de la Vida en el que se anunciaba la casi milagrosa llegada de Loyola a París sorteando la guerra y todo tipo de peligros

*Poníanle delante el frío muy áspero que hacía, por ser en medio del invierno, la guerra ya rompida y muy sangrienta que había entre España y Francia, y los **peligros** y **trabajos** de que por causa de la guerra estaba lleno el camino. Contábanle muchos y frescos ejemplos de horribles crueldades que en aquel camino de Francia los soldados habían ejecutado contra los caminantes. Mas no bastaron todas estas cosas a detenerle, porque se sentía llevar del favorable viento del Espíritu Santo, y hallaba paz en la guerra, y en los **peligros** seguridad y en los **trabajos** **descanso**. Y así se dio a caminar por medio de Francia a pie, y con el favor de Dios que le guiaba llegó a París, sano y sin pasar **ningún peligro**, al principio de febrero de mil y quinientos y ventiocho años.*

Hay un planteamiento casi quiasmático. Mientras Loyola-Quijote, favorecido por la divinidad y estimulado por proyectos de santidad y fama, avanza por medio de la guerra sin temor a peligros y trabajos, Sancho lleva la mente en blanco, sin objetivos ni promesas, ajeno a proyectos e ideales.

Dándole irónicamente la vuelta a los ingredientes básicos del fragmento de la Vida, Cervantes nos sugiere otra forma de santidad hedonista, la del humilde y buen Sancho que come y bebe sin hacer daño a nadie, sin pretender llamar la atención ni convertirse en líder de nadie, sin establecer como norma de vida una única manera de comportarse

VIDA	QUIJOTE
<i>hallaba paz en la guerra, y en los peligros seguridad y en los trabajos descanso. Y así <u>se dio a caminar por medio de Francia a pie, y con el favor de Dios que le guiaba llegó a París, sano y sin pasar ningún peligro</u></i>	no se le acordaba de <u>ninguna promesa</u> que su amo le hubiese hecho, ni tenía por ningún trabajo , sino por mucho descanso , <u>andar buscando</u> las aventuras, por peligrosas que fuesen

Son dos alienaciones antagónicas. Loyola y don Quijote hayan paz, seguridad y descanso en la acción permanente y arriesgada (en el ‘darse a caminar’ o en el ‘andar buscando’) que les conducirá al logro de sus objetivos. Las aspiraciones de Sancho se centran en el ‘no hacer’, en comer y beber sin nada ni nadie que le inquiete, abstraído de los trabajos y peligros del mundo. En Cervantes, navegante y cautivo viendo pasar el tiempo, y escritor sin descanso en los últimos años de su vida, conviven las dos formas de plantearse la existencia.

Formas dispares, radicales contrastes de vivencia en los que redonda la desigual primera noche que amo y escudero van a pasar juntos.

PRIMERA NOCHE

El núcleo paródico de esta primera noche en el campo vuelve a ser la estancia de Loyola en Manresa, nombre, como sabemos, de especial relevancia para la Compañía en cuanto permanece asociado al primer hito espiritual de Loyola, al momento que marca un antes y un después en el ‘camino de perfección’ trazado siguiendo los pasos de sus nuevos héroes, los santos, cuyas vidas, tan fabulosas como las de los caballeros andantes, imita literalmente sin distinguir entre realidad o leyenda.

De esa forma Manresa significa el adiós a los vestigios del pasado y un primer acercamiento a la verdadera espiritualidad, a la puesta en práctica de las lecciones recibidas en Montserrat, la reafirmación en el nuevo proyecto de vida.

Conozcamos los datos ofrecidos por el narrador sobre la primera noche de don Quijote y Sancho en el campo

En resolución, aquella **noche** la pasaron entre unos árboles, y del uno dellos desgajó don Quijote un ramo seco que casi le podía servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le había quebrado. Toda aquella **noche** no durmió don Quijote, **pensando** en su señora Dulcinea, por acomodarse a lo que había leído en sus libros, cuando los **caballeros** pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus **señoras**. No la pasó así Sancho Panza, que, como tenía el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle, si su amo no lo llamara, los rayos del sol, que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo día saludaban. Al levantarse dio un tiento a la bota, y hallóla algo más flaca que la noche antes, y **afigiósele** el corazón, por parecerle que no llevaban camino de **remediar** tan presto su falta. No quiso **desayunarse** don Quijote, porque, como está dicho, dio en **sustentarse** de sabrosas memorias. Tornaron a su **comenzado camino**¹²⁰⁴ del Puerto Lápice, y a obra de las **tres** del día le **descubrieron**.

Antes de velar, don Quijote repara la lanza. Sustituye, según tenía previsto, el asta de madera, rota por las aspas del molino, por “un ramo seco” sobre el que puso “el hierro que quitó de la que se le había quebrado”, gesto con el que, acorde con la expresión ‘poner o quitar hierro’, vuelve a estar armado y que, simbólicamente, representa la libertad recobrada por Loyola para seguir predicando, atacando con su doctrina evangélica en París.

Acto seguido, el narrador inicia una serie de informaciones alternativas e individuales sobre las actividades y circunstancias de cada uno de los dos personajes. Primero sobre don Quijote, después sobre Sancho, de nuevo sobre don Quijote y, por último, sobre la vuelta al camino de ambos. Sigamos el orden.

Don Quijote comienza la vigilia dedicándose, según el narrador, a pensar “en su señora Dulcinea”, pero no porque el corazón se lo pida, sino “por acomodarse a lo que había leído en sus libros, cuando los **caballeros** pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus **señoras**”.

Se insiste en que no se trata de un verdadero amor, sino de una actitud mimética, un clarísimo deseo de imitar a sus héroes librescos y, más concretamente, a Loyola que,

¹²⁰⁴ “Estos dos encuentros solos fueron los que tuvo al **descubierto** para volver atrás del camino comenzado” (Vida I, VI)

también por imitación de los libros, repetía las mismas actuaciones que sus nuevos héroes

El cual, como hubiese leído en sus libros de caballerías, que los caballeros noveles solían velar sus armas, por imitar él como caballero novel de Cristo, con espiritual representación, aquel hecho caballeroso y velar sus nuevas y, al parecer, pobres y flacas armas (mas en hecho de verdad muy ricas y muy fuertes) que contra el enemigo de nuestra naturaleza se había vestido, toda aquella noche, parte en pie y parte de rodillas, estuvo velando delante de la imagen de nuestra Señora.

El cotejo con este ya conocido fragmento de la Vida resulta tan abrumador que, como en otras ocasiones, hoy podría hablarse de plagio. Veamos la comparación esquemática teniendo en cuenta que el texto de la novela, aunque fragmentado, aparece íntegro

VIDA	QUIJOTE
<u>toda aquella noche [...]</u> <u>estuvo velando</u>	<u>Toda aquella noche no durmió</u>
<u>delante de la imagen de nuestra Señora</u>	<u>pensando en su señora Dulcinea</u>
<u>por imitar</u>	<u>por acomodarse</u>
como <u>hubiese leído en sus libros</u> de caballerías, que <u>los caballeros</u>	lo que <u>había leído en sus libros</u> , cuando <u>los caballeros</u>
<u>toda aquella noche</u> , parte en pie y parte de rodillas, <u>estuvo velando</u> delante de la <u>imagen de nuestra Señora</u>	<u>pasaban sin dormir muchas noches</u> en las florestas y despoblados, <u>entretenidos con las memorias de sus señoras</u>

Además de trastocar el orden de algunas frases y sustituir otras por sinónimos (*estuvo velando-no durmió / por imitar-por acomodarse*), el conjunto, al margen de las expresiones idénticas, viene a decir lo mismo: ambos caballeros, imitando algunos pasajes de sus libros favoritos, pasaron una noche entera sin dormir pensando en sus respectivas ‘señoras’.

Sin embargo, Cervantes lo disimula tan bien, extrae la pulpa de la Vida con tanta astucia, que durante cuatro siglos tales evidencias han pasado desapercibidas a los ojos de muchísimos especialistas, algunos jesuitas, y profundos conocedores y admiradores de la obra de Ribadeneyra y de Cervantes.

Don Quijote pasa la noche en vela pesando en su señora a imitación de la vela de armas hecha por Loyola en Montserrat pero, al mismo tiempo, imitando las otras muchas noches en vela que, a lo largo de toda su vida y, especialmente, durante la primera etapa ascética, vivió Loyola en Manresa

todo lo más del día que le vacaba, daba a pensar en cosas de Dios, de lo que había aquel día meditado o leído. Mas cuando se iba a acostar, muchas veces le venían grandes noticias, grandes consolaciones espirituales, de modo que le hacían perder mucho del tiempo que él tenía destinado para dormir, que no era mucho. (R, 26).

Al margen de las coincidencias con los héroes caballerescos, don Quijote imita¹²⁰⁵ la costumbre de Loyola de velar y meditar donde “*le tomaba la noche*”¹²⁰⁶, en este caso

¹²⁰⁵ Alonso-Fernández señala como rasgos sobresalientes de la sintomatología hipomaniaca de Alonso Quijano: “la inflación narcisista, la labilidad afectiva entre la euforia y la irritabilidad, la multiplicación de iniciativas, la inquietud psicomotora, la locuacidad, el entrometimiento y la falta de sueño” Alonso-Fernández 2005: 88.

¹²⁰⁶ “*era tanta la hambre y flaqueza que padecía, que sin poder dar un paso más adelante le era forzado quedarse donde le tomaba la noche, hasta que de lo alto le viniese el remedio*” (Vida I, X)

“entre unos árboles”, tal vez por el paralelismo entre ese espacio abierto en plena naturaleza y el campo de Manresa

*Pero **entre** estas cosas le vino un nuevo linaje de tormento, que fue comenzarle a acosar los escrúpulos y la conciencia de sus pecados, de manera que se le **pasaban las noches y días llorando** con amargura, **lleno** siempre de congoja y **quebranto**; porque aunque era verdad que con **toda** diligencia y cuidado se había confesado generalmente de sus pecados, pero nuestro Señor, que por esta vía le quería labrar, permitía que **muchas** veces le remordiese la conciencia y le escarbase el gusano, y dudase: si confesé bien aquello; si declararé bien este; si dije, como se habían de decir, **todas** las circunstancias; si por dejarme algo de lo que hice, no dije **toda** la verdad, o si por añadir lo que no hice mentí en la confesión. Con los estímulos destes **pensamientos** andaba tan afligido, que ni en la oración hallaba descanso, ni con los ayunos y vigili^{as} alivio, ni con las disciplinas y otras penitencias remedio. (Vida I, VI)*

Si comparamos tan melindroso texto sobre los escrúpulos y remordimientos de Loyola con la parte del fragmento del narrador dedicado a don Quijote, encontraremos una serie de paralelismos que denotan cómo Cervantes ha construido el texto manejando dos momentos de la Vida. De un lado, la estancia en Montserrat ya comentada, de otro la penitencia en Manresa, simbolizada en esta primera noche donde don Quijote imita la actitud y disposición mortificadora de Loyola.

Para empezar, ninguno de los dos duerme en toda la noche. Loyola se “*pasaba las noches y día llorando*”, despierto y angustiado por sus pensamientos, igual que don Quijote, sin pegar un ojo. Además de no dormir, ambos desarrollan una intensa y apasionada actividad mental centrada en sus ideas, Loyola arrepintiéndose de sus pecados y pensando en dios y en la virgen, don Quijote “pensando en su señora”

El cuadro esquemático revela cómo Cervantes refuerza la imitación semántica con unos cuantos referentes que corroboran la intencionalidad

VIDA	QUIJOTE
<i>pasaban las noches y días llorando</i>	-Aquella noche la pasaron entre unos árboles -los caballeros pasaban sin dormir muchas noches
<i>lleno siempre de congoja y quebranto</i>	puso en él el hierro que quitó de la que se le había quebrado
<i>Con los <u>estímulos</u> destes pensamientos andaba tan afligido</i>	Toda aquella noche <u>no durmió</u> don Quijote, pensando en su señora Dulcinea
<i>muchas veces le remordiese la conciencia[...]andaba tan afligido, que ni en la oración hallaba descanso, ni con los <u>ayunos y vigili^{as}</u> alivio, ni con las disciplinas y otras penitencias remedio</i>	cuando <u>los caballeros pasaban</u> sin dormir muchas noches en las florestas y <u>despoblados, entretenidos con las memorias</u> de sus señoras

Los primeros detalles de la vigilia de don Quijote coinciden en lo esencial con “*los ayunos y vigili^{as}*” de la primera etapa de Loyola, pero ¿qué hace Sancho?

Justo lo contrario, duerme de un tirón toda la noche porque tenía el estómago lleno, dice irónicamente el narrador, “no de agua de chicoria”.

La chicoria, o achicoria, es una planta entre cuyas diversas especies existentes Covarrubias recoge dos, “una que es amarga la llamaron por esta razón *picris*, y otra dulce dicha *hypnois*, que vale acarreadora del sueño, porque haze dormir”.

El narrador, basándose en un chascarrillo popular que alude a la somnolencia de la achicoria, ironiza, pues, sobre el sueño beodo de Sancho, sobre el vino del que “tenía el estómago lleno”, frase con la que, mágicamente, se vuelve a reforzar la conexión con el fragmento de la Vida referido a las penitencias de Loyola en Manresa, donde se especifica que “*se le pasaban las noches y días llorando con amargura, lleno siempre de congoja y quebranto*”, dos ‘elementos’ que, imaginados en el estómago de Loyola, provocan el desvelo antagónico del sueño que el vino produce en el estómago de Sancho.

Si antes el narrador creaba un progresivo y sutil paralelismo entre la ascética de Loyola y don Quijote, ahora, basándose casi en los mismos referentes, pero en positivo, nos ilustra sobre la no ascética, sobre la actitud poco mortificadora del novicio Sancho.

A Loyola se le “*pasaban las noches y días llorando [en] viglias*”, algo muy similar a lo que le ocurre a don Quijote imitando a los caballeros que “**pasaban** sin dormir muchas **noches**”. Pero a Sancho le sucede todo lo contrario y el narrador lo expresa haciendo una referencia negativa, con el mismo verbo ‘pasar’, al no dormir de don Quijote (“No la **pasó** así”) y justificando el buen sueño del escudero con que “tenía el estómago **lleno**”, no de las ‘congojas’ que impiden dormir a Loyola (“*lleno siempre de congoja y quebranto*”), sino de vino.

VIDA	QUIJOTE
<i>pasaban las <u>noches</u> y días llorando con amargura</i>	No la pasó así Sancho Panza
<i>lleno siempre de congoja y quebranto</i>	como tenía el estómago lleno , y no de agua de chicoria

Con mucho humor Cervantes plantea las dos circunstancias, los distintos niveles de espiritualidad existentes entre el líder y los discípulos, por eso continúa la parodia informando sobre la progresión de la noche del escudero, cómo ni el sol ni el canto de las muchas aves le despiertan. Volvamos a recordar el irónico final del fragmento prestando atención a la retórica y meliflua prosa del narrador

como tenía el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle, si su amo no lo llamara, los rayos del sol, que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo día saludaban.

Resulta evidente la conexión entre el estilo cursi de este despertar del resacoso Sancho y el amanecer, no menos pedante, descrito por el propio don Quijote en el capítulo segundo. Como en aquella ocasión, se aprecia ahora una clara intencionalidad del narrador de mostrar un refinamiento expresivo impropio de sí mismo, del estilo que le caracteriza, pura ironía para decir, afectadamente, que si no llega a ser porque don Quijote le llama, ni el sol dándole en la cara, ni los pájaros cantando, hubieran despertado a Sancho.

Pero ¿a qué viene tanta guasita?

Recordemos que Cervantes ha situado a sus dos protagonistas aislados en el campo para escenificar dos formas antagónicas de afrontar la vida religiosa y que para ello ha escogido de trasfondo los momentos de la estancia de Loyola en Manresa, donde el novel aspirante a santo, acosado por los escrúpulos de sus pecados pasados, fue obligado por el confesor a romper la dura abstinencia a que se sometía. Veamos primero la versión del Relato

Mas en la fin destos pensamientos le vinieron unos disgustos de la vida que hacía, con algunos ímpetus de dejalla; y con esto quiso el Señor que **despertó**

como de sueño. Y como ya tenía alguna experiencia de la diversidad de espíritus con las liciones que Dios le había dado, empezó a mirar por los medios con que aquel espíritu era **venido**, y así se determinó con grande claridad de no confesar más ninguna cosa de las pasadas; y así de aquel **día** adelante quedó libre de aquellos escrúpulos, teniendo por cierto que nuestro Señor le había querido librar por su misericordia.

Loyola describe el alejamiento de los escrúpulos como el despertar de un sueño, de una pesadilla. A partir de ahí, gracias a la misericordia de “nuestro Señor”, se le aclaran las ideas.

Sobre esa versión construye Ribadeneyra la siguiente

*Obedeció, pues, llanamente a lo que el confesor le mandó, porque no pareciese que quería tentar a Dios, y aquel **día** y el siguiente se sintió libre de los escrúpulos. Pero al tercero **día** tornó a ser de ellos combatido como de antes; mas, al fin, el remate de esta dura pelea (que le había puesto en tan peligroso trance) fue que, desvaneciéndose como humo las tinieblas que a cosas tan claras el demonio le ponía, y vestida su ánima y alumbrada de nueva luz del cielo, como quien **despierta de un profundo sueño**, abrió los ojos para ver lo que antes no veía. Y con grande desengaño y resolución determinó de sepultar la memoria de los pecados pasados y no tocar más a sus llagas viejas ni tratar de ellas en la confesión. Y con esta victoria tan señalada alcanzó maravillosa paz y serenidad su ánima. (Vida I, VI)*

De forma un tanto almibarada Ribadeneyra describe, en la parte subrayada, un amanecer, la llegada de Loyola al nuevo mundo del espíritu, un paso definitivo al alejarse para siempre del pasado, prácticamente lo mismo dicho en el Relato, aunque de forma tan efectista y plumífera que el narrador de la novela repite la burla del amanecer ripioso del capítulo segundo.

Aun con la resaca a cuestas, incapaz de apreciar las maravillas del mundo que le rodea, es el primer “nuevo día” de Sancho, la primera lección de vida interior, de espiritualidad, recibida de un ‘amo’ que asume la difícil tarea de despertarle del estado de rudeza física e intelectual en que se encuentra.

Los referentes alusivos a la interconexión con las fuentes resultan, una vez más, reveladores, porque muestran la estructuración quiasmática entre el ‘no sueño’ en el que vive Loyola y el ‘profundo sueño’ de Sancho, o entre el suave y resplandeciente despertar del nuevo día que, metafóricamente, comenzaba para el primero, y el brusco y turbio despertar del escudero, tan poco interesado en el maravilloso amanecer, que lo primero que hace es dar “un tiento a la bota”, echar un trago que le retorne a la anterior somnolencia, al alma del vino¹²⁰⁷ que turba y aparta de la insomne vigilia de su señor.

RELATO	VIDA	QUIJOTE
despertó como de sueño	<u>de un profundo sueño</u>	<u>de un sueño</u> se la llevó toda
despertó como de sueño	<u>como quien despierta</u>	no fueran parte para despertarle
empezó a mirar por los medios con que aquel espíritu era venido	<u>vestida su ánima y alumbrada de nueva luz del cielo</u>	la venida del nuevo día saludaban
de aquel día adelante quedó libre		la venida del nuevo día saludaban

¹²⁰⁷ “L’âme du vin”, Baudelaire 2009: 405.

Frente a la extrema imagen de la sobriedad ascética de don Quijote, Cervantes coloca los excesos hedonistas de Sancho, no porque el sencillo escudero haya disfrutado de grandes placeres mundanos, sino por su disposición a saciarse, a gozar a tope de lo poco que posee. Por eso el narrador, con la idea de contrastar la primera noche de ambos personajes, ha llenado de matices placenteros la relajada y saboreada comida de un Sancho acomodado (“lo mejor que pudo”) sobre su asno, engullendo a sus anchas y menudeando tragos “con tanto gusto que le pudiera envidiar el más regalado bodegonero de Málaga”. Y, además, completa la diferencia de temperamentos y actitudes contraponiendo el ‘estrés intelectual’ del místico don Quijote, colgado de sus pensamientos, al sosegado digerir de un Sancho con la mente en blanco, la barriga llena y durmiendo de un tirón toda la noche.

Las pinceladas burlescas del narrador son muy interesantes porque atiende, en su afán de literatura total, a los dos niveles en los que va desarrollándose el capítulo, al contraste entre el irónico y metafórico lenguaje popular (“tenía el estómago lleno, y no de agua de chicoria”) y a los circunloquios ripiosos y manidos de quienes bordan lenguajes en sus aposentos (“los rayos del sol, que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo día saludaban”), y todo recurriendo siempre a referentes que traban los distintos niveles de intertextualidad.

AFLIGIDO CORAZÓN

Continuando con las alternancias, ¿qué hizo Sancho nada más despertar?

Al levantarse dio un tiento a la bota, y hallóla algo más flaca que la **noche** antes, y **afligiósele** el corazón, por parecerle que no llevaban camino de **remediar** tan presto su falta.

El trago mañanero y la aflicción al comprobar el poco vino que le queda y las escasas posibilidades de remedio, nos dibujan a un Sancho borrachín y tan calculador, para sus cosas, como su amo para las suyas. Son dos formas de ascética, según nos sugieren los tres inusuales referentes que conectan de nuevo con el fragmento anterior de la Vida

*Con los estímulos destes pensamientos andaba tan **afligido**, que ni en la oración **hallaba** descanso, ni con los ayunos y vigiliass alivio, ni con las disciplinas y otras penitencias **remedio**.*

Obsesionado por los escrúpulos, Loyola vive afligido y sin perspectivas de remedio. Es una angustia existencial, provocada por el pensamiento.

Sancho también se aflige, pero por las escasas perspectivas de vino. Es una angustia física, un ‘mono’ ante la incertidumbre de un inmediato futuro sin vino, y sufre las mismas consecuencias que su señor, o que Loyola. El cuadro vuelve a ser revelador

VIDA	QUIJOTE
<i>ni en la oración hallaba descanso</i>	<u>hallóla algo más flaca</u>
<i>andaba tan afligido</i>	afligiósele el corazón
<i>ni con las disciplinas y otras penitencias remedio</i>	no llevaban camino de remediar tan presto su falta

PROLONGADOS AYUNOS

Desde que, en el capítulo siete, Sancho y don Quijote abandonaran, antes del amanecer, sus respectivas casas, y hasta la mitad del capítulo ocho en el que nos encontramos, es decir, durante el transcurso de la poco más de una supuesta jornada transcurrida en el desarrollo total de los dos capítulos, Sancho ha comido una vez y bebido, por lo menos,

dos. Pero don Quijote lleva más de un día sin comer ni beber, detalle que abunda en el control exhaustivo de la imitación, en el largo ayuno de una semana llevado a cabo por Loyola y que sigue latente, como núcleo paródico, en la rueda de alternancias informativas del narrador, que ahora vuelve a centrarse en don Quijote

No quiso desayunarse don Quijote, porque, como está dicho, dio en sustentarse de sabrosas memorias.

A los intereses hedonistas de Sancho, solícito al cuerpo, le suceden los propósitos ascéticos de su amo, fiel reflejo imitativo del ya conocido programa de penitencias¹²⁰⁸ planificado por Loyola para librarse, a imitación de un santo, de los escrúpulos que le seguían acosando

le vino al pensamiento la historia de un santo, el cual, para alcanzar de Dios una cosa que mucho deseaba, estuvo sin comer muchos días hasta que la alcanzó. Y estando pensando en esto un buen rato, al fin se determinó de hacello, diciendo consigo mismo que ni comería ni bebería hasta que Dios le proveyese [...] y toda la semana perseveró sin meter en la boca ninguna cosa. (R, 24-25)

Ribadeneyra recoge esa información y, rellenándola con quejumbrosas y pastoriles querencias, nos ofrece la siguiente versión

Dando, pues, a Dios estas amorosas quejas y estos penosos gemidos, vínole al pensamiento un ejemplo de un santo que, para alcanzar de Dios una cosa que le pedía, determinó de no desayunarse hasta alcanzarla. A cuya imitación propuso él también de no comer ni beber hasta hallar la paz tan deseada de su alma, si ya no se viesse por ello a peligro de morir. Con este propósito guardó siete días enteros tan enteramente el ayuno, que no gustó cosa del mundo. (Vida I, VI).

Desayunarse, según Covarrubias, es “comer algún bocado por la mañana”, de forma que, en su afán de originalidad estilística, Ribadeneyra, en vez del verbo ‘ayunar’ a secas, utiliza ‘desayunar’ en negativo, pero no para decir que Loyola se abstuvo de comer por la mañana, sino, como precisa más abajo, para decir que no probó bocado en todo el día (“*enteramente el ayuno*”)

Cervantes capta la ripiosa expresión y, burlescamente, la emplea, con corrección, al colocar el verbo ‘querer’ entre la partícula y el verbo desayunarse, escrito correctamente en tal caso al informar de que don Quijote no quiso comer al principio de la mañana, a la hora del desayuno.

Y para armonizar aún más con el riguroso ayuno de Loyola y para incidir, a su vez, en el trasfondo irónico del texto, don Quijote, aunque ayuna, metafóricamente come, pues da en sustentarse de “sabrosas memorias”, otro exquisito manjar también presente en el apetitoso menú de la Vida (“*Esta es un piadoso y debido agradecimiento y una sabrosa memoria y dulce recordación de aquel bienaventurado varón y padre mío*”), donde queda claramente referido el riguroso régimen alimenticio de Loyola en Manresa

Pedía limosna cada día; pero ni comía carne, ni bebía vino, solamente se sustentaba con pan y agua; y aun esto con tal abstinencia, que si no eran los domingos, todos los demás días ayunaba.

Aunque sutilmente camuflado por el disfraz caballeresco, la analogía entre los propósitos ascéticos de Loyola y don Quijote, y el contraste con los de Sancho, quedan en evidencia gracias a los abundantes y significativos referentes acumulados. Como el conjunto ya se ha ido viendo, hagamos solo hincapié en las similitudes generales entre

¹²⁰⁸ “Comenzó a leer en ellos, al principio (como dije) por su pasatiempo, después poco a poco por afición y gusto. Porque esto tienen las cosas buenas, que cuanto más se tratan, más sabrosas son.” Vida I, II)

el plan de ayunos y vigilijs de Loyola en Manresa, y el de don Quijote en esta primera y didáctica noche junto a Sancho

RELATO	VIDA	QUIJOTE
	<i>le era forzado quedarse donde le tomaba la noche</i>	aquella noche la pasaron entre unos árboles
	<i>toda aquella noche [...] estuvo velando</i>	Toda aquella noche no durmió
le hacían perder mucho del tiempo que él tenía destinado para dormir, que no era mucho	<i>-pasaban las noches y días llorando -ni en la oración hallaba descanso, ni con los ayunos y vigilijs alivio</i>	los caballeros pasaban sin dormir muchas noches
-No comía carne, ni bebía vino, aunque se lo diesen. Los domingos no ayunaba -se determinó de hacerlo, diciendo consigo mismo que <u>ni comería ni bebería</u> -le vino al pensamiento la historia de un santo, el cual, para alcanzar de Dios una cosa que mucho deseaba, <u>estuvo sin comer muchos días hasta que la alcanzó</u>	<i>Determinó de no desayunarse hasta alcanzarla. A cuya imitación propuso él también de <u>no comer ni beber</u></i>	No quiso desayunarse don Quijote
toda la semana perseveró sin meter en la boca ninguna cosa	<i>-una sabrosa memoria y dulce recordación - <u>ni comía carne, ni bebía vino, solamente se sustentaba con pan y agua</u> -si no eran los domingos, todos los demás días ayunaba</i>	dio en sustentarse de sabrosas memorias

En definitiva, durante el desarrollo de esta primera noche, Cervantes ha recurrido a los momentos de Loyola en Manresa porque le sirven para contrastar los dos estados anímicos de sus protagonistas, ambos reflejos de los personajes a quienes representan: al 'líder' esforzado y carismático que alecciona con su comportamiento, y a los nuevos 'discípulos' que han comenzado a congregarse en torno a él.

Incluso la metodología del narrador centrándose alternativamente en uno u otro personaje, redundando en la idea de personalidades complementarias. Cervantes lo resalta ahora para hacer más evidente el largo proceso de aproximación llevado paulatinamente a cabo durante el Quijote de 1605 y culminado con la sutilísima fusión alcanzada por ambos personajes en 1615.

OBRA DE LAS TRES DEL DÍA

¿Cómo se libró Loyola de los escrúpulos en Manresa?

Por mandato del confesor que le prohibió continuar ayunando; obedeció, pero al tercer día (“mas el tercer día”) volvió a recordar los pecados y a desear de nuevo confesarlos. Fue entonces cuando, despertando como de un sueño, “empezó a mirar por los medios con que aquel espíritu era **venido**, y así se determinó con grande claridad de no confesar más ninguna cosa de las pasadas; y así de aquel **día** adelante quedó libre de aquellos escrúpulos”.

Es precisamente en ese “tercer día”, también recogido por Ribadeneyra (“*al tercero día*”), en el que, como se ha visto anteriormente, se inicia el cambio definitivo de la carrera espiritual de Loyola, el nuevo despertar que Cervantes parodia, tras la noche de descanso, con la vuelta al camino comenzado

Tornaron a su comenzado camino del Puerto Lápice, y a obra de las tres del día le descubrieron.

La vuelta al camino, así como la matización de la hora del día, tienen como objetivo indicar el cambio de escenario paródico, cerrar la recreación en la ascética y dar paso al próximo episodio, eso sí, utilizando para el giro referentes pertenecientes todavía al capítulo núcleo de Manresa, donde encontramos los mismos vocablos señalados en negritas

*Estos dos encuentros solos fueron los que tuvo al **descubierto** para volver atrás del camino comenzado [...] Pero al tercero día **tornó** a ser dellos combatido como de antes. (Vida I, VI)*

Igual que Loyola debe continuar el camino de la virtud ya emprendido, el punto de partida de don Quijote y Sancho es el mismo camino de antes. La matización temporal de la hora no parece tener otro objetivo que una especie de similitud onomatopéyica, reforzada por el verbo ‘tornar’, con el fragmento de la Vida

VIDA	QUIJOTE
<i>tornó</i>	Tornaron
<i>volver atrás del <u>camino comenzado</u></i>	a su <u>comenzado camino</u>
<i><u>al tercero día</u></i>	obra de las <u>tres del día</u>
<i>tuvo al descubierto</i>	le descubrieron

HERMANO SANCHO

De vuelta al camino abandonado para pasar la noche, don Quijote y Sancho reanudan el diálogo

-Aquí –dijo en viéndole don Quijote- podemos, **hermano** Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras. Mas advierte que, aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner **mano** a tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes **ayudarme**; pero si fueren caballeros, **en ninguna manera** te es lícito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes, hasta que seas armado caballero”

Por primera vez llama “hermano” al escudero, pero no porque la convivencia haya propiciado ya tal expresión de fraternidad, sino por afinidad con el lenguaje interno, con la parodia del momento en que Loyola se rodea en París de quienes van a ser definitivamente sus compañeros y a quienes él identifica como “*mis hermanos*”

VIDA	QUIJOTE
<i>Dé, pues, ahora la ventaja mi aprovechamiento al de mis hermanos</i> <i>(Vida II, III)</i>	hermano Sancho Panza

El agrupamiento o sentido de colectividad sugerido por la consideración de ‘hermano’ aparece inmediatamente corroborado por la ‘adjudicación’, gratuita y sin base contextual, de una espada al escudero (“no has de poner mano a tu espada”) de la que no teníamos noticia porque, como en el caso de su amo, vuelve a ser un símbolo ofensivo de espiritualidad. Desde el momento en que Sancho se integra en el proyecto de don Quijote, también forma parte de su ofensiva, de su ‘guerra’ apostólica, de ahí que le otorgue una especie de espada invisible, apenas citada y jamás utilizada, que le confirma como acólito.

En el resto del diálogo, hasta el próximo episodio con los frailes de san Benito, aparecen entrecruzados diversos temas procedentes tanto de la etapa ascética de Loyola en Manresa, como de sucesos posteriores relacionados con el colectivo de la Compañía. Son como entre actos coloristas en los que Cervantes, sin perder la relación con el núcleo paródico, trabaja acarreando datos diversos que al fundirse en el diálogo se abren a múltiples interpretaciones, aunque el objetivo fundamental sigue siendo el adoctrinamiento de Sancho partiendo de los ejemplos ascéticos de su señor. Una parodia dentro de la parodia, otra vuelta de tuerca en la imitación de unos temas que han servido de base en la ascética quijotesca.

Ya hemos visto las sutiles alusiones a la metodología alimenticia, las enseñanzas del amo y la nula disposición de un discípulo que, por sorprendente que parezca, llegará el momento en que practicará, cuando gobierne la deseada ínsula, una ascética, aparentemente forzada, pero muy próxima a la de don Quijote.

En esa línea didáctica debe entenderse también la advertencia de don Quijote rechazando la ayuda de Sancho (“Mas advierte que, aunque me **veas** en los mayores **peligros del mundo**, no has de poner mano a tu espada para defenderme, **si ya no vieres** que los que me ofenden es canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme”), otra sutilísima parodia relacionada con las experiencias de Loyola en Manresa y con la que sigue instruyendo al novicio

*Dando, pues, a Dios estas amorosas quejas y estos penosos gemidos, vínole al pensamiento un ejemplo de un santo que, para alcanzar de Dios una cosa que le pedía, determinó de no desayunarse hasta alcanzarla. A cuya imitación propuso él también de no comer ni beber hasta hallar la paz tan deseada de su alma, **si ya no se viesse** por ello a **peligro** de morir. Con este propósito guardó siete días enteros tan enteramente el ayuno, que no gustó cosa **del mundo**, no dejando por esto de tener sus siete horas de oración, hincado de rodillas, y de hacer sus disciplinas tres veces cada día ni los otros ejercicios y devociones que tenía de costumbre.*

Así como Loyola prolonga su abstinencia de las cosas “del mundo” hasta el límite de encontrarse en peligro de muerte, don Quijote pide a Sancho que, aunque le vea “en los mayores **peligros del mundo**”, no le defienda. Es un juego de palabras, una respuesta en torno a la obstinada y peligrosísima abstinencia que pudo costarle la vida a Loyola

VIDA	QUIJOTE
<i>si ya no se viesse por ello a peligro de morir [...] no gustó cosa del mundo</i>	aunque me veas en los mayores peligros del mundo [...] si ya no vieres

La misma intencionalidad casi mimética se aprecia en la propuesta de “**meter las manos hasta los codos en** esto que llaman aventuras”, pues también Ribadeneira elogia los grandes logros de Loyola fundando la Compañía y extendiéndola y defendiéndola con tanto valor por todo el mundo

*Porque, ¿cómo un hombre sin letras, soldado y **metido hasta los ojos en la vanidad del mundo**, pudiera juntar gente y hacer compañía y fundar religión y*

*extenderla en tan breve tiempo por todo el mundo con tanto espíritu, y gobernarla con tan grande prudencia y **defenderla de tantos encuentros con tanto valor** y con tanto fruto de la santa Iglesia y gloria de Dios, si el mismo Dios, no le hubiera trocado y dádole el espíritu, prudencia y esfuerzo que para ello era menester?*

Desde este momento, contando ya con un compañero permanente, don Quijote, igual que Loyola, se siente con fuerzas para acometer las grandes aventuras que le esperan. Los referentes actúan de nuevo como pistas que corroboran el doble sentido del discurso del caballero, donde “*los ojos*” de la Vida aparecen permutados, graciosamente, por “*los codos*”

VIDA	QUIJOTE
<i>y metido hasta los ojos en la vanidad del mundo, pudiera juntar gente y hacer compañía y fundar religión y extenderla en tan breve tiempo por todo el mundo con tanto espíritu, y gobernarla con tan grande prudencia y defenderla de tantos encuentros con tanto valor</i>	<i>podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras. Mas advierte que, aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano a tu espada para defenderme</i>

Desde esa perspectiva de neófito en una organización jerárquica, debe también entenderse la advertencia de no intervenir salvo cuando sea atacado por “canalla y gente baja”, preceptos elitistas de la caballería andante que no son sino burlescas alusiones a Ribadeneyra, siempre riguroso en la división de clases, en la rotunda distinción entre “*gente tan vil*” o “*gente baja y vulgar*” y príncipes, señores y cardenales.

A pesar de su ignorancia y ‘poca sal’, Sancho entiende muy bien el doble sentido de las palabras de don Quijote, las intenciones jerárquicas, y responde en consecuencia

-Por cierto, señor –respondió Sancho-, que vuestra merced será muy bien **obedecido en esto**, y más, que yo de mío me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias. Bien es verdad que en lo que tocare a defender mi persona **no tendré mucha cuenta con** esas **leyes**, pues las **divinas y humanas** permiten que **cada uno** se defienda de quien quisiere agraviarle.

Hábilmente ocultos entre las ingeniosas palabras de Sancho, asistimos a la parodia de los primeros acuerdos alcanzados entre Loyola y sus futuros compañeros. Aquí el escudero ratifica su adhesión al voto de obediencia acordado por el grupo antes de confirmarse la orden (“será muy bien obedecido en esto”)

*Finalmente, para mejor resolver esta tan importante dificultad, se concertaron **en estos** puntos. El primero, que en ninguna manera aflojasen en el cuidado que se tenía aquellos días de acudir a Dios en la oración, sino antes se acrecentase, y que todas sus oraciones y sacrificios se enderezasen a pedir intensamente a nuestro Señor que les diese en la virtud de la **obediencia** gozo y paz, que es don del Espíritu Santo; y que, cuanto era de su parte, **cada uno** desease más el **obedecer** que el mandar. (Vida II, XIII).*

Además de la frase “**no tendré mucha cuenta con**”, frecuente en la Vida con diversas variantes¹²⁰⁹, Sancho utiliza muy hábilmente las expresiones “en esto” (con la que Ribadeneyra alude a los compromisos generales) y “cada uno” (con la que comunica el compromiso individual de obediencia refrendado por el colectivo). Juegos imitativos

¹²⁰⁹ “Y diciendo a voces que aquel hombre era un santo, pues **no tenía cuenta con** su dolor y afrenta” (Vida II, III).

que, formal y semánticamente, aproximan las palabras de Sancho al contenido, a la idea de unidad social y espiritual transmitida en la Vida

VIDA	QUIJOTE
<i>se concertaron <u>en estos puntos</u></i>	será muy bien obedecido <u>en esto</u>
<i><u>no tenía cuenta con</u> su dolor</i>	<u>no tendré mucha cuenta con</u>
<i>la virtud de la obediencia [...] <u>cada uno</u> desease más el obedecer que el mandar</i>	obedecido en esto [...] que <u>cada uno</u> se defienda

También el resto de la enredosa respuesta de Sancho responde al deseo de acomodar el diálogo a una situación en la que, según Ribadeneira, Loyola y sus compañeros fueron calumniosamente acusados

*Infaman, pues, malamente a los nuestros y principalmente al Padre Ignacio, publicando que en España y en París y al fin en Venecia había sido condenado por hereje. Dicen que es hombre perdido y facineroso, que no sabe sino pervertir todas **las leyes divinas y humanas**, y juntamente calumnian los Ejercicios espirituales y ponen mácula en los compañeros, infamándolos de muchas cosas perniciosas. (Vida II, XIV)*

Al ofendido y alborotado discurso de Ribadeneira, Sancho responde con un coherente razonamiento sobre el derecho de “cada uno” a defenderse

VIDA	QUIJOTE
<i><u>las leyes divinas y humanas</u>, y juntamente calumnian los Ejercicios espirituales y <u>ponen mácula en los compañeros</u>, infamándolos de muchas cosas perniciosas</i>	no tendré mucha cuenta con esas leyes , <u>pues las divinas y humanas</u> permiten que <u>cada uno</u> se defienda de quien quisiera agraviarle

En el diálogo entre amo y escudero, en la didáctica del noviciado de Sancho, surgen cuestiones que, indirectamente, corrigen los excesos corporativistas de Ribadeneira, por eso en la respuesta de don Quijote se demanda obediencia y lealtad con el compromiso adquirido

-No digo yo menos –respondió don Quijote-, pero en esto de ayudarme contra caballeros has de tener a raya tus naturales ímpetus.

Está pidiendo un equilibrio, una equidad, un respeto a “tus naturales ímpetus”, a la ‘furia’ arrebatada y colérica que, según Covarrubias, saca a la gente de su juicio. Por eso don Quijote aconseja reprimir (“tener a raya”) las pasiones capaces de anular nuestro raciocinio.

Como buen discípulo, Sancho responde, no como escudero, sino como novicio, con el compromiso de total obediencia, con “ese precepto” en torno al que gira el diálogo

-Digo que así lo haré -respondió Sancho- y que guardaré ese precepto tan bien como el día de domingo.

Aunque ninguno de los dos personajes cumple a lo largo de la novela con ese precepto, Sancho promete guardar las reglas de la caballería con el mismo rigor que deben obedecerse las de la Iglesia, un compromiso similar al de los primeros compañeros de Loyola, armados con la oración y meditación cotidiana y “*con la frecuente confesión y comunión*”

En el espacio de tiempo de estos dos años, se le juntaron otros tres compañeros teólogos, llamados Claudio Yayo, saboyano, Juan Coduri, provenzal, y Pascasio Broet, también francés de la provincia de Picardía, y así llegaron a ser diez,

todos, aunque de tan diferentes naciones, de un mismo corazón y voluntad. Y porque la ocupación de los estudios de tal manera se continuase que no entibiase la devoción y fervor del espíritu, los armaba Ignacio con la oración y meditación cotidiana de las cosas divinas y juntamente con la frecuente confesión y comunión. (Vida II, IV)

En general, este segundo gran diálogo mantenido entre amo y escudero parece una continuación de la charla doctrinal iniciada en el capítulo siete. Don Quijote alecciona a Sancho basándose en las mismas experiencias de su noviciado. Si hasta aquí Cervantes ha recurrido básicamente a los primeros capítulos del Relato y la Vida, los que narran los inicios de Loyola, ahora, para el noviciado de Sancho, vuelve, prácticamente, sobre los mismos, de forma que todo el discurso de los dos personajes remite constantemente a las experiencias de Loyola en Manresa y a otras muchas ideas similares dispersas en las fuentes.

DOS FRAILES

Estando en estas razones, asomaron por el camino dos frailes de la orden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios, que no eran más pequeñas dos mulas en que venían. Traían sus antojos de camino y sus quitasoles. Detrás dellos venía un coche, con cuatro o cinco de a caballo que le acompañaban y dos mozos de mulas a pie. Venía en el coche, como después se supo, una señora vizcaína que iba a Sevilla, donde estaba su marido, que pasaba a las Indias con muy honroso cargo. No venían los frailes con ella, aunque iban el mismo camino; mas apenas los divisó don Quijote, cuando dijo a su escudero.

Tanto este episodio de los frailes como el siguiente del vizcaíno siguen centrados, temáticamente, en los acontecimientos de París, concretamente en la acusación de "seductor de los escolares" recaída sobre Loyola y en el público escarmiento que le organizaron. Son, en apariencia, dos episodios independientes, aunque directamente relacionados, por cuanto que el segundo es consecuencia del primero.

Como ocurrió en la aventura de los molinos, el narrador, anticipándose a don Quijote, nos ofrece información, en este caso muy detallada, sobre los personajes y circunstancias de un incidente en el que intervienen dos frailes de san Benito, ataviados para el viaje y montados, según se especifica, "sobre dos dromedarios", metáfora con la que se alude al gran tamaño de las caballerías y, probablemente, a su velocidad pues, según Covarrubias, a los camellos muy ligeros les llamaban dromedarios.

Detrás de los dos frailes "venía un coche, con cuatro o cinco de a caballo que le acompañaban y dos mozos de mulas a pie", en el que viajaba una señora vizcaína que se dirige a Sevilla y, matiza el narrador, los frailes no van con ella, sino que llevan el mismo camino.

Con esta información, la versión de don Quijote sobre los mismos hechos resulta absolutamente disparatada

-O yo me **engaño**, o esta ha de ser la más famosa aventura que se haya visto, porque aquellos bultos negros que allí parecen deben de ser y son sin duda algunos encantadores que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto a todo mi poderío.

Igual que en el caso de los mercaderes toledanos, don Quijote no ve la realidad descrita por el narrador, sino que la mal interpreta dejándose "arrebatar por sus principios delirantes"¹²¹⁰, poniendo en práctica una idea que le bulle en la cabeza, tal como matiza con una primera opinión dudosa ("deben de ser") que enseguida, y sin razón justificada,

¹²¹⁰ Alonso-Fernández 2005: 107.

convierte en absoluta certeza (“son sin duda”), de forma que los amorfos bultos negros asomados por el horizonte no le parecen frailes, sino encantadores, raptos de una princesa transportada en el coche y, por tanto, agraviada y, según su esquema caballeresco, necesitada de ayuda.

Poseemos, pues, dos versiones de unos mismos hechos totalmente contradictorias y, además, a diferencia del capítulo cuarto, ahora contamos con una tercera ofrecida por Sancho

-Peor será esto que los molinos de viento -dijo Sancho-. Mire, señor, que aquellos son frailes de San Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasajera. Mire que digo **que mire bien lo que hace**, no sea **el diablo que le engañe**.

Ajeno a las ‘visiones’ de su amo, Sancho coincide con el narrador en la descripción de los hechos: son dos frailes y un coche de gente pasajera. Pero, además, se muestra crítico, pues predice peores resultados que en la aventura de los molinos y advierte, tal como sugirió don Quijote al principio, del posible trasfondo diabólico de las percepciones, del ‘engaño’, razón por la que don Quijote responde contrariado

-Ya te he **dicho**, Sancho -respondió don Quijote-, que sabes poco de **achaque de** aventuras; **lo que yo digo es verdad**, y ahora lo verás.

Al relacionar con el diablo lo que considera una engañosa visión de su amo, Sancho está siguiendo un reiterado consejo de Ribadeneira: “*en estas cosas de revelaciones y raptos es menester mucho tiento, porque puede haber **engaño** y muchas veces le hay, tomando por visitaciones del cielo las ilusiones de Satanás [...] que hace parecer a las veces que se ve y oye lo que ni se oye ni se ve*”¹²¹¹.

Basándose en ese tipo de apreciaciones de la Vida, Sancho aconseja a su amo “**que mire bien lo que hace**”, y no lo dice sin fundamento, sino sabiendo que Loyola también fue acosado en París por “*engañosas representaciones*” del diablo¹²¹².

El escudero tiene claro que don Quijote ‘ve’ lo que no ‘se ve’, que asocia sus ‘visiones’ con “*revelaciones*”, por eso le aconseja prudencia, no vaya a ser que el diablo “le engañe”. Es un consejo paternalista y, por ello, relacionado con las advertencias del hermano mayor de Loyola, según indican dos señalados referentes

*Había ya cobrado razonable salud, y porque la casa de Loyola era muy de atrás allegada y dependiente de la del duque de Nájera y el mismo duque le había enviado a visitar en su enfermedad algunas veces, con **achaque de** visitar al duque (que estaba en Navarrete) y cumplir con la obligación en que le había puesto, pero verdaderamente por salir, como otro Abraham, de su casa y de entre sus deudos y conocidos se puso a punto para ir camino. Olió el negocio Martín García de Loyola, su hermano mayor, y dióle mala espina; y llamando a parte a Ignacio en un aposento, comenzó con todo el artificio y buen término que supo, a pedirle y rogarle muy ahincadamente **que mirase bien lo que hacía**, y no echase a perder a sí y a los suyos. (Vida I, III)*

Las dos expresiones remiten al conocido fragmento en el que Ribadeneira manipula algunos aspectos de la información del Relato¹²¹³, donde ni se habla de visitas previas, ni de obligaciones, ni ahíncos, ni abrahames, ni pérdidas de “*los suyos*”.

¹²¹¹ Vida I, VII

¹²¹² “*el demonio, que ya lo comenzaba a temer, procuraba con todas sus fuerzas apartarle del camino que con tanto fervor llevaba en sus estudios. Luego en comenzando el curso de la Filosofía, le quiso **engañar** con las mismas ilusiones que en Barcelona le había traído al principio de la gramática, de muchos conceptos y gustos espirituales que se le ofrecían. Mas, como ya escarmentado, fácilmente echó de sí aquellas **engañosas representaciones**, y quebrantó el ímpetu del astuto enemigo, de la misma manera que lo había hecho en Barcelona*” (Vida II, I)

Según Ribadeneyra, Loyola utiliza al duque como excusa para su disimulada salida, por eso don Quijote emplea la misma expresión ('achaque de') para exponer abiertamente su intención aventurera

VIDA	QUIJOTE
<u>que mirase bien lo que hacía</u>	<u>que mire bien lo que hace</u>
con <u>achaque de</u> visitar al duque	sabes poco de <u>achaque de</u> aventuras

También el resto de la respuesta de don Quijote ("Ya te he **dicho**, Sancho –respondió don Quijote-, que sabes poco de achaque de aventuras; **lo que yo digo es verdad**, y ahora lo verás") parece inspirado en otra de las muchas intervenciones que en la Vida se le atribuyen a Loyola en estilo directo, una clara alusión al encontronazo, a la aventura de Loyola con la inquisición de Salamanca que, muy sutilmente, le acusó de alumbrado, de atribuirse conocimientos adquiridos por ciencia infusa, por revelación del "Espíritu Santo"¹²¹⁴.

De esta manera Cervantes conecta la persecución de Salamanca con la de París. Igual que hiciera con las hiperbólicas aspas de los molinos, ahora, a través de estos referentes, vuelve a relacionar las acusaciones de la Inquisición francesa y la española. Por eso Sancho habla de "engaño", de influencias diabólicas, y don Quijote responde parodiando la respuesta de Loyola a los acusadores de Salamanca

*Pero él les **dijo**: - Si es verdad o no lo que yo acerca desto enseño, vuestro es mirarlo, que para eso os hacen jueces; yo no lo quiero ser, sólo pido, que si es verdad, se apruebe; y si no lo es, se repruebe y condene lo que digo; mas los jueces no lo osaron reprobear. (Vida I, XV)*

Hay una relación entre la respuesta de Loyola a los jueces, exigiéndoles comprobar y juzgar lo que dice, y la de don Quijote a Sancho, pidiéndole lo mismo

VIDA	QUIJOTE
<i>él les dijo</i>	Ya te he dicho
<u>lo que yo</u>	<u>lo que yo</u>
<u>lo que digo</u>	<u>lo que yo digo</u>
<u>es verdad</u>	<u>es verdad</u>

Como experto en la materia, como quien sabe lo que hace y conoce el resultado de las actuaciones que ahora parodia, don Quijote desacredita la opinión de Sancho y se refuerza en la suya con una expresión ("lo que yo digo es verdad") que nos remite al momento histórico en el que Loyola debate con quienes tampoco creen en él.

Se están mezclando, pues, dos momentos distintos, pero dos acusaciones similares, de hecho, podría decirse que la última fue consecuencia de la primera, que el acoso de París estuvo promovido, como hemos comentado, por españoles que conocían de sobra las razones por las que Loyola había abandonado España.

¹²¹³ "hallándose ya con algunas fuerzas, le pareció que era tiempo de partirse, y dijo a su hermano: <<Señor, el duque de Nágera, como sabéis, ya sabe que estoy bueno. Será bueno que vaya a Navarrete>> (estaba entonces allí el duque). El hermano le llevó a una cámara y después a otra, y con muchas admiraciones le empieza a rogar que no se eche a perder; y que mire cuánta esperanza tiene dél la gente, y cuanto puede valer, y otras palabras semejantes, todas a intento de apartarle del buen deseo que tenía. Mas la respuesta fue de manera que, sin apartarse de la verdad, porque dello tenía ya grande escrúpulo, se descabulló del hermano.>>" (R, 12).

¹²¹⁴ R, 65.

EN MITAD DEL CAMINO

Y diciendo esto se adelantó y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venían, y, en llegando tan cerca que a él le pareció que le podrían oír lo que dijese, en alta voz dijo

Repitiendo el esquema del capítulo cuarto, imitando los pasos caballerescos de los libros, don Quijote vuelve a situarse en medio del camino y, tras aguardar a que los frailes se aproximen lo suficiente para que puedan escucharle, en alta voz les dice

-Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las **altas** princesas que en ese coche lleváis **forzadas**; si no, aparejaos a recibir presta muerte, por justo castigo de vuestras malas obras.

Si en el capítulo cuarto se exigía a los mercaderes la aceptación inmediata de la hermosura sin par de Dulcinea, parodia, como vimos, del requerimiento de Loyola para que el 'moro' admitiera el dogma de la virginidad de María tras el parto, ahora, bajo amenaza de muerte, se exige a los dos frailes la liberación de unas princesas que, supuestamente, llevan secuestradas. ¿Y qué hacen ellos?

Detuvieron los frailes las riendas, y quedaron admirados así de la figura de don Quijote como de sus **razones**, a las cuales respondieron:

-Señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen o no ningunas forzadas princesas.

-Para conmigo no hay palabras blandas, que ya os conozco, fementida canalla -dijo don Quijote.

Y sin esperar más respuesta picó a Rocinante y, la lanza baja, **arremetió** contra el primero **fraile**, con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun malferido, si no cayera muerto. El segundo religioso, que vio del modo que trataban a su **compañero**, puso piernas al castillo de su buena mula, y comenzó a correr por aquella campaña, más ligero que el mismo viento.

¿Por qué esos frailes de san Benito que encabezan el cortejo de la señora, aunque niegan ir con ella, son vistos por don Quijote como sus raptos?

Porque ellos representan al poder eclesiástico de la universidad que ha separado, por la fuerza, a Loyola de sus discípulos.

Conozcamos, ante todo, la base de la parodia, el trasfondo jesuítico disfrazado de caballeresco.

Venido de Flandes la primera vez, empezó más intensamente que solía a darse a conversaciones espirituales, y daba casi en un mismo tiempo ejercicios a tres, es a saber: a Peralta, y al bachiller Castro que estaba en Sorbona, y a un vizcaíno que estaba en santa Bárbara, por nombre Amador. Estos hicieron grandes mutaciones, y luego dieron todo lo que tenían a pobres, etiam los libros, y empezaron a pedir limosna por París, y fuéronse a posar en el hospital de S. Jaques, adonde de antes estaba el peregrino, y de donde ya era salido por las causas arriba dichas. Hizo esto grande alboroto en la universidad, por ser los dos primeros personas señaladas y muy conocidas. Y luego los españoles comenzaron a dar batalla a los dos maestros; y no los pudiendo vencer con muchas **razones** y persuasiones a que viniesen a la universidad, se fueron un día muchos con mano armada y los sacaron del hospital.

Y trayéndolos a la universidad, se vinieron a concertar en esto: que después que hubiesen acabado sus estudios, entonces llevasen adelante sus propósitos. El bachiller Castro después vino a España, y predicó en Burgos algún tiempo, y

se puso fraile cartujo en Valencia. Peralta se partió para Jerusalén a pie y peregrinando. Desta manera fue tomado en Italia por un capitán, su pariente, el cual tuvo medios con que le llevó al papa, y hizo que le mandase que se tornase para España. Estas cosas no pasaron luego, sino algunos años después. Levantáronse en París grandes murmuraciones, máxime entre españoles, contra el peregrino; y nuestro maestro de Govea, diciendo que había hecho loco a Amador, que estaba en su colegio, se determinó y lo dijo, la primera vez que viniese a santa Bárbara, le haría dar una sala por seductor de los escolares. (R, 77-78)

Loyola, procedente de Salamanca, llega a París con la intención de continuar la labor proselitista prohibida en España. No tiene muy claros sus objetivos, tal vez organizar un grupo semejante al de Alcalá y Salamanca, así que comienza a aproximarse a los jóvenes universitarios parisinos aunque, al no dominar el francés y al haber cumplido ya los treinta y siete años, sus únicos interlocutores accesibles son los universitarios españoles que estudiaban en París, hijos de una nobleza acaudalada capaz de enviar a sus herederos a formarse fuera de España.

Parece lógico que estos nobles, sacrificados con el costoso alejamiento de sus hijos, no vieran con buenos ojos la labor proselitista de otro español, maduro, con fama de herético y con intenciones de cambiar el rumbo de los jóvenes estudiantes.

Tampoco cuenta en París, probablemente por culpa del idioma, con el eficiente apoyo de señoras principales, de forma que, en principio, se encuentra solo y hasta un año después de la llegada no comienza a dar los ejercicios a tres jóvenes universitarios que, movidos por su doctrina, cambian radicalmente: entregan todo cuanto tienen a los pobres, comienzan a pedir limosna y abandonan sus domicilios para vivir, como pobres, en el mismo hospital en el que él había posado antes.

Estos sucesos provocan gran “alboroto en la universidad, por ser los dos primeros personas señaladas y muy conocidas”, razón por la que sus amigos y familiares “comenzaron a dar batalla a los dos maestros”, a tratar de convencerles para que vuelvan a la universidad y a sus antiguas residencias pero, al no lograrlo por las buenas, los sacan del hospital a la fuerza y acuerdan con ellos “que después que hubiesen acabado sus estudios, entonces llevasen adelante sus propósitos”.

De nuevo la labor apostólica de Loyola se suspende por factores externos que, tal como queda reflejado en el Relato, provocan la dispersión del pequeño grupo formado con Castro y Peralta.

Precisamente, la información sobre esos dos compañeros rompe, momentáneamente, el hilo diacrónico del Relato, recuperado, un poco más abajo, cuando vuelve a informarse de las “grandes murmuraciones” levantadas en París por haber “hecho loco a Amador” y de la amenaza de ‘sala’ lanzada por Diego de Govea, “director o principal del colegio de Santa Bárbara”¹²¹⁵, “por seductor de los escolares”.

Tenemos, pues, dos bloques informativos. El primero, relativo a las mutaciones de los tres estudiantes españoles tras recibir los ejercicios y a la acción emprendida por los familiares de dos de ellos. El segundo, referido a la amenaza de sala lanzada contra Loyola por haber “hecho loco a Amador”, el estudiante ‘seducido’ que se hospedaba en santa Bárbara.

Veamos ahora la versión de Ribadeneyra

Había en aquella Universidad algunos mancebos españoles nobles los cuales por su comunicación y movidos por su ejemplo vinieron a hacer tan gran mudanza en su vida, que, habiendo dado todo cuanto tenían a los pobres,

¹²¹⁵ Loyola 1947: 23: 330.

andaban mendigando de puerta en puerta; y **dejando** las compañías que primero tenían y las casas en que moraban, se habían pasado, para vivir como pobres, al hospital de Santiago. Comenzose a divulgar la fama de este negocio y a esparcirse poco a poco por toda la Universidad, de manera que ya no se hablaba de otra cosa, interpretando cada uno conforme a su gusto. Los que más se alborotaron y más sentimiento hicieron deste negocio fueron ciertos caballeros españoles, amigos y deudos de aquellos mancebos. Estos vinieron al hospital de Santiago a buscar a sus amigos, y comenzaron con muy buenas palabras a persuadirles que dejasen aquella vida, tomada por antojo y persuasión de un hombre vano, y que se volviesen a sus casas. Y como no lo pudiesen acabar con ellos, usaron de ruegos, halagos, promesas y amenazas, valiéndose de las armas que les daba su afecto y de todo el artificio que sabían. Pero, como todo él no bastase, dejando las palabras vinieron a las manos, y con grande ímpetu y enojo, por fuerza de armas, medio arrastrando los sacaron de donde estaban y los llevaron a aquella parte de la ciudad donde está la Universidad. Y tanto les supieron decir y hacer, que al fin les hicieron prometer que acabarían sus estudios primero, y después podrían poner por obra sus deseos.

Como destos consejos y nuevo modo de vida se supiese que Ignacio era el autor, no podía **dejar** de desagradar a los que semejantes **obras** no agradaban. Entre los otros fue uno el doctor Pedro Ortiz, el cual ya en aquel tiempo florecía en aquella Universidad con nombre de insigne letrado. El cual, movido con la novedad de la cosa, quiso que se examinase muy de propósito la doctrina y vida de nuestro Ignacio, de que tanto por una parte y otra se decía. Denunciáronle delante del Inquisidor en este tiempo, el cual era un docto y grave teólogo llamado el Maestro Ori, fraile de la orden de Santo Domingo. A éste se fue nuestro padre, en sabiendo lo que pasaba, sin ser llamado; y sin esperar más, se presentó ante él y díjole que él había oído decir que en aquel tribunal había cierta deposición **contra** sí y que, ahora fuese verdad ahora no lo que le habían dicho quería que supiese su Paternidad que él estaba aparejado para dar razón de sí. Aseguróle el Inquisidor contándole cómo era verdad que a él habían venido a acusarle, mas que no había de qué tener recelo ninguno ni pena. Otra vez, acabados ya sus estudios, queriendo hacer una jornada que no podía excusar para España, le avisaron que había sido acusado criminalmente ante el Inquisidor y, en sabiéndolo, tampoco aguardó a que lo llamasen, sino luego se fue a hablar al juez, y ruégale mucho que tenga por bien de examinar su causa y averiguar la verdad, y pronunciar la sentencia conforme a ella. - Cuando yo (dice) era solo no me curaba destas calumnias y murmuraciones; mas ahora que tengo compañeros estimo en mucho su fama y buen nombre por lo que toca a la honra de Dios. ¿Cómo puedo yo partirme para España, **dejando** aquí esparcida tal fama, aunque vana y falsa contra nuestra doctrina? (Vida II, II)

Curiosamente, Ribadeneyra, movido por sus intereses y en contra de la postura paternalista y ultra conservadora que sostiene en toda la obra, defiende aquí la libertad y emancipación de los jóvenes y, en beneficio de su fundador, critica la coherente actuación de padres y familiares, opuestos a los devaneos de un hombre que, en opinión del doctor Pedro Ortiz, inclinó a los jóvenes “a un género de vida que, además de apartarle, según él, de sus estudios, no se sabía en qué iba a terminar, tal vez en uno de los muchos errores de su tiempo”¹²¹⁶.

¹²¹⁶ Loyola 1947: 39: 348-349.

Por otra parte, Ribadeneyra, fiel en este caso al curso de los acontecimientos, introduce a continuación la información relativa a la denuncia ante la Inquisición hecha por ese español, el doctor Pedro Ortiz que, aquel mismo verano de 1529, abandonaba la Sorbona, “donde tanto se había distinguido como teólogo, para ocupar la cátedra de Escritura en Salamanca”¹²¹⁷. También añade otra posterior denuncia contra Loyola ante el inquisidor y deja para el siguiente capítulo la amenaza de sala por seducir a Amador.

ALTAS PRINCESAS

Como el resto de esa información parisina se irá desmenuzando progresivamente, volvamos ahora a la novela, al momento en el que don Quijote, puesto en medio del camino en actitud ofensiva, insulta y amenaza gravemente a los frailes

-Gente endiablada y descomunal, dejad luego **al punto** las **altas** princesas que en ese coche lleváis **forzadas**; si no, **aparejaos a recibir** presta muerte, por justo castigo de vuestras malas obras.

Aunque los frailes y la comitiva del coche no viajan juntos, don Quijote los contempla como un todo dividido en dos partes, una primera avanzadilla, encabezada por los dos “bultos negros” a los que se dirige insultantemente acusándoles de secuestradores, y otro supuesto grupo formado por “las altas princesas” que él cree secuestradas en el coche.

Ni la aclaración de Sancho, ni los inmediatos razonamientos de los frailes variarán ese primer criterio, fundamentalmente porque su intención es “ver con la vista de la imaginación”¹²¹⁸, reconstruir imaginariamente la escena en que los jóvenes estudiantes parisinos, hijos de la nobleza española y, por asociación, imaginados como “altas princesas”, fueron secuestrados y sacados por la fuerza del hospital donde se habían recluido. Por eso ataca, en primer lugar, no a la gran comitiva de la señora, sino a los frailes que vienen delante de ella, símbolo del poder eclesiástico que dirige la acción contra los estudiantes.

Recordemos que en cuanto Loyola comenzó, con su vida y doctrina, a dar ejemplo y consejo a los estudiantes para que imitaran a Cristo, algunos “mozos” nobles (“los mejores que en aquel tiempo había en la Universidad de París”)¹²¹⁹ “se desapropiaron de todo cuanto en el mundo tenían”, lo que provocó la envidia de muchos y “se levantaron en París grandes borrascas contra él”.

Recordemos también que el núcleo del conflicto se fragua entre españoles, jóvenes estudiantes, imitadores de la pobreza de Loyola, y sus tutores o protectores empeñados en que vuelvan a la vida anterior y que, al no conseguirlo por las buenas, “dejando las

¹²¹⁷ Loyola 1947: 39: 348.

¹²¹⁸ Ejercicios espirituales [47] 1°.

¹²¹⁹ “En el tiempo de sus estudios, no solamente se ocupaba nuestro B. Padre Ignacio en estudiar, sino también en mover (como habemos dicho) con su vida, consejos y doctrina a los otros estudiantes, y atraerlos a la imitación de Jesu Cristo nuestro Señor; y así, antes que comenzase el curso de la Filosofía, movió tanto a algunos mozos nobles ingeniosos y bien enseñados, que desde luego se desapropiaron de todo cuanto en el mundo tenían, siguiendo el consejo del Evangelio. Y, aunque en el mismo curso de las artes no se daba tanto a esta ocupación, por los respetos que en capítulo precedente dijimos, pero acabado el curso, en tanta manera inflamó los ánimos de muchos estudiantes, los mejores que en aquel tiempo había en la Universidad de París, a seguir la perfección evangélica, que cuando partió de París, casi todos sus conocidos y devotos, dando de mano al mundo y a todo cuanto dél podían esperar, se acogieron al puerto seguro de la sagrada religión. Porque estaba tan encendido y abrasado con el fuego del amor divino su ánimo, que, doquiera que llegaba, fácilmente se emprendía en los corazones de los otros el mismo fuego que en el suyo ardía. Pero, como la envidia suele ir siempre ladrando tras la virtud, a las llamas de este fuego se seguía el humo de la contradicción. Y así se levantaron en París grandes borrascas contra él; y la causa particular fue esta” (Vida II, II)

palabras vinieron a las manos, y con grande ímpetu y enojo, por fuerza de armas, medio arrastrando los sacaron de donde estaban y los llevaron a aquella parte de la ciudad donde está la Universidad".

Ese sentido de raptó, de violencia ("medio arrastrando") es lo que denuncia don Quijote al insultar a los frailes

VIDA	QUIJOTE
<u>mancebos españoles nobles[...]</u> dejando las dejando las palabras vinieron a las manos, y <u>con grande ímpetu y enojo, por fuerza de armas, medio arrastrando los sacaron de donde estaban</u>	Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las <u>altas princesas</u> que en ese coche lleváis forzadas

En ambos casos se especifica la utilización de la fuerza ("por **fuerza** de armas" / "en ese coche lleváis **forzadas**") y el alto rango de los forzados ("*mancebos españoles nobles [...] los mejores que en aquel tiempo había en la Universidad*" / "las altas princesas") Don Quijote hace, pues, responsable del raptó, no a los religiosos de san Benito contra los que se enfrenta, sino a quienes representan, por eso les llama gente "endiablada y descomunal", es decir, "fuera de lo común, monstruosa; adjetivos que en los libros de caballerías se aplican a los gigantes"¹²²⁰ y que, en este caso, como en el de los molinos de viento, simbolizan el poder omnímódo de una Inquisición capaz de imponer su gigantesco terror desde Alcalá hasta París.

Dicho simbolismo se encuentra, además, reforzado por un significativo detalle, ofrecido previamente por el narrador, sobre el origen de la señora raptada ("Venía en el coche, como después se supo, una señora **vizcaína**"), pues el detonante de la persecución contra Loyola fue, fundamentalmente, la 'gran mutación' experimentada por Amador, estudiante vizcaíno que vivía en el colegio de santa Bárbara

-Venido de Flandes la primera vez, empezó más intensamente que solía a darse a conversaciones espirituales, y daba cuasi en un mismo tiempo ejercicios a tres, es a saber: a Peralta, y al bachiller Castro que estaba en Sorbona, y a un vizcaíno que estaba en santa Bárbara, por nombre Amador. Estos hicieron grandes mutaciones, y luego dieron todo lo que tenían a pobres, etiam los libros, y empezaron a pedir limosna por París, y fuéronse a posar en el hospital de S. Jaques, adonde de antes estaba el peregrino, y de donde ya era salido por las causas arriba dichas. (R, 77)

-*Estaba antes desto el doctor Govea enojado contra nuestro p. Ignacio por un estudiante español, llamado Amador, que por su consejo había dejado el colegio y los estudios y el mundo, por seguir desnudo a Cristo desnudo. (Vida II, III)*

Las altas princesas imaginadas por don Quijote son una metáfora burlesca de los nobles estudiantes sacados por la fuerza del hospital y obligados a renunciar a la doctrina de Loyola. Don Quijote desea liberarlos con una rápida e inesperada reacción semejante a la de Loyola

Detuvieron los frailes las riendas, y quedaron admirados así de la figura de don Quijote como de sus **razones**, a las cuales respondieron:

-Señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen o no ningunas forzadas princesas.

¹²²⁰ Quijote 1998: 44: 100.

-Para conmigo no hay **palabras blandas**, que ya os conozco, fementida canalla -dijo don Quijote.

Y sin esperar más respuesta picó a Rocinante y, la lanza baja, **arremetió** contra el primero **fraile**, con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun malferido, si no cayera muerto. El segundo religioso, que vio del modo que trataban a su **compañero**, puso piernas al **castillo** de su buena mula, y comenzó a correr por aquella campaña, más ligero que el mismo viento.

Cargados de la lógica del discurso externo, los frailes responden que no son ni “endiablados ni descomunales” y que ignoran si en el coche “vienen o no ningunas forzadas princesas”. Niegan rotundamente las acusaciones, ignorando que a don Quijote le da lo mismo porque, al margen de la respuesta, él ya tiene decidida su actuación: arremeter inmediatamente contra ellos, ¿por qué? En respuesta a la impetuosa reacción de Loyola al ser denunciado por el doctor Pedro Ortiz ante el inquisidor

*Denunciáronle delante del Inquisidor en este tiempo, el cual era un docto y grave teólogo llamado el Maestro Ori, fraile de la orden de Santo Domingo. A éste se fue nuestro padre, en sabiendo lo que pasaba, sin ser llamado; **y sin esperar más**, se presentó ante él y díjole que él había oído decir que en aquel tribunal había cierta deposición contra sí y que, ahora fuese verdad ahora no lo que le habían dicho, quería que supiese su Paternidad que él estaba **aparejado** para dar razón de sí. Aseguróle el Inquisidor contándole cómo era verdad que a él habían venido a acusarle, mas que no había de qué tener recelo ninguno ni pena.*

El referente clave, la pista indicativa es la expresión “**Y sin esperar más**” que, como casi siempre, además del aspecto meramente formal, deíctico, añade al permanente retrato de vidas paralelas, otro dato más sobre la igualdad impulsiva de Loyola y don Quijote

VIDA	QUIJOTE
y sin esperar más , se presentó ante él	Y sin esperar más respuesta picó a Rocinante

¿Qué hizo el inquisidor al encontrarse al denunciado e investigado Loyola frente a él? Según la complaciente versión de Ribadeneyra, justificarse amablemente y decirle que no se preocupara, pues “no había de qué tener recelo ninguno ni pena”, o sea, el tribunal inquisitorial, no tan parcial y fundamentalista como el español, no encuentra razones para procesarle, y le deja en libertad.

Eso es lo que Cervantes convierte, jocosamente, en la fuga de los dos frailes (el primero cae de la mula al suelo, mientras el segundo sale directamente corriendo) huyendo del temible don Quijote, un simbolismo que aparece reforzado por el hecho de que los dos frailes se rinden sin que llegue ni siquiera a tocarles y, también, por la sutil comparación de una de las mulas con un “castillo” (“puso piernas al **castillo** de su buena mula”), metáfora con la que se insiste en el gran tamaño del animal, pero con la que se sugiere, a su vez, el edificio-fortificación, el turbador castillo kafkiano desde donde instruye el tribunal inquisitorial.

En definitiva, el núcleo paródico del episodio es la actuación violenta llevada a cabo por los ‘españoles’ para sacar del hospital a los estudiantes allí hospedados, una acción que aunque, indirectamente, iba dirigida contra Loyola, contra el líder e inspirador de los estudiantes, no llegó a dañarle, fundamentalmente porque la denuncia contra él puesta por el doctor Ortiz ante el inquisidor no surtió el efecto deseado.

Sancho, sin embargo, sí va a sufrir las consecuencias de la actuación de su amo pues, como símbolo de los compañeros de Loyola, le corresponde representar el papel desempeñado por ellos en esos hechos históricos.

Pero volvamos primero sobre ciertos aspectos del episodio no comentados.

IMÁGENES SUPERPUESTAS

Además del incidente núcleo de la parodia, asistimos, como en ocasiones anteriores, a un gran despliegue de imágenes superpuestas, de agrupaciones del núcleo paródico con fragmentos colaterales interrelacionados de las mismas fuentes y que, además de la información que contienen, enriquecen la parodia y, al mismo tiempo, enturbian el notorio seguimiento diacrónico de los acontecimientos.

En realidad, todo el fragmento anterior se encuentra fusionado con una serie de gestos y expresiones de don Quijote que remiten a anécdotas y peculiaridades de Loyola, casi todas ya conocidas porque Cervantes suele tratarlas desde distintas perspectivas.

En primer lugar don Quijote, belicoso y arrogante como en el episodio de los mercaderes, se presenta solo ante los frailes y el concurrido grupo que, a su entender, le acompaña.

La actitud, el temerario valor que ostenta, se asocia de inmediato al mostrado ante los mercaderes toledanos y, paralelamente, al no menos temerario enfrentamiento de Loyola con los soldados que, en el camino hacia Roma, pretendieron forzar a dos mujeres que le acompañaban. Volvamos a recordarlo

Tuvieron viento tan recio en popa, que llegaron desde Barcelona hasta Gaeta en cinco días con sus noches, aunque con harto temor de todos por la mucha tempestad. Y por toda aquella tierra se temían de pestilencia; mas él, como desembarcó, comenzó a caminar para Roma. De aquellos que venían en la nave se le juntaron en compañía una madre, con una hija que traía en hábitos de muchacho, y un otro mozo. Estos le seguían, porque también mendicaban. Llegados a una casería, hallaron un grande fuego, y muchos soldados a él, los cuales les dieron de comer, y les daban mucho vino, invitándolos, de manera que parecía que tuviesen intento de escalentarles. Después los apartaron; poniendo la madre y la hija arriba en una cámara, y el peregrino con el mozo en un establo. Mas cuando vino la media noche, oyó que allá arriba se daban grandes gritos; y, levantándose para ver lo que era, halló la madre y la hija abajo en el patio muy llorosas, lamentándose que las querían forzar. A él le vino con esto un ímpetu tan grande, que empezó a gritar, diciendo: «¿esto se ha de sufrir?» y semejantes quejas; las cuales decía con tanta eficacia, que quedaron espantados todos los de la casa, sin que ninguno le hiciese mal ninguno. (R, 38)

¿Existe alguna diferencia entre el ímpetu de Loyola, enfrentándose él solo a “muchos soldados”, y el de don Quijote plantándose con arrojo ante los raptos de las princesas? Pero además de la valentía con que encara la aventura, acompaña su brío con voces e insultos contra los “bultos negros” que considera “encantadores”, por eso les injuria llamándoles gente “endiablada y descomunal” y amenazándoles de muerte con una expresión tan retórica como “**aparejaos a recibir** presta muerte”

Precisamente, el verbo ‘aparejar’ se conjuga de múltiples maneras a lo largo de la Vida y, en algunas ocasiones, en relación con los herejes, personas a quienes Ribadeneyra trata con mucho mayor desprecio que don Quijote a los encantadores, pues les llama ciegos, viles, desorejados, etc. Veamos un ejemplo

Y como el mundo estaba tan dispuesto y tan aparejado para recibir esta doctrina, por las maldades que reinaban en él, mucha gente baldía ignorante, torpe y ciega con sus pasiones y vicios, se dejó engañar y la abrazó y siguió y

enseñó a los demás. Entre esta gente hubo muchos oficiales y hombres viles y desorejados y castigados por ladrones, facinerosos e infames por justicia, en fin, la escoria y horrura de toda la república, los cuales se hicieron predicadores deste nuevo Evangelio, que siendo tal no podía tener otros predicadores sino tales como ellos. (Vida II, XVIII)

El fundamentalismo maniqueo, característico del pensamiento de Ribadeneyra, toma cuerpo en estas arengas contra los herejes que son, como los frailes de san Benito, “Gente endiablada”, raptos y seductores de princesas que don Quijote pretende liberar.

Dos claros referentes conectan ambos textos

VIDA	QUIJOTE
<i>gente baldía ignorante, torpe y ciega</i>	Gente endiablada y descomunal
<u>aparejado para recibir</u>	<u>aparejaos a recibir</u>

Incrustados en la biografía de Loyola, ese tipo de soflamas contra los herejes aparecerán disfrazadas en boca de don Quijote contra cualquiera de sus eventuales enemigos, estableciendo paralelismos ‘genéticos’ con el santón contrarreformista urdido por Ribadeneyra en la Vida.

También el resto de la alocución de don Quijote (“aparejaos a recibir presta muerte, por **justo castigo** de vuestras **malas obras**”), se inspira en otro fragmento de la Vida directamente relacionado con el momento actual de la parodia, dedicado íntegramente a recoger anécdotas de Loyola acaecidas durante su estancia en París.

El libro quinto de la Vida, como se comentó en su momento, fue añadido por Ribadeneyra a partir de la edición castellana de la obra de 1583 y debe considerarse como un colofón espurio, una especie de compendio de todas las virtudes recogidas en los libros de santos y aplicadas generosamente a Loyola, sobre quien se agrega, además, un montón de nuevas anécdotas y milagrosas actuaciones en las que no creen ya ni los “teólogos actualizados”¹²²¹.

Son, por qué no decirlo, una sarta de inverosímiles mentiras, reflejo de los amplios conocimientos hagiográficos adquiridos por Ribadeneyra como editor del *Flos sanctorum*, de donde toma todo cuanto considera meritorio para hacer de Loyola el pluscuamperfecto santo de libro.

Especialmente cómicas resultan ahora, aunque también debieron parecérselo a Cervantes, las muchas frases en estilo directo que le atribuye a Loyola y que, como vamos viendo, son el sustrato que nutre a don Quijote del lenguaje, semi caballeresco y religioso, que le caracteriza universalmente como el perfecto ‘cuerdo-loco’

Pues bien, el capítulo dos de ese libro quinto, que conviene leer en su integridad, recoge la ya conocida anécdota del agua frigidísima

*Estando un hombre en París miserablemente perdido de unos amores deshonestos de una mujer con quien vivía mal, como no pudiese nuestro Padre por ninguna vía desasirle dellos, se fue un día a esperarle fuera de la ciudad, y sabiendo que había de pasar por junto a una laguna o charco de agua (yendo por ventura adonde le llevaba su ciega y torpe afición) éntrase el B. Padre dentro del agua frigidísima hasta los hombros, y viéndole desde allí pasar, **le dijo a grandes voces**: “Anda, desventurado, anda, vete a gozar de sus sucios deleites. ¿No ves el golpe que viene sobre ti de la ira de Dios? ¿No te espanta el infierno que tiene su boca abierta para tragarte? ¿Ni el azote que te aguarda, y a*

¹²²¹ Torres Queiruga 2012.

*toda furia va a descargar sobre ti? Anda, que aquí me estaré yo atormentando y haciendo penitencia por ti, hasta que Dios aplaque el **justo castigo** que ya contra ti tiene **aparejado**.” Espantóse el hombre con tan señalado ejemplo de caridad; paró, y herido de la mano de Dios, volvió atrás, confuso y atónito, apartóse de la torpe y peligrosa amistad de que primero estaba cautivo [...] Partióse, pues, el buen hombre para España, muy corrido y lleno de confusión, acusando por una parte su deslealtad, y por otra espantándose de la caridad de nuestro B. P. Y dando gracias a Dios que hubiese tal hombre en la tierra, y que él le hubiese conocido, que se vengaba de las **malas obras** que recibía con hacer bien, y las **ofensas y agravios** que se le hacían los pagaba con semejantes oficios de caridad. (Vida V, II)*

Al margen de la veracidad de la anécdota, lo realmente insultante son las frases en estilo directo atribuidas a Loyola casi treinta años después de su muerte, frases que, como hemos comentado en otras ocasiones, carecen del más mínimo soporte documental.

Además de la arenga, a grandes o altas voces, con la que tanto Loyola como don Quijote se dirigen a sus interlocutores, en ambos textos aparece el verbo ‘aparejar’ asociado a la expresión ‘justo castigo’ y, después, ‘malas obras’, también presente en la Vida, aunque un poco más adelante y dentro de otra anécdota también situada en París. Se aprecia, igualmente, un paralelo entre las amenazas de muerte de Loyola (*la ira de Dios / el infierno / el azote*) y la de don Quijote (“recibir presta muerte”) y, también, entre el espanto del hombre (*Espantóse el hombre con tan señalado ejemplo*) y la admiración, y temor, que causa don Quijote a sus interlocutores

VIDA	QUIJOTE
<i>le dijo a grandes voces</i>	en alta voz dijo
justo castigo	justo castigo
aparejado	aparejaos
malas obras	malas obras
<i>Espantóse el hombre con tan señalado ejemplo</i>	quedaron admirados así de la figura de don Quijote como de sus razones

Precisamente, e incidiendo en la forma en que Cervantes recurre una y otra vez a la Vida para otorgarle con precisión a don Quijote los rasgos característicos de Loyola, la última apreciación recogida en el cuadro sinóptico sobre la admiración que causan la figura y razonamientos de don Quijote, también encuentra un claro paralelismo en dos frases de la Vida en las que queda patente la admiración que la figura y razonamientos de Loyola causaban en los demás

VIDA	QUIJOTE
<i>El cual misterio explicaba con tanta abundancia de razones, semejanzas y ejemplos, que todos los que le oían se quedaban admirados y suspensos</i>	quedaron admirados así de la figura de don Quijote como de sus razones , a las cuales respondieron
<i>Y como algunos soldados y centinela le vieron en aquel traje y figura</i>	quedaron admirados así de la figura

La imagen de Loyola, su anacrónica indumentaria y depauperado aspecto, sorprende a la gente tanto como don Quijote, otro dato relevante de la personalidad de ambos, del minucioso trabajo de imitación, de vidas paralelas realizado por Cervantes que, en ese mismo diálogo, pone en boca de don Quijote otra expresión, “palabras blandas” (“Para

conmigo no hay **palabras blandas**, que ya os conozco, fementida canalla”), que es un reproche dirigido a los frailes, encantadores, a quienes acusa de quererle engañar, de fingir, con remilgos y lisonjas, el despiadado rapto de las princesas.

Mero pretexto para evocar la expresión con que Ribadeneyra edulcoraba las artimañas de los dominicos contra Loyola en Salamanca¹²²². El problema, como siempre, es el lenguaje, la retórica hueca y empalagosa, la cándida indulgencia con la que Ribadeneyra envuelve todo el discurso para satisfacer y aplacar a los ‘agraviados’ dominicos

*Fue el día señalado con un compañero, y después de haber comido los llevaron a una capilla, donde se hallaron con ellos el confesor y otros dos frailes, de los cuales uno era el vicario que gobernaba el monesterio en ausencia del prior. El cual, mirando con rostro alegre a nuestro padre, le dijo con **palabras blandas** y graves: mucho consuelo me da [...] (Vida I, XV)*

Con el Relato en la mano, sabemos que esas “*palabras blandas*” con las que Ribadeneyra trata de lavar la historia, fueron, en realidad, malintencionadas, un ardid para cazarlo, por eso Cervantes, volviendo una vez más a ese episodio tan presente en el trasfondo de la novela, nos muestra a don Quijote indignado con unos encantadores a los que llama “fementida canalla”, “gente despreciable y perjura”, un insulto apropiado para aquellos frailes que intentaron embaucar a Loyola

VIDA	QUIJOTE
<i>mirando con rostro alegre a nuestro padre, le dijo con palabras blandas y graves</i>	Para conmigo no hay palabras blandas , que ya os conozco, fementida canalla

A Clemencín le disgustó que los insultos lanzados por don Quijote contra los frailes de san Benito se entendieran como una crítica de Cervantes a la Iglesia¹²²³ y, una vez más, equiparando al autor con el personaje y a la piedad con el catolicismo, sale en su ‘defensa’: “No ha faltado quien haya atribuido a estas palabras un sentido muy ajeno de los sentimientos de piedad que mostró Cervantes en todas ocasiones. Los pasajes de sus escritos y del mismo Quijote, en que se ofreció hablar de la profesión religiosa, manifiestan sus verdaderas ideas, y responden a tan maligna cavilación.”¹²²⁴

Al margen de la vieja pugna por encajonar a Cervantes en uno de los ‘bandos’, lo realmente cierto es que los insultos de don Quijote sí resultan un exabrupto contra la ortodoxia católica en tanto que parodian el comportamiento de Loyola frente a ella.

¹²²² “<<Vosotros no sois letrados, dice el fraile, y habláis de virtudes y de vicios; y desto ninguno puede hablar sino en una de dos maneras: o por letras, o por el Espíritu santo. No por letras; ergo por Espíritu santo >>” (R, 65)

¹²²³ “Para comprender toda la valentía que encierra tan enérgico apóstrofe, hay que hacerse cargo de la época en que se escribió. Reinaba, aunque no gobernaba, en España el débil e irresoluto Felipe III, a quien sus contemporáneos llamaron el *Piadoso*. El país agonizaba bajo la tiranía del inepto y ambicioso duque de Lerma; la Iglesia Católica imperaba como dueña y señora de la nación, y su principal elemento, las Ordenes religiosas, pisaban la cumbre de su influjo y poderío. ¿Os figuráis, ahora, la estupefacción, el asombro que debieron sentir aquellos frailes al verse tratados de tan desusada manera? ¿Quién será este atrevido, se dirían, tan fuera de juicio que no sabe lo que dice ni a lo que se expone? [...] Cervantes sabe que, a las claras, es peligroso atacar el desmedido influjo de los monásticos; para ello se vale de un perturbado que no distingue de frailes ni encantadores, de un pobre loco que no sabe lo que dice y cuyas simplezas no deben ni pueden tomarse en cuenta.” Cerrejón 2010: 25-26.

¹²²⁴ Clemencín 1833: 183.

Volvamos, por último, al final de esta primera parte del episodio, al momento en que don Quijote, inspirándose en la actitud de Loyola ante el inquisidor parisino, arremete contra los supuestos raptos de princesas

Y sin esperar más respuesta picó a Rocinante y, la lanza baja, **arremetió** contra el primero **fraile**, con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun malferido, si no cayera muerto. El segundo religioso, que vio del modo que trataban a su **compañero**, puso piernas al **castillo** de su buena mula, y comenzó a correr por aquella campaña, más ligero que el mismo viento.

Así finaliza lo que podría considerarse primera parte de este episodio, cuya puesta en escena se ajusta a los cánones más usuales del género de la caballería. Don Quijote, en medio del camino y ataviado como un anacrónico caballero, se ha puesto a vociferar e insultar a unos supuestos encantadores, a quienes acusa de llevar cautiva a una dama, y se lanza contra ellos.

El inicio del fragmento y la posterior presencia del verbo ‘arremeter’ servían, según hemos comprobado, como referentes del núcleo paródico, pero también aparecen en ese mismo texto otros referentes que, de forma poliédrica, indican que el conjunto de la anécdota, la puesta en escena del episodio novelesco, se inspira, a su vez, en otra singular y no más dudosa anécdota de la Vida, un fragmento bastante inverosímil y, quizás por ello, también muy frecuentado por Cervantes. En él Ribadeneyra narra los titubeos vocacionales de un aspirante a jesuita que, en determinado momento, dudó entre seguir a un afamado fraile que llevaba una vida de eremita o, por el contrario, “*seguir el camino comenzado*” con Ignacio

*Movido, pues, de la vida de fray Antonio uno de los primeros compañeros de nuestro padre que estaba en Basán, comenzó a titubear en su vocación, y a dudar si sería más servido nuestro Señor seguir el camino comenzado, o vivir en compañía de aquel santo en contemplación, apartado de los primeros y del desasosiego e inquietud que la conversación de los hombres trae consigo. Y hallándose perplejo y confuso con las **razones** que de una parte y de otra se le ofrecían, **determinó de irse al mismo fray Antonio y comunicar con él sus dudas y hacer lo que él le dijese. Estaba en este tiempo el padre Ignacio en Basán. Fuese, pues, aquel padre a buscar al fraile, e yendo, vio un hombre armado que, con horrible aspecto y fiero semblante, con la espada sacada y levantada, se le puso delante en el camino.** Turbóse al principio y paró el padre, mas volviendo en sí, parecióle que no había por qué detenerse y siguió su camino. Entonces el hombre con gran ceño y enojo, **arremete al padre, y con la espada desenvainada, como estaba, da tras él.** El padre, temblando y más muerto que vivo, **echó a huir** y él a huir y el otro a seguirle; pero de manera que los que presentes estaban veían al que huía y no veían al que le seguía. Al fin de buen rato, el padre, desmayado con el miedo y asombrado desta novedad, y quebrantado de lo que había **corrido**, dio consigo desalentado y sin huelgo en la posada donde estaba nuestro Padre. El cual, en viéndole, con rostro apacible se volvió a él, y nombrándole por su nombre díjole: - Fulano ¿así dudáis? «Modicae fidei quare dubitasti?» Hombre de poca fe ¿por qué habéis dudado? Con esta **representación**, que fue como una declaración de la divina voluntad, se confirmó mucho este padre en su vocación, como el mismo que lo vio y lo pasó lo ha contado” (Vida II, IX)*

Tan extraordinaria historieta (con frase latina e interrogaciones de claro acento evangélico) en la que el joven novicio escenifica una “*representación, que fue como una declaración de la divina voluntad*” y con la que Ribadeneyra demuestra la excelencia de

Ignacio frente a cualquier competencia, resulta tan de cómic, o caballeresca, que Cervantes la toma como prototipo de algunos de los enfrentamientos de don Quijote con sus enemigos, tal como demuestran los importantes paralelismos formales y semánticos recogidos en el siguiente cuadro

VIDA	QUIJOTE
<i>Fuese, pues, aquel padre a buscar al fraile</i>	se puso en la mitad del camino por donde los frailes venían
<i>vio un hombre armado que, con <u>horrible aspecto y fiero semblante</u></i>	quedaron admirados así <u>de la figura de don Quijote</u>
<i>se le puso delante en el camino</i>	se puso en la mitad del camino
<i>con la <u>espada sacada y levantada</u></i>	[[al encontrarse en mitad del camino y amenazante debía tener la lanza levantada]]
<i>con gran ceño y enojo</i>	con tanta furia y denuedo
<i>arremete al padre</i>	arremetió contra el primero fraile
<i>y con la <u>espada desenvainada</u></i>	y, la lanza baja
<i>temblando y más muerto que vivo, <u>echó a huir</u></i>	vio del modo que trataban a su compañero, <u>puso piernas</u>
<i>quebrantado de lo que había corrido, dio consigo desalentado y <u>sin huelgo</u> en la posada</i>	comenzó a correr por aquella campaña, <u>más ligero</u> que el mismo viento

Además de los vocablos y expresiones repetidas, hay en ambas escenas un paralelismo general basado en la inesperada intromisión y amenaza de un hombre armado que, sin herir ni tocar a sus contrincantes, los pone en fuga. Ribadeneyra califica el suceso de representación (“*Con esta representación*”), símbolo de una alucinación didáctica con la que, al parecer dios, cerrando el camino hacia fray Antonio, mostraba al novicio su preferencia por Ignacio.

También Cervantes realiza una representación, la escenificación simbólica de la anécdota ignaciana con la intención de remitirnos a la dudosa historia cuya veracidad, o aceptación, supone, a su vez, la admisión de un extraordinario milagro: la predilección de dios hacia Loyola.

Y para rizar el rizo de las imágenes poliédricas, del insaciable deseo de Cervantes de trasladar a la novela los aspectos más criticables de la Vida, todavía puede establecerse una nueva relación paródica entre la última frase del cuadro anterior (“comenzó a **correr** por aquella campaña, más ligero que el mismo viento”) y otra muy semejante y absurda perteneciente al libro quinto de la Vida, concretamente al mismo capítulo dedicado a la estancia de Loyola en París, a la visita que realiza a un compañero desde la capital francesa y en la que Ribadeneyra también se saca de la manga otro milagro

*habiendo subido una cuesta áspera con mucho trabajo y dificultad, le visitó N. S. y le consoló con una tan soberana luz, y con tan extraordinario esfuerzo y regalo, que despidiendo de sí toda aquella molestia y pesadumbre que sentía, **comenzó a correr como un gamo por aquellos campos**, y de manera que más parecía que le llevaban que no que él se iba. (Vida V, II)*

La soberana luz transmuta la pesadumbre en ligereza y el cansado, y lisiado Loyola, comienza a correr como un gamo, ¿no resulta un poco exagerado? La voluntad imitativa de Cervantes parece incuestionable

VIDA	QUIJOTE
<i>comenzó a correr como un gamo por aquellos campos, y de manera que más parecía que le llevaban</i>	comenzó a correr por aquella campaña, más ligero que el mismo viento

Tras describir la “*visita de N. S*”, con los correspondientes efectos especiales de iluminación (“*con una tan soberana luz*”) y “*regalo*” característicos de los libros religiosos, Ribadeneyra añade la percepción, no menos libresca, de *traspoining*, de un Loyola flotando y empujado por el aire (“*le llevaban*”), tal vez por eso Cervantes, montando burlescamente al fraile sobre una mula veloz, establece la comparación, no con el gamo, sino con el viento.

DESPOJOS DE LA BATALLA

Pero volvamos, tras el paréntesis, al seguimiento de la batalla, al momento en que los frailes, uno en el suelo y el otro galopando, han sido neutralizados

Sancho Panza, que vio en el suelo al fraile, apeándose **ligeramente** de su asno **arremetió a él**¹²²⁵ y le comenzó a quitar los hábitos. Llegaron en esto dos **mozos** de los **frailes** y preguntáronle que por qué le desnudaba. Respondióles Sancho que aquello le tocaba a él ligitimamente, como despojos de la **batalla** que su señor don Quijote había **ganado**. Los mozos, que no sabían de burlas, ni entendían aquello de despojos ni batallas, viendo que ya don Quijote estaba desviado de allí hablando con las que en el coche venían, **arremetieron** con Sancho y dieron con él en el suelo, y, sin dejarle pelo en las barbas, le molieron a **coces** y le dejaron tendido en el suelo, sin aliento ni sentido. Y, sin detenerse un punto, tornó a subir el fraile, todo temeroso y acobardado y sin **color** en el rostro; y cuando se vio a caballo, picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando, y esperando en qué paraba aquel sobresalto, y, sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso, siguieron su camino, haciéndose más cruces que si llevaran al diablo a las espaldas.

Volviendo al episodio central de los acontecimientos de París, recordemos que dos de los universitarios españoles, de familias muy señaladas, tras realizar, dirigidos por Loyola, los ejercicios espirituales, “hicieron grandes mutaciones, y luego dieron todo lo que tenían a pobres, etiam los libros, y empezaron a pedir limosna por París, y fuéronse a posar en el hospital de S. Jaques, adonde de antes estaba el peregrino, y de donde ya era salido por las causas arriba dichas. Hizo esto grande alboroto en la universidad, por ser los dos primeros personas señaladas y muy conocidas. Y luego los españoles comenzaron a dar **batalla** a los dos maestros; y no los pudiendo vencer con muchas razones y persuasiones a que viniesen a la universidad, se fueron un día muchos con mano armada y los sacaron del hospital”.

Aparecen, pues, dos acciones en ese breve fragmento del Relato.

Primero el gran cambio protagonizado por los dos españoles que, tras recibir los ejercicios, abandonan la vida regalada e imitan a Loyola dando todo cuanto tenían a los pobres y viviendo como tales en el mismo hospital donde él se hospedaba antes. Fue su primer gran triunfo en la universidad de París, la ruptura de los dos conocidos doctores con los representantes de la universidad, con los encumbrados y prestigiosos maestros que aparecen simbolizados en la novela por los dos frailes caballeros en sendas mulas

¹²²⁵ “Este le halló que ya volvía, lleno de gozo y consuelo, y **arremetió a él** con un palo en la mano, y con rostro severo y con un semblante enojado y espantoso le asió del brazo, riñéndole ásperamente y amenazándole porque se había metido en tan manifiesto peligro” (Vida I, XI)

semejantes a dromedarios o, como antes comentamos, a infranqueables castillos kafkianos, y que fueron dialécticamente vencidos por Loyola cuando convenció a los doctores para que abandonaran la universidad y le siguieran.

Esa es, simbólicamente, la “batalla” que acaba de ganar don Quijote a los dos frailes a los que ahora Sancho despoja (“Respondióles Sancho que aquello le tocaba a él ligitimamente, como despojos de la **batalla** que su señor don Quijote había **ganado**”).

Llama ‘batalla’ a la ridícula escaramuza de don Quijote con el fraile porque así se denomina en el Relato a la presión mantenida entre estudiantes y tutores (“luego los españoles comenzaron a dar **batalla** a los dos maestros”). Precisamente ese símbolo facilita la asociación paralela con el resto de la intervención del narrador, pues Sancho habla de ganancias, de lo “que su señor don Quijote había **ganado**”, siguiendo también la simbología utilizada en el capítulo núcleo de la Vida, donde, en estilo directo, Loyola habla de “*buscar un poco de **ganancia** mía espiritual*”.

Solo de esa manera se entiende la mezquina y anatematizadora acción del ‘buen’ Sancho tratando de rapiñar un hábito y quedar desnudo a un fraile en mitad del campo.

Pero recordemos que el triunfo de Loyola y los estudiantes fue muy relativo pues, según el Relato, fueron sacados del hospital por la fuerza y obligados a abandonar a Loyola mientras fueran estudiantes

-Y trayéndolos a la universidad, se vinieron a concertar en esto: que después que hubiesen acabado sus estudios, entonces llevasen adelante sus propósitos. (R, 78)

-medio arrastrando los sacaron de donde estaban y los llevaron a aquella parte de la ciudad donde está la Universidad. Y tanto les supieron decir y hacer, que al fin les hicieron prometer que acabarían sus estudios primero, y después podrían poner por obra sus deseos. (Vida II, II)

A pesar de que en principio pareció una victoria de Loyola, en realidad no lo fue, los universitarios le abandonaron y volvieron por sus fueros prometiendo acabar los estudios.

Son los mozos de los frailes, en representación de los "muchos con mano armada", quienes, movidos por la afrenta al clero, vapulean a Sancho, pues no entienden un lenguaje (“aquello le tocaba a él ligitimamente, como despojos de la **batalla**”) que les suena a burla (“Los mozos, que no sabían de **burlas**, ni entendían aquello de **despojos** ni batallas”), otra irónica alusión al lenguaje de la Vida, al fragmento en que Ribadeneyra atribuye al hermano mayor de Loyola una pretenciosa arenga para frenar su proyecto religioso

*Pues ¿cómo queréis vos, por un antojo vuestro, engañar nuestras esperanzas tan macizas y verdaderas, y dejarnos **burlados** a todos; **despojar** y desposeer nuestra casa de los trofeos de vuestras vitorias y de los ornamentos y premios que de vuestros trabajos se han de seguir? (Vida I, III)*

De nuevo las ripiosas y fantásticas palabras del hermano, aconsejando inútilmente a Loyola para que no se vaya de casa y deje a la familia sin los trofeos militares que, presumiblemente, conseguirá en el futuro (al parecer olvidó lo de la pierna), son burlescamente asociadas por Cervantes con la situación de los universitarios que sí se dejaron convencer

VIDA	QUIJOTE
<i>dejarnos burlados a todos; despojar y desposeer nuestra casa de los trofeos de vuestras vitorias</i>	Los mozos, que no sabían de burlas , ni entendían aquello de despojos ni batallas

Los mozos de los frailes no entendían el lenguaje de Sancho, igual que los lectores de la Vida difícilmente pueden comprender las ‘burlas’ y ‘despojos’ de Ribadeneyra.

Pero ¿qué hicieron los mozos?

viendo que ya don Quijote estaba desviado de allí hablando con las que en el coche venían, **arremetieron** con Sancho y dieron con él en el suelo, y, sin dejarle pelo en las barbas, le molieron a **coces** y le dejaron **tendido en el suelo**, sin aliento ni sentido.

Cuando los universitarios se encerraron en el hospital del que fueron violentamente sacados, Loyola ya vivía en otra parte, razón por la que don Quijote se encuentra alejado de Sancho y por la que los mozos arremeten contra él.

Sancho queda en el suelo “sin aliento ni sentido”, noqueado, tal como los españoles dejaron a los dos doctores respecto a sus pretensiones evangélicas. Momento aprovechado por los frailes para salir corriendo “haciéndose más cruces que si llevaran al diablo a las espaldas”, otra alusión a la superchería seudo religiosa, capaz de ver en cualquier movimiento espiritual la presencia del diablo y que, a fin de cuentas, parodia la desbandada y el alejamiento provocado por las murmuraciones y acusaciones heréticas contra Loyola, según finaliza Ribadeneyra el comentado capítulo II: “*le acusaron delante del Inquisidor; de lo cual hubo gran ruido en Paris, porque muchos decían que aquellos extremos no podían parar en bien, otros que como hereje se había huido*” (Vida II, II)

Los acusadores, escandalizados y a pesar del fracaso de la denuncia ante el inquisidor, siguieron no obstante creyendo en el sentido herético (“*como hereje se había huido*”) de la doctrina de Loyola y, por tanto, huían de él como los dos frailes ante don Quijote, “haciéndose más cruces que si llevaran al diablo a las espaldas”. Recordemos que el doctor Pedro Ortiz (“*el cual ya en aquel tiempo florecía en aquella Universidad con nombre de insigne letrado*”) opinaba que Loyola inclinó a los jóvenes “a un género de vida que, además de apartarle, según él, de sus estudios, no se sabía en qué iba a terminar, tal vez en uno de los muchos errores de su tiempo”¹²²⁶.

SEÑORA VIZCAINA

Una vez finalizado el encuentro con los frailes se inicia, sin ruptura, como continuación del anterior, el tercer episodio del capítulo octavo, en el que se parodia el final de los acontecimientos ocurridos a Loyola con los estudiantes de París.

Según adelantó el narrador, la agresión a Sancho fue posible porque don Quijote se encontraba (¡atención al plural femenino!) distraído (“hablando con las que en el coche venían”) y lo suficientemente distanciado como para que no se enterara y, por tanto, no acudiera en su ayuda. Circunstancia que, como hemos visto, no resulta casual, sino fruto del milimetrado desarrollo de todo cuanto sucede en la novela, de la sincronía imitativa con las fuentes pues, como ya sabemos, después de haber salido Loyola del hospital de Saint Jaques, “fuéronse a posar” en él Peralta y Castro, dos de los tres estudiantes que, según el Relato, recibieron los ejercicios. El tercero, el vizcaíno Amador, se hospedaba en el colegio de santa Bárbara (“daba cuasi en un mismo tiempo ejercicios a tres, es a saber: a Peralta, y al bachiller Castro que estaba en Sorbona, y a un vizcaíno que estaba en santa Bárbara, por nombre Amador”)

No se encontraban, pues, juntos en el hospital, de forma que cuando fueron a sacarlos por la fuerza, cuando se produjo la batalla, los estudiantes se hallaban tan alejados de Loyola como Sancho, simbólicamente, lo está de don Quijote (“estaba desviado de allí hablando con las que en el coche venían”)

¹²²⁶ Loyola 1947: 39: 348-349.

Sobre Peralta y Castro, los dos bachilleres que fueron expulsados violentamente del hospital y obligados a apartarse de Loyola (ambos “personas señaladas y muy conocidas”) se añade en el Relato una breve digresión sobre cosas que ocurrieron “algunos años después” .

Sobre el último, Amador, aparece la ya conocida información en la que se acusa a Loyola de haberle vuelto loco: “Levantáronse en París grandes murmuraciones, máxime entre españoles, contra el peregrino; y nuestro maestro de Govea, diciendo que había hecho loco a **Amador**, que estaba en su colegio, se determinó y lo dijo, la primera vez que viniese a santa Bárbara, le haría dar una sala por seductor de los escolares”.

Al vizcaíno Amador de Elduayen, que aquel año de 1528 “hizo los Ejercicios bajo la dirección del Santo”¹²²⁷, le influyó tanto Loyola que, en opinión de Govea, director o principal del Colegio, le “había hecho loco”, dato que explica la capacidad seductora de Loyola y la agresiva reacción de quienes se manifiestan abiertamente en su contra.

Loyola se encontraba, pues, alejado de los tres estudiantes. Los dos primeros, tras ser sacados del hospital, desaparecen del Relato, solo el tercero, Amador, permanece brevemente, y a él se refiere el repentino, audaz y simbólico cambio de plural a singular dado por el narrador de la novela respecto a las anteriormente mencionadas señoras del coche (“hablando con las que en el coche venían”)

Don Quijote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diciéndole.

La personalización del diálogo entre don Quijote y la señora vizcaína aparece relacionada con el desarrollo final del episodio con el vizcaíno Amador. Ambos (señora o estudiante) son personas ‘indefensas’, alejadas de sus respectivos domicilios y que, a pesar de la aparente debilidad que muestran (dentro del colegio o del coche), se encuentran fuertemente protegidas por un séquito que, en ambos casos, va a defenderlas del supuesto acoso persuasivo (“*Había persuadido nuestro B. Padre a muchos de sus condiscípulos que dejasen las malas compañías y las amistades fundadas más en sensuales deleites*”) con que Loyola se ganaba a los nuevos discípulos, a quienes tenía embaucados (“*le daría una sala si no cesaba de desviar a los estudiantes de sus estudios y traerlos (como los tenía) embaucados.*”)

Cervantes imita, guasonamente, dicha capacidad de ‘embaucar’, o de ‘engañar persuadiendo con mentiras’, poniendo en boca de don Quijote las siguientes palabras

-La vuestra fermosura, señora mía, puede facer de su persona lo que más le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo, derribada por este mi fuerte brazo; y porque no penéis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo don Quijote de la Mancha, caballero andante y aventurero, y cautivo de la sin par y hermosa doña Dulcinea del Toboso, y en pago del beneficio que de mí habéis **recibido**, no **quiero** otra cosa sino que volváis al Toboso y que de mi parte os presentéis ante esta señora y le digáis lo que por vuestra libertad he fecho.

Don Quijote ha utilizado para ‘seducir’ a la señora un lenguaje distinto al que venimos escuchando en los diálogos con Sancho, mucho más retórico, grandilocuente y libresco, pura chanza cervantina, parodia de las supuestas conversaciones de Loyola para ‘embaucar’ a los estudiantes, e inspirada en la no menos retórica cortesana de algunos fragmentos de los prolegómenos de la Vida con los que Ribadeneyra, abusando de tópicos hasta puntos de ridiculez semejantes a los de don Quijote, pretende seducir (o embaucar) a sus lectores

¹²²⁷ Loyola 1947: 18: 325.

*Así que todo lo que diremos de nuestro bienaventurado padre Ignacio manó, como río, de la fuente caudalosa de Dios; y pues Él es principio de bien tan soberano, también debe ser el fin dél y se le debe sacrificio de alabanza por lo que Él obró en este su siervo y en los demás, porque es tan grande su bondad y tan sobrada su misericordia para con los hombres, que sus mismos dones y **beneficios que él les hace los recibe por servicios, y quiere** que sean merecimientos de los mismos hombres. Lo cual los santos reconocen y confiesan, y en señal de este reconocimiento quitan de sus cabezas las coronas, que son el galardón y premio de sus merecimientos, y con profundísimo sentimiento de su bajeza y con humilde y reverencial agradecimiento, **postrados y derribados por el suelo**, las echan delante del trono de su acatamiento y soberana majestad.*

Según Ribadeneyra, los santos retornan a dios, en servicios, los dones, las coronas de santidad que él les otorga. Es una auténtica paranoia verbal, un exceso barroco y grandilocuente del que don Quijote, aunque distorsionando cómicamente la relación con la fuente, toma la idea de acatamiento en pago de los beneficios obtenidos

VIDA	QUIJOTE
<i>postrados y derribados por el suelo</i>	yace por el suelo, derribada
<i>dones y beneficios que él les hace los recibe por servicios</i>	en pago del beneficio que de mí habéis recibido
<i>y quiere que sean merecimientos de los mismos hombres</i>	no quiero otra cosa sino que volváis al Toboso y que de mi parte os presentéis

En su megalomanía paranoica, don Quijote cree haber liberado a la supuesta princesa de los secuestradores y, en pago de su acción, le insta a dirigirse al Toboso, a presentarse ante Dulcinea para decirle “lo que por vuestra libertad he fecho”. Aspira a que sus heroicas actuaciones en favor de los demás se transformen en méritos ante su ‘diosa’ Dulcinea, prácticamente la misma aspiración de Loyola tratando de rescatar a Amador de las malas influencias, apartándole del ‘mundo’ y guiándole por el camino del cielo, buscando, como don Quijote, ayudar a los demás y, al mismo tiempo, acumular méritos espirituales para sí mismo.

La reafirmación de don Quijote, su vanidosa y solemne declaración de identidad ("sabed que yo me llamo don Quijote de la Mancha, caballero andante y aventurero, y cautivo de la sin par y hermosa doña Dulcinea del Toboso") se corresponde con el liderazgo asumido por Loyola sobre el grupo en esos momentos de París.

Todas las particularidades añadidas (“caballero andante y aventurero, y cautivo”) son aplicables a Loyola, reconocido peregrino (caminante o andante), perteneciente al bando de los no ortodoxos, o aventureros, y cautivo de la virgen, a la que, tras el voto de castidad, se ha entregado y en nombre de quien realiza todos sus sacrificios.

En definitiva, el discurso arcaizante y retórico de don Quijote tratando de explicar y convencer a la señora de que cambie de rumbo y se dirija al Toboso, parodia las supuestas palabras que, en clave de Ribadeneyra, Loyola decía a sus discípulos para que también cambiaran de rumbo, para que abandonaran los estudios los días de fiesta y se entregaran al servicio de dios o de la virgen. Lenguaje caballeresco (“La vuestra fermosura, señora mía, puede facer de su persona lo que más le viniere en talante”) que adquiere las mismas formas persuasivas empleadas, según la Vida, por Loyola (“*Había persuadido nuestro B. Padre a muchos de sus condiscípulos que dejasen las malas compañías y las amistades fundadas más en sensuales deleites que en virtuosos ejercicios [...] por su consejo había dejado el colegio y los estudios y el mundo*”).

Actúan, pues, como dos héroes con objetivos paralelos: el primero alcanzar la santidad, el segundo conquistar el corazón de una dama ideal. Y los dos pretenden lograrlo haciendo permanentes ofrendas a dios y a la virgen, o a Dulcinea, por eso ninguno de ellos se preocupa de comprobar si sus envíos se cumplen, solo les interesa actuar, y que se reconozcan y glorifiquen sus hazañas.

CABALLERO QUE MAL ANDAS

La pretensión de don Quijote de hacer viajar al Toboso a la señora liberada encuentra la oposición de un escudero

Todo esto que don Quijote decía escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaíno, el cual, viendo que no quería dejar pasar el coche adelante, sino que decía que luego había de dar la vuelta al Toboso, se fue para don Quijote y, asiéndole de la lanza, le dijo, en mala lengua castellana y peor vizcaína, desta manera:

-Anda, caballero que mal andes; por el Dios que crióme, que, si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaíno.

Entendióle muy bien don Quijote, y con mucho sosiego le respondió:

-Si fueras caballero, como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura.

A lo cual replicó el vizcaíno:

-¿Yo no caballero? Juro a Dios tan mientes como cristiano. Si lanza arrojas y espada sacas, ¡el agua cuán presto verás que al gato llevas! Vizcaíno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes que mira si otra dices cosa.

-Ahora lo veredes, dijo Agrajes -respondió don Quijote"

El escudero es un 'vizcaíno', gentilicio con el que en tiempos de Cervantes solía denominarse a quienes "después se llamarían vascongados y, más tarde, desde el siglo XIX, vascos."¹²²⁸

Pues bien, este escudero vizcaíno va a asumir el doble papel de maestro y rector del colegio donde se desarrollan los acontecimientos objeto de la parodia. Volvamos a releer el fragmento central

*Viendo pues, el maestro del padre que su escuela quedaba medio desamparada, faltándole los discípulos, tomólo pesadamente y avisóle que mirase por sí y no se entremetiese en las vidas ajenas, y que no le desasosegase los estudiantes, si **no quería** tenerle por enemigo. **Tres veces fue por esto amonestado, mas no por eso dejó de llevar adelante su empresa y de convidar a sus condiscípulos a la frecuencia devota de los santos sacramentos. Trató esto el maestro con Diego de Govea, que era doctor teólogo y el que gobernaba el colegio de Santa Bárbara, donde nuestro padre estudiaba, que era como el rector, que allí llaman el principal, del colegio; el cual hizo que el maestro le amenazase de su parte y que le dijese que le daría una sala si no cesaba de desviar a los estudiantes de sus estudios y traerlos (como los tenía) embaucados.***

La actitud del escudero escuchando, como de soslayo, "esto que don Quijote decía", sugiere la forma en que "el maestro del padre" y el mismo Govea se ponen al corriente de la actividades de Loyola. Ellos también 'escuchan', 'oyen' y tratan, o deciden actuar, sobre "esto", sobre el problema creado por Loyola en el colegio. Comparemos los sutiles referentes

¹²²⁸ Juaristi 2012.

VIDA	QUIJOTE
<u>Trató esto el maestro con Diego de Govea, que era doctor teólogo y el que gobernaba el colegio de Santa Bárbara</u>	Todo <u>esto</u> que don Quijote decía escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, <u>que era vizcaíno</u>

Igual que en la Vida se dice sobre Govea “que era doctor”, sobre el escudero se apunta en la novela “que era vizcaíno”, dato que aunque no coincide con el origen del portugués Govea a quien el vizcaíno simboliza, sí actúa como una transposición pues, como ya hemos visto, Amador, el estudiante seducido por Loyola y que representa a la señora del coche, sí era ‘vizcaíno’.

Resulta igualmente alegórico, y sutilmente relacionado con el fragmento de la Vida, el resto de la explicación del narrador, conectado con la fuente gracias a ese gerundio (‘viendo’) que en ambas narraciones actúa como comprobante de los hechos atribuidos a Loyola, o a don Quijote, desencadenantes de la actuación de Govea, o del escudero. El paralelismo aparece, además, reforzado por las firmes actitudes de ambos protagonistas: Loyola, a pesar de las amonestaciones sigue “adelante”, don Quijote impide que el coche pase “adelante”

Dos situaciones análogas sugeridas por unos cuantos y casi imperceptibles referentes

VIDA	QUIJOTE
<u>Viendo pues, el maestro del padre que su escuela quedaba medio desamparada, faltándole los discípulos, tomólo pesadamente y avisóle que mirase por sí y no se entremetiese en las vidas ajenas, y que no le desasosegase los estudiantes, si <u>no quería</u> tenerle por enemigo. Tres veces fue por esto amonestado, mas no por eso <u>dejó de llevar adelante su empresa</u></u>	el cual, <u>viendo que no quería dejar pasar el coche adelante</u> , sino que decía que luego había de dar la vuelta al Toboso, se fue para don Quijote y, asiéndole de la lanza, le dijo, en mala lengua castellana y peor vizcaína, desta manera

Igual que el maestro, viendo que Loyola desasosegaba a los estudiantes, le amenaza con su enemistad, el vizcaíno, viendo que don Quijote no quería dejar pasar el coche, le coge de la lanza, le provoca formalmente antes de amenazarle de palabra.

La estrategia cervantina ha sido utilizar un grupo de palabras, similares a las existentes en el fragmento de la Vida, para construir un mensaje parecido al de Loyola que, a pesar de las reiteradas amonestaciones del maestro, “no por eso dejó de llevar adelante su empresa”, actitud semejante al hecho de que don Quijote “no quería dejar pasar el coche adelante”. Los dos se niegan a cumplir el mandato por el que se les amenaza. Además, Cervantes subraya el paralelismo con la expresión “no quería” existente en el fragmento de la Vida (“no quería”), tal vez con la idea de acumular referentes formales, signos visuales y acústicos que subrayen la línea paródica.

El vizcaíno, indignado ante la intención de don Quijote de cambiar el rumbo del viaje, se va hacia él y, tras cogerle la lanza, dice

-Anda, caballero que mal andes; por el Dios que crióme, que, si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaíno.

Algo así, en opinión de la crítica, como: “<<Vete, caballero, en hora mala, que, por el Dios que me crió, si no dejas el coche, es tan cierto que te matará este vizcaíno como estás ahí>>”¹²²⁹.

¹²²⁹ Quijote 1991: 26: 135.

Sin embargo, Dominique Aubier, teniendo en cuenta la imprecisión del texto y la lectura intuitiva, visceral y, a veces, genial que realizó en su controvertido trabajo, ofrece otra traducción y se plantea unas preguntas. En su opinión el “vasco dice literalmente: *Andad caballero, habéis tomado un mal camino. Por el Dios que me ha educado, que si no dejas el coche, así te matas como si fueras vasco.*

Según lo cual, el escudero habría identificado en el hidalgo a otro vasco. ¿No abandonar el coche equivaldría a suicidarse en tanto que vasco? ¿Por qué razón el hidalgo ha podido parecerle vasco al escudero el cual sí lo es?”¹²³⁰.

Además del gesto ofensivo de agarrar la lanza, don Quijote, que como se dirá enseguida ha entendido muy bien el mal hablado castellano, también comprende la amenaza de muerte y el doble chiste hecho a su costa por el escudero. Uno, derivado del lenguaje externo, al “decir *caballero que mal andes* a quien pretende ser caballero andante”¹²³¹, y otro, relacionado con el lenguaje profundo, al “decir *caballero que mal andes*” a quien, como alter ego de Loyola, debe cojear. No olvidemos que la obsesión y los sufrimientos a los que se sometió Loyola para ‘estirarse’ la pierna estaban relacionados con el deseo de seguir ‘el mundo’ como caballero.

Con esa información, más la versión ‘racionalista’ de Murillo y la intuitiva de Aubier, podría concluirse que el vizcaíno viene a decir algo así como

Vete, caballero que mal andas, por el Dios que me crió, si no dejas el coche, te mataré aunque seas vasco

Se trata de una audacia literaria (semejante a la expresión del ama en el capítulo cinco) sagazmente oculta entre “los vulgarismos léxicos y sintácticos”¹²³² del peculiar, y humorísticamente exagerado, dialecto vizcaíno, una idea turbia entre una amalgama de palabras mal interconectadas por una persona que no habla bien el idioma y a la que don Quijote entiende perfectamente como vizcaíno y, también, como protagonista de los hechos históricos a los que subrepticamente el escudero de la señora se refiere. Porque debe entenderse que el supuesto escudero de la supuesta señora representa a un vizcaíno sirviente de Amador, el estudiante vizcaíno subyugado por el vizcaíno Loyola y a quien éste no quería dejar escapar.

Podemos, pues, concluir, con Aubier, que el escudero ha identificado en don Quijote a otro vasco, pues los tres, señora, caballero y escudero, actúan como símbolos de los hechos históricos objeto de la imitación paródica de la novela, como lo prueba hasta el sutilísimo detalle del escudero de asir la lanza de don Quijote, el arma recompuesta que representa la permanente actitud doctrinal de Loyola, su lucha contra el cristianismo acomodaticio que ya practicó en Alcalá y Salamanca y que ahora repite entre los estudiantes de París, concretamente con el vizcaíno Amador, razón por la que fue doblemente amenazado por el rector del colegio, primero con una enemistad abierta (“*si no quería tenerle por enemigo*”) y, poco después, y ante su persistencia, con castigarle con una sala (“*si no cesaba de desviar a los estudiantes*”)

Ambas amenazas se basan en una condición de no hacer algo que, tanto Loyola como don Quijote, debían cumplir si no querían sufrir las consecuencias

VIDA	QUIJOTE
<i>tomólo pesadamente y avisóle que mirase por sí y <u>no se entremetiese en las vidas ajenas</u>, y que no le desasosegase los estudiantes, <u>si no quería tenerle por</u></i>	-Anda, caballero que mal andes; por el Dios que crióme, que, <u>si no dejas coche</u> , <u>así te matas</u> como estás ahí vizcaíno.

¹²³⁰ Aubier 1981: 171. Agradezco a Juan Sánchez Osorio el préstamo y sus brillantes comentarios.

¹²³¹ Quijote 1998: 56: 102.

¹²³² Paz Gago 1995: 153.

<i>enemigo [...]el cual hizo que el maestro le amenazase de su parte y que le dijese que le daría una sala si no cesaba de desviar a los estudiantes de sus estudios y traerlos (como los tenía) embaucados.</i>	
---	--

Todavía más sorprendente resulta el hecho de que la respuesta del vizcaíno se inspire, básicamente, en unas palabras atribuidas gratuitamente por Ribadeneyra a Loyola, porque la cáscara externa de la anécdota pertenece a otra hipotética batalla, también en París, concretamente a la ya conocida anécdota de Loyola metiéndose hasta los hombros en la laguna ‘*frigidísima*’ para salvar al hombre que vivía “*miserablemente perdido de unos amores deshonestos*”

Recordemos que dicho hombre, mientras se dirige a casa de su “*torpe y peligrosa amistad*”, escuchó de Loyola, sumergido en el agua hasta el cuello, las siguientes voces

<<Anda, desventurado, anda, vete a gozar de sus sucios deleites. ¿No ves el golpe que viene sobre ti de la ira de Dios? ¿No te espanta el infierno que tiene su boca abierta para tragarte? ¿ni el azote que te aguarda, y a toda furia va a descargar sobre ti? Anda, que aquí me estaré yo atormentando y haciendo y haciendo penitencia por ti, hasta que Dios aplaque el justo castigo que ya contra ti tiene aparejado.>> Espantóse el hombre con tan señalado ejemplo de caridad; paró, y herido de la mano de Dios, volvió atrás, confuso y atónito, apartóse de la torpe y peligrosa amistad de que primero estaba cautivo. (Vida V, II)

La reiterada utilización del imperativo y la amenazante evocación de dios puesta por Ribadeneyra en boca de Loyola, la toma Cervantes como motivo jocoso para que el escudero, tan vizcaíno como el propio Loyola, amenace e insulte a don Quijote echándole en cara una minusvalía freudianamente sugerida por Ribadeneyra al repetir hasta tres veces el verbo “andar”.

La conexión entre la anécdota y la figura del vizcaíno aparece ratificada por la amenaza (“*a toda furia va a descargar sobre ti*” / “*si no dejas coche, así te matas*”), por la frase de firmeza (“*aquí me estaré yo*” / “*como estás ahí vizcaíno*”) y por la expresión “**cautiva** criatura” con la que Cervantes ironiza sobre la rancia moralina de Ribadeneyra llamándole “**cautivo**” al amante poseído de la “*la torpe y peligrosa amistad*”

VIDA	QUIJOTE
<i>Anda, desventurado, anda,[...]¿No ves el golpe que viene sobre ti de la ira de Dios?[...] Anda, que aquí me estaré yo</i>	Anda , caballero que mal andes ; por el Dios que crióme, que, si no dejas coche, así te matas <u>como estás ahí vizcaíno</u>
<i>apartóse de la torpe y peligrosa amistad de que primero estaba cautivo</i>	yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura

La intención de don Quijote era, pues, cambiar el rumbo del coche de la señora (“**no quería dejar** pasar el coche”), mientras que la del vizcaíno era impedirselo con amenazas (“**si no dejas** coche”), dos ideas contrapuestas reflejo de la lucha entre Loyola y los profesores por el control de los estudiantes españoles de la universidad

*Viendo pues, el maestro del padre que su escuela quedaba medio desamparada, faltándole los discípulos, tomolo pesadamente y avisole que mirase por sí y no se entremetiese en las vidas ajenas, y que no le desasosegase los estudiantes, si no quería tenerle por **enemigo**. Tres veces fue por esto amonestado, mas **no por eso dejó de llevar adelante su**. (Vida II, III)*

Tanto Loyola como don Quijote son amenazados para que dejen de hacer algo y ambos responden, valerosamente, no haciendo caso. Igual ocurre con la introducción por Ribadeneira del concepto de ‘enemistad’ entre los contendientes (“*que no le desasosegase los estudiantes, si no quería tenerle por **enemigo***”), también imitado por Cervantes un poco más abajo

VIDA	QUIJOTE
<i>no por eso dejó de llevar adelante su empresa</i>	- no quería dejar pasar el coche - si no dejás coche
<i>si no quería tenerle por enemigo</i>	como si fueran dos mortales enemigos

En definitiva, la idea de Loyola de no renunciar a sus objetivos doctrinales, de continuar marcando el rumbo espiritual del estudiante Amador, resulta muy semejante a la de don Quijote tratando de imponer el rumbo del coche de la señora.

Ni Loyola ni don Quijote, convencidos de que la razón les asiste, ceden ante las amenazas de los dos ‘escuderos’, otra finísima sutileza con la que se asocia la función del rector-tutor defensor del estudiante hospedado en el colegio, con la del escudero defendiendo el espacio protegido de la princesa.

Se aprecia, además, otra ironía cervantina a cuenta de la tradicional costumbre de los vascos de jurar por dios. Aquí el vizcaíno lo hace dos veces, en la primera intervención (“por el Dios que crióme”) y en otra posterior (“Juro a Dios tan mientes como cristiano”), de forma que don Quijote, como alter ego de Loyola, reaccionará indignado por considerar ofensivo usar el nombre de dios en vano, así queda específicamente recogido en el libro de los Ejercicios: jurar en vano es pecado, sobre todo si se hace por dios y “no fuere con verdad, necesidad y reverencia”¹²³³.

En definitiva, don Quijote se encuentra, según el trasfondo de la obra, hablando con uno de sus paisanos, de ahí que haya captado todo lo dicho por el escudero, como corrobora acto seguido el narrador.

SOSEGADA RESPUESTA

Entendióle muy bien don Quijote, y con mucho **sosiego** le respondió:

-Si fueras caballero, como no lo eres, ya yo hubiera **castigado** tu sandez y atrevimiento, **cautiva** criatura.

A pesar de haber sido doblemente insultado por el vizcaíno, don Quijote responde “con mucho sosiego”, acomodándose a la templaza mostrada por Loyola ante el doctor Govea que, según Ribadeneira, le pidió varias veces “*que no le desasosegase los estudiantes*”, aunque él siguió a lo suyo

*tomólo pesadamente y avisóle que mirase por sí y no se entremetiese en las vidas ajenas, y que no le desasosegase los estudiantes, si no quería tenerle por **enemigo**. Tres veces fue por esto amonestado, mas **no por eso dejó** de llevar adelante su empresa y de convidar a sus condiscípulos a la frecuencia devota de los santos sacramentos. Trató esto el maestro con Diego de Govea, que era doctor teólogo y el que gobernaba el colegio de Santa Bárbara, donde nuestro padre estudiaba, que era como el rector, que allí llaman el principal, del colegio; el cual hizo que el maestro le amenazase de su parte y que le dijese que le daría una sala si no cesaba de desviar a los estudiantes de sus estudios y traerlos (como los tenía) embaucados. Llamen sala en París dar un cruel y ejemplar **castigo** de azotes [...] Irritado, pues, Govea con estas palabras del*

¹²³³ Loyola 1991: 38: 233.

*maestro, y lleno de ira y enojo, determina de hacer en él aquel público castigo, como en un alborotador y revolvedor de la paz y **sosiego** común.*

Según se aprecia en lo subrayado, Loyola fue amenazado a través de un intermediario del “*principal*” (“*de su parte*”), pero solo amenazado, pues el castigo que recibirá después se lo impone y ejecuta el mismo Govea, “*que gobernaba el colegio*”. Por esa razón don Quijote no desea enfrentarse con el vizcaíno, pues por ahora solo representa a uno de los maestros del colegio, no al “*principal*”, que es con quien deberá hacerlo para cumplir la imitación.

Además del contenido paródico paralelo, los diálogos siguen matizados por un continuo goteo de referentes formales que ratifican la relación, que sugieren una conexión y un simbolismo constantemente sostenido por el conjunto alegórico de todo lo precedente

VIDA	QUIJOTE
-no le desasosegase los estudiantes - revolvedor de la paz y sosiego común	con mucho sosiego le respondió
- <i>Lllaman sala en París dar un cruel y ejemplar castigo de azotes</i> - <i>El cual afrentoso y riguroso castigo</i> - <i>público castigo, como en un alborotador y revolvedor de la paz y sosiego común</i>	ya yo hubiera castigado tu sandez

Así como en la Vida, tras varias amenazas, se demora el enfrentamiento, don Quijote sigue conteniéndose y respondiendo serenamente a un ‘enemigo’ que, sintiéndose insultado, provoca la definitiva batalla.

RÉPLICA DEL VIZCAÍNO

A lo **cual** replicó el vizcaíno:

-¿**Yo** no caballero? Juro a **Dios tan** mientes **como** cristiano. Si lanza arrojas y espada sacas, ¡el agua cuán presto **verás** que al gato llevas! Vizcaíno por tierra, hidalgo por **mar**, hidalgo por el diablo, y mientes que mira si otra dices **cosa**.

-**Ahora lo veredes, dijo** Agrajes -**respondió** don Quijote.

La indignación del vizcaíno, como subraya la retórica pregunta (“¿Yo no caballero?”), la ha provocado don Quijote al negar una nobleza que, por fuero, era otorgada, en las diferentes regiones Vascongadas, “a todos sus hijos por igual [...] no habiendo separación entre nobles y plebeyos”¹²³⁴.

No obstante, el juramento del vizcaíno (‘traducido’ habitualmente como: “Juro a Dios, como cristiano, que mientes”¹²³⁵) también podría entenderse, leído literalmente, como una acusación proverbial contra los cristianos (“mientes como cristiano”) pues, precisamente, en el trasfondo del burlesco diálogo, late una profunda crítica a la falta de ética y a la inmoralidad del mentiroso compulsivo Ribadeneyra.

En efecto, tras la amenazante intervención del vizcaíno, don Quijote responde con una fórmula proverbial que, aunque atribuida al personaje de Amadís, nunca aparece “en el texto conservado”¹²³⁶ porque se trata de otra invención cervantina, otra adaptación, de nuevo tipo cómic, con la que, resaltando el tema caballeresco de la novela, se alude, realmente, al palpitante trasfondo religioso, a otra anecdótica y fantástica manipulación de la Vida perteneciente al momento actual de la parodia y, más concretamente, al

¹²³⁴ Aguirre Anguiano 2005.

¹²³⁵ Quijote 1991: 27: 136.

¹²³⁶ Quijote 1998: 59: 102.

segundo año de permanencia de Loyola en París. Conozcamos la breve información recogida al respecto en el Relato

En aquel tiempo del curso no le perseguían **como** antes. Y a este propósito, una vez le **dijo** el doctor Frago que se maravillaba de que anduviese **tan** tranquilo, sin que nadie le molestase. Y él le **respondió**: -La **cosa** es porque **yo** no hablo con nadie de las **cosas** de **Dios**; pero, terminado el curso, volveremos a lo de siempre. (R, 82)

Veamos ahora la versión realizada por Ribadeneyra de tan conciso diálogo entre el doctor Frago y Loyola

Y como en este tiempo tuviese mucha paz y ninguno le persiguiese, díjole un amigo suyo : - ¿No veis Ignacio lo que pasa? ¿Qué mudanza es esta? ¿Después de tan gran tormenta tanta bonanza? Los que poco ha os querían tragar vivo y os escupían en la cara, ahora os alaban y os tienen por bueno; ¿qué novedad es esta? - Al cual él respondió: - No os maravilléis deso; dejadme acabar el curso y lo veréis todo al revés; ahora callan porque yo callo, y porque yo estoy quedo están quedos; en queriendo hablar o hacer algo, luego se levantará la mar hasta el cielo y bajará hasta los abismos; y parecerá que nos ha de hundir y tragar. Y así fue como él lo dijo, porque, acabado el curso de la Filosofía, comenzó a tratar con más calor del aprovechamiento de las ánimas, y luego se levantó una tormenta grandísima, como en el capítulo siguiente se dirá. (Vida II, I)

El análisis comparativo de ambos textos nos revela a un Ribadeneyra efectista, manipulador y sin el menor atisbo de ética porque, al margen de esa literatura catastrofista y extremadamente maniquea y partidista, desubica la información colocándola, como vimos, antes del momento que le corresponde.

El caso es que Cervantes, una vez más, capta la diferencia entre el original y la versión de la Vida y, en plan cuchufleta, suponiendo que el vizcaíno ha escuchado, no a don Quijote, sino lo que Ribadeneyra ha puesto en boca de Loyola, le dice: “mientes como cristiano” pues, efectivamente, siendo sacerdote y habiendo hecho al inicio de la obra una declaración de intenciones en la que destaca, por encima de todo, el respeto escrupuloso del principio de veracidad, comparaciones como esta demuestran que ‘miente como un bellaco’

Es en la respuesta de don Quijote donde se aprecia el paralelismo, la intencionalidad burlesca, acrecentada por Cervantes con el arcaísmo y la mención de Agrajes, nombre con ciertas concomitancias fonéticas con Frago y que, al encuadrarse en el mundo de lo caballeresco, resulta tan falso como la información de la Vida.

RELATO	VIDA	QUIJOTE
una vez le dijo el doctor Frago [...] Y él le respondió :	<i>él respondió: - No os maravilléis deso; dejadme acabar el curso y lo veréis todo al revés; ahora callan porque yo callo</i>	-Ahora lo veredes , dijo Agrajes - respondió don Quijote

Ribadeneyra atribuye a Loyola una frase, totalmente inventada, que Cervantes reutiliza para la respuesta de don Quijote al vizcaíno, de ahí que éste le acuse de mentiroso.

SALA DE GOVEA

La primera parte de la estancia de Loyola en París finaliza con la amenaza de Govea que, como vimos, puede resumirse así: Las continuas faltas a clase en los días de fiesta de los compañeros de Loyola, dedicados, por su consejo, a virtuosos ejercicios, provocan la indignación del maestro del colegio y el consiguiente aviso para que deje de

desasosegar a los estudiantes. Como no hace caso, el maestro lo pone en conocimiento del rector del colegio, Diego de Govea, el cual le amenaza, a través del mismo maestro, con darle un escarmiento ejemplar. Loyola sigue en sus trece y el maestro vuelve a quejarse porque “en son de santidad” le tenía revuelto todo el colegio. El detonante del castigo fue la formidable influencia ejercida sobre Amador, de quien sabemos, por el Relato, que era vizcaíno. Como las advertidas no sirven, el rector acuerda por fin sancionarle con una sala: “Llaman sala en París dar un cruel y ejemplar castigo de azotes públicamente por mano de todos los preceptores que hay en el colegio, convocando a este espectáculo todos los estudiantes que en él hay en una sala.”

Aunque el correctivo se organizó en secreto, Loyola llegó a enterarse poco antes de su ejecución y, en vez de huir del colegio, se presentó ante Govea proclamando su inocencia y deseoso de sufrir y padecer por Cristo, pero rogándole, al mismo tiempo, que, por amor a los más jóvenes, no diera tan mal ejemplo en un colegio cristiano. Ante respuesta tan inesperada, Govea, siempre según Ribadeneyra, cambió de parecer repentinamente y, acompañado de Loyola, se presentó en el aula donde se les esperaba para el castigo. Allí, en presencia de los estudiantes, se arrodilló ante Loyola, le pidió perdón y promulgó a voces su santidad.

De forma resumida ese es el contenido sobre el que recae la parodia del final de este capítulo octavo y una parte importante del noveno pues allí será donde Cervantes ponga fin al episodio del vizcaíno.

La información de las fuentes sobre dicho episodio resulta muy diferente. En el Relato, como vimos, solo aparece una escueta mención

Levantáronse en París grandes murmuraciones, máxime entre españoles, contra el peregrino; y nuestro maestro de Govea, diciendo que había hecho loco a Amador, que estaba en su colegio, se determinó y lo dijo, la primera vez que viniese a santa Bárbara, le haría dar una sala por seductor de los escolares.

Es todo cuanto se dice. La restante información procede de la Vida, que dedica a esos hechos un capítulo íntegro y lleno de tantos detalles y fantasías que su credibilidad resulta más que dudosa.

En ellos se apoya Cervantes, pero de forma tan sutil y desordenada que solo la visión conjunta del contenido y la ayuda de los escasos referentes formales y semánticos revela la clara voluntad imitativa.

MORTALES ENEMIGOS

Ante el reto del vizcaíno, don Quijote devuelve la amenaza y se lanza al ataque

Y, **arrojando** la lanza en el suelo, sacó su espada y embrazó su rodela, y arremetió al vizcaíno, con **determinación** de quitarle la **vida**. El vizcaíno, que así le vio **venir**, aunque **quisiera** apearse de la mula, que, por **ser** de **las malas** de alquiler, **no había** que fiar en ella, **no pudo** hacer otra **cosa** sino sacar su espada; pero avínole **bien que** se halló **junto** al coche, **de donde pudo tomar** una almohada que le **sirvió** de escudo, y **luego** se fueron el uno por el otro, como si fueran **dos** mortales **enemigos**.

Casi a cámara lenta el narrador describe un encontronazo que, a pesar de la aparente inmediatez con que se anuncia (“arremetió al vizcaíno, con **determinación** de quitarle la vida”), luego se ralentiza con una serie de digresiones que alargan la acción del enfrentamiento hasta el final del capítulo para así parodiar el contenido de la amplia información de la Vida, el momento en que Loyola, ya dentro del colegio y al corriente de la amenaza de sala que pesa sobre él, se presenta animoso ante el doctor Govea

*Con esta resolución se va al doctor Govea, que aún no había salido de su aposento, y declárale todo su ánimo y **determinación**, diciéndole que ninguna*

*cosa en esta **vida** le podía venir a él más dulce y sabrosa que ser azotado y afrentado por Cristo.*

Así como Loyola se planta ante Govea para declararle “*su ánimo y **determinación**...en esta **vida**”*, don Quijote se planta ante el vizcaíno “con **determinación** de quitarle la **vida**”, frase hecha que, como los referentes sugieren (‘determinación’ / ‘vida’), mantiene cierto paralelismo con la acción de Loyola, sobre todo porque en ambos casos los otros protagonistas del enfrentamiento, Govea y el vizcaíno, actúan como guardianes, o defensores, de los estudiantes, o princesas, a quienes protegen respectivamente.

No resulta casual que don Quijote, de entrada, haya arrojado al suelo la lanza, símbolo de la predicación, del adoctrinamiento de los discípulos que ahora deja de realizar para cambiarla por la espada del cuerpo a cuerpo, del enfrentamiento directo con el ‘enemigo’, con Govea y su pretensión de no dejarle adoctrinar a los estudiantes

VIDA	QUIJOTE
<i>y declárale todo su ánimo y determinación, diciéndole que ninguna cosa en esta vida le podía venir a él más dulce y sabrosa</i>	Y, arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada y embrazó su rodela, y arremetió al vizcaíno, con determinación de quitarle la vida

A la actitud de don Quijote preparado para atacar con la espada, el vizcaíno responde sacando también la suya, preparándose, como Govea con las varas, para el momento en el que Loyola entre en el colegio. Se parodia el ‘verlo venir’, el esperar ‘furioso’ y la determinación de público castigo

VIDA	QUIJOTE
<i>Irritado, pues, Govea con estas palabras del maestro, y <u>lleno de ira y enojo</u>, determina de hacer en él aquel público castigo, como en un alborotador y revolvedor de la paz y sosiego común; y así manda que, en viniendo Ignacio al colegio, se cierren las puertas dél, y a campana tañida se junten todos y le echen mano y se <u>aparejen las varas con que le han de azotar</u></i>	El vizcaíno, que así le vio venir , aunque quisiera apearse de la mula, que, por ser de las malas de alquiler, no había que fiar en ella, no pudo hacer otra cosa sino <u>sacar su espada</u>
<i>determina de hacer en él aquel público castigo</i>	no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada

El verbo ‘hacer’ señala, por un lado, la determinación ofensiva de Govea contra Loyola y, por otro, la acción correlativa del vizcaíno sacando su espada contra don Quijote, aunque el narrador, ralentizando de nuevo la acción, introduce más información relativa a los preparativos del escudero

pero avínole **bien que** se halló **junto** al coche, **de donde pudo tomar** una almohada que le **sirvió** de escudo, y **luego** se fueron el uno por el otro, como si fueran **dos** mortales **enemigos**.

El coche donde se haya protegida la señora, representación simbólica del colegio de santa Bárbara donde se haya protegido Amador, “avínole bien” al vizcaíno porque, hallándose junto a él, de allí “pudo tomar una almohada que le sirvió de escudo”, igual que Govea, dentro también del colegio, ‘junta’ a la gente, se escuda en ella, para iniciar

la acción contra Loyola. El referente clave es el concepto ‘juntar’ que, en ambos textos, propicia la acción protectora de cada uno de los sujetos

VIDA	QUIJOTE
<i>y así manda que, en viniendo Ignacio al colegio, se cierren las puertas dél, y a campana tañida se juntén todos y le echen mano y se aparejen las varas con que le han de azotar [...] No se pudo tomar esta resolución tan secretamente, que no llegase a oídos de algunos amigos de nuestro B. Padre, los cuales le avisaron <u>que se guardase</u></i>	pero avínole bien que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada <u>que le sirvió de escudo</u> , y luego se fueron el uno por el otro, como si fueran dos mortales enemigos

También la expresión “pudo tomar”, presente en ambos textos y asociada a la acción de ‘guardarse’ y a su correlativo “escudo”, incide en la idea del desarrollo simbólico paralelo, en la protección de Loyola (“*le avisaron que se guardase*”) y la del vizcaíno (“una almohada que le sirvió de escudo”), trasunto de Govea, ante quien Loyola se presenta encontrándose aquel en su aposento donde, lógicamente, debía encontrarse la almohada correspondiente a la cama, pues aposento “Trae origen del nombre *posa*, que vale descanso y cesación”¹²³⁷

VIDA	QUIJOTE
<i><u>Y así, luego, sin perder punto, se fue</u> al colegio, donde le estaba aparejada la ignominia y la cruz</i>	<u>y luego se fueron el uno por el otro</u>
<i>no le desasosegase los estudiantes, si no quería tenerle por enemigo</i>	como si fueran dos mortales enemigos

La decisión de Loyola de dirigirse al colegio donde deberá enfrentarse a Govea se describe en la Vida de forma semejante (“***Y así, luego, sin perder punto, se fue***”) a como Cervantes narra la vuelta a la acción del encontronazo (“***y luego se fueron el uno por el otro***”), incluido el concepto de ‘enemistad’, también presente en la Vida.

Recordemos que don Quijote se había fabricado la lanza de la rama de un árbol a la que añadió el hierro de la vieja lanza destrozada, símbolo de la nueva lucha espiritual de Loyola, de la creación de un movimiento basado en la tradición humanista y la regeneración de la Iglesia. Por eso el vizcaíno le ha pedido ante todo a don Quijote que se aparte del camino y arroje la lanza (“Si lanza arrojas”), en paralelo a la orden de los maestros exigiendo a Loyola que deje de embaucar a los estudiantes si no quiere verse castigado.

Ribadeneyra recoge el ambiente y la expectación a partir del momento en que Loyola entra en el colegio y se cierra la puerta

*Ciérranle las puertas en estando dentro, hacen señal con la campana, acuden **todos los condicípulos**, vienen los **maestros con sus manojos de varas** (con que en París suelen azotar), allégase **toda la gente** y júntase en el general, que se había de ejecutar **esta rigurosa sentencia**.*

Siguiendo el discurrir de las fuentes, nos encontramos en el momento en que Loyola, tras entrar en el colegio, va a ser castigado por “***todos los condiscípulos***” y “***toda la***

¹²³⁷ Covarrubias: Tesoro 1993.

gente”, los mismos que, simbólicamente, van a ser amenazados por el vizcaíno si no le dejan cumplir con su simbólico propósito de ejecutar la ‘*rigurosa sentencia*’ que pesaba sobre Loyola.

AMA Y LOS DEMÁS

En efecto, una vez descrita la situación de los contendientes, el narrador presta atención a la gente que les rodea

La demás gente quisiera ponerlos en paz, mas no pudo, porque decía el vizcaíno en sus mal trabadas razones que si no le dejaban acabar su **batalla**, que él mismo había de matar a su **ama** y a **toda la gente** que se lo estorbase.

En contra de la concurrencia que, como buenos cristianos, quieren ponerlos en paz, el vizcaíno, siguiendo el hilo de las fuentes, solo desea “acabar su batalla”, expresión con la que hace referencia a su lucha personal con don Quijote, pero con la que, como ya vimos, vuelve a evocar el Relato (“los españoles comenzaron a dar **batalla** a los dos maestros”) y la idea de contienda, del enfrentamiento de Loyola con los tutores de los estudiantes.

Es tal la furia del vizcaíno que amenaza con “matar a su **ama** y a **toda la gente** que se lo estorbase”, otra apreciación con la que vuelve a informarse de la expectación (“*allégase toda la gente*”) existente en el colegio, donde todos los maestros, cristianos, lejos de intentar la solución pacífica sugerida, irónicamente, por la frase del narrador “quisiera ponerlos en paz”, se encontraban preparados “*con sus manojos de varas*” para ejecutar la azotaina colectiva

VIDA	QUIJOTE
<i>Ciérranle las puertas en estando dentro, hacen señal con la campana, <u>acuden todos los condiscípulos</u>, vienen los maestros con sus manojos de varas (con que en París suelen azotar), <u>allégase toda la gente</u> y <u>júntase en el general</u>, que se <u>había de ejecutar esta rigurosa sentencia</u></i>	La demás gente quisiera ponerlos en paz, mas no pudo, porque decía el vizcaíno en sus mal trabadas razones que si no le dejaban acabar su batalla , que él mismo había de matar a su ama y a toda la gente que se lo estorbase

La furia del vizcaíno contiene, además, otro exquisito detalle. Igual que nadie en el colegio (“*allégase toda la gente* y *júntase*”) se opuso a la flagelación, tampoco en la novela nadie intenta detener la pendencia, tal vez acobardados por la temible amenaza del vizcaíno de “matar a su **ama** y a toda la gente que se lo estorbase”.

Hemos identificado a la señora del coche, a quien don Quijote pretende liberar de sus secuestradores, con Amador, el estudiante vizcaíno residente en el colegio de santa Bárbara que al ser seducido por Loyola provocó la reacción de Govea, director del colegio, y la amenaza de sala que actúa como trasfondo de todo el episodio.

Pues bien, la amenaza del vizcaíno de “matar a su **ama**” vuelve a ser otro genial detalle críptico con el que el narrador, gracias a la ambivalencia del lenguaje, sugiere, como en el caso de ‘cata’, la lectura en masculino de un hipocorístico (“su ama”) con el que el vizcaíno se refiere, familiar y afectuosamente, a su protegido ‘Amador’.

Ama o Amador, discípulo y admirador de Loyola, debía estar en contra de que se le azotara, razón por la que el escudero, en un acto de guasona furia y como trasunto del indignado Govea, está dispuesto a matar a toda la gente, incluida “su ama”, si le impiden “acabar su batalla”, fundamentalmente porque debe cumplir con el desarrollo de los sucesos ocurridos en el colegio, con el encuentro final de Loyola y Govea ante el expectante público preparado para contemplar y ejecutar la ‘sala’.

Pero lejos de llevarse a término, el castigo, siempre según Ribadeneyra, finalizó de forma inesperada

*Sin dejarle hablar más palabra, tómale de la mano el doctor Govea, llévale a la pieza donde los maestros y discípulos le estaban esperando, y súbitamente puesto **allí** (con **admiración y espanto de** todos los presentes) se arroja a los pies de Ignacio*

Ribadeneyra plantea el episodio como una historia caballerescas, con un desarrollo intrigante y una expectación que Cervantes aprovecha hábilmente, pues la “**admiración y espanto**” causada por Govea al arrojarse a los pies de Ignacio, motivan la ‘admiración y temor’ que provoca en la señora la inminente batalla entre don Quijote y el vizcaíno

La señora del coche, **admirada y temerosa de** lo que veía, hizo al cochero que se desviase de **allí** algún poco

Cervantes repite hasta el adverbio ‘allí’ que, gracias a su indeterminación, permite una supuesta y metafórica identificación con el lugar de la fuente

VIDA	QUIJOTE
<i>llévale a la pieza donde los maestros y discípulos le estaban esperando, y súbitamente puesto allí (con admiración y espanto de todos los presentes) se arroja a los pies de Ignacio</i>	La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veía, hizo al cochero que se desviase de allí algún poco

Tanto los espectadores del colegio parisino como la señora del coche contemplan las respectivas escenas sorprendidos, temerosos y situados en un ‘allí’ que les aleja, cautelosamente, del lugar de la dramática acción, de la tensión ambiental pretendida en ambos textos e inmediatamente corroborada por el narrador de la novela con más información sobre la distancia y severidad del suceso

y desde lejos se puso a mirar la **rigurosa contienda**

La firme determinación del vizcaíno se corresponde con la de Govea, tan decidido que ya tenía preparada toda la parafernalia del castigo: había sonado la campana, llegado los discípulos y los maestros con sus varas, y toda la gente se encontraba dispuesta para asistir a la ejecución de la “**rigurosa sentencia**”, una calificación sobre la severidad y crueldad del acto que coincide total e irónicamente con la del narrador de la novela

VIDA	QUIJOTE
<i>- El cual afrentoso y riguroso castigo no se suele dar sino a personas inquietas -allégase toda la gente y júntase en el general, que se había de ejecutar esta rigurosa sentencia</i>	y desde lejos se puso a mirar la rigurosa contienda

Acto seguido el narrador describe las consecuencias de la contienda

desde lejos se puso a mirar la rigurosa contienda, en el discurso de la cual dio el vizcaíno una gran cuchillada a don Quijote encima de un hombro, por encima de la rodela, que, a dársela sin defensa, le abriera hasta la cintura. Don Quijote, que **sintió** la pesadumbre de aquel desafortado golpe, **dio una gran voz, diciendo**

Volvamos al fragmento en que Govea, enojado contra Loyola por haber seducido a Amador, decide darle una sala “y así manda que, en viniendo Ignacio al colegio, se cierren las puertas dél, y a campana tañida se junten todos y le echen mano y se aparejen las varas con que le han de azotar. No se pudo tomar esta resolución tan secretamente, que no llegase a oídos de algunos amigos de nuestro B. Padre, los cuales

*le avisaron que se guardase. Más él, lleno de regocijo, no quiso perder tan buena ocasión de padecer y venciéndose, triunfar de sí mismo. Y así, luego, sin perder punto, se fue al colegio, donde le estaba aparejada la ignominia y la cruz. **Sintió** bien Ignacio que rehusaba su carne la carrera, y que perdía el color, y temblaba; mas él, hablando consigo mismo, decíale así".*

La emboscada urdida por Govea habría arrojado peores resultados si Loyola, gracias al aviso de sus amigos, no hubiera paralizado el acto, no se hubiera 'guardado', presentándose en el aposento de Govea. Ese es el núcleo de la acción que Cervantes transforma en la primera y gran cuchillada que el vizcaíno asesta en el hombro de don Quijote, golpe que no llega a tener mayores consecuencias gracias a la rodela, a la defensa que impidió, como el aviso de Loyola, que "le abriera hasta la cintura".

Pero ¿qué hace Ignacio al conocer la inminente amenaza? Se siente desfallecer y se anima a sí mismo ("**Sintió** bien Ignacio que rehusaba su carne la carrera, y que perdía el color, y temblaba; mas él, hablando consigo mismo, decíale así"), respuesta casi idéntica a la de don Quijote: "**sintió** la pesadumbre de aquel desafortado golpe, dio una gran voz, diciendo"

El rehuir el castigo, la pérdida de color, el temblor, todo ese conjunto de sensaciones de recelo, tan literariamente vividas por Loyola ante el riesgo, las unifica Cervantes en el concepto, más genérico, de "pesadumbre", al que añade el verbo 'sentir', también presente en el fragmento de la Vida, e incluso el hecho de hablar consigo mismo y reseñarlo en estilo directo

VIDA	QUIJOTE
<i>No se pudo tomar esta resolución tan secretamente, que no llegase a oídos de algunos amigos de nuestro B. Padre, los <u>cuales le avisaron que se guardase [...]</u> Sintió bien que <u>rehusaba su carne la carrera y que perdía el color y que temblaba; mas él, hablando consigo mismo, le decía</u></i>	dio el vizcaíno una gran cuchillada a don Quijote encima de un hombro, por encima de la rodela, que, <u>a dársela sin defensa</u> , le abriera hasta la cintura. Don Quijote, que sintió la <u>pesadumbre</u> de aquel desafortado golpe, <u>dio una gran voz, diciendo</u>

Pero, además, sobre el trasfondo de la encerrona en el colegio de santa Bárbara, vuelven a flotar importantes flecos de la ya comentada anécdota del agua "*frigidísima*". De hecho, los aspectos más disparatados del lenguaje caballeresco del narrador parodian otras tantas desmesuras correspondientes a dicha anécdota, situada cronológicamente por las mismas fechas y que volvemos a contrastar con la novela

VIDA	QUIJOTE
<i>é intrase el B. Padre dentro del agua <u>frigidísima hasta los hombros</u>, y <u>viéndole desde allí pasar, le dijo a grandes voces:</u> "Anda, desventurado, anda, vete a gozar de sus sucios deleites. ¿No ves el golpe que viene sobre ti <u>de la ira de Dios</u>? ¿No te espanta el infierno que tiene su boca abierta para tragarte? ¿ni el azote que te aguarda, y <u>a toda furia va a descargar sobre ti</u>?"</i>	La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veía, hizo al cochero que se desviase de <u>allí</u> algún poco, y <u>desde lejos se puso a mirar</u> la <u>rigurosa contienda</u> , en el discurso de la cual dio el vizcaíno una gran cuchillada a don Quijote encima de un hombro , por encima de la rodela, que, a dársela sin defensa, le abriera hasta la cintura. Don Quijote, que sintió la pesadumbre de aquel <u>desafortado golpe</u> , <u>dio una gran voz, diciendo</u>

A pesar de la aparente diferencia entre estilo y contenido, sorprenden las coincidencias. Hagamos la comparación siguiendo el discurso de la novela, donde la “señora del coche” se desvía un poco del lugar de la ‘contienda’ para contemplarla desde lejos, de forma semejante a como lo hace Loyola que, sumergido en el agua, ve “*desde allí pasar*” al susodicho pecador.

Iniciado el combate, el vizcaíno da una cuchillada a don Quijote por “encima de un **hombro**”, parte del cuerpo hasta donde, precisamente, cubre el agua a Loyola (“*hasta los hombros*”), coincidencia eventual que nos dispone para el paralelismo central entre el calificado en la novela como “desaforado **golpe**”, y “*el golpe...de la ira de Dios... el azote que te aguarda, y a toda furia va a descargar sobre ti*” con el que Loyola amenaza al pecador pues, según Covarrubias, ‘desaforado’, el calificativo empleado en la novela, es “el airado”, el encolerizado, y viene de ‘ira’, vocablo incluido por Ribadeneyra en la amenazante exclamación (“*la ira de Dios*”) que pone en boca de Loyola.

Si exageradas resultan las consecuencias de un golpe que, de no ser por la rodela, “**abriera** hasta la cintura” a don Quijote, mucho más excesivo y amedrentador parece “*el infierno que tiene su boca abierta para tragarte*”, dos frases comeocos que, además del objetivo asustante, tienen en común el verbo ‘abrir’.

Si a todo ello le añadimos la utilización del calificativo “rigurosa”, en consonancia con las dos veces en que aparece repetido en el capítulo núcleo de la Vida, más el alto tono de voz en que hablarán ambos protagonistas, el resultado es una exhaustiva imitación paródica con la que Cervantes pone de manifiesto la cercanía entre dos estilos y lenguajes tan aparentemente distintos

VIDA	QUIJOTE
<i>Viéndole desde allí pasar</i>	se desvía de allí algún poco, y desde lejos se puso a mirar
<i>-riguroso castigo</i> <i>-rigurosa sentencia</i>	rigurosa contienda
<i>dentro del agua frigidísima hasta los hombros</i>	una gran cuchillada a don Quijote encima de un hombro
<i>tiene su boca abierta para tragarte</i>	le abriera hasta la cintura
<i>No ves el golpe que viene sobre ti de la ira de Dios[...] y a toda furia va a descargar sobre ti</i>	sintió la pesadumbre de aquel desaforado golpe
<i>le dijo a grandes voces</i>	dió una gran voz, diciendo

SUPLICANDO AMPARO

Además del simbolismo del golpe, tanto el pasaje de la Vida como el de la novela se desarrollan en un ambiente de contienda en el que ambos contrincantes imploran protección

-¡Oh **señora** de **mi** alma, Dulcinea, flor de la fermosura, **socorred** a este vuestro caballero, que por satisfacer a la vuestra mucha bondad en **este riguroso** trance se halla!

Como siempre que se enfrenta a un peligro, don Quijote invoca el socorro de su dama y lo hace, también como siempre, imitando a los caballeros que, en los libros, piden ayuda a dios, o a su señora

se arrojó delante del divino acatamiento en oración, y encendido allí con fervor de la fe, comenzó a dar voces y a decir en grito: - Socorredme, Señor, socorredme, Dios mío. (Vida I, VI)

Don Quijote, además de hacer la petición de socorro, califica el trance, como ya hiciera el narrador, de riguroso, coincidiendo de nuevo con las dos veces que se hace en la Vida, donde también encontramos, aunque en otro capítulo, el vocablo “trance” utilizado de forma no menos caballeresca (“*Librado ya deste peligroso trance.*” Vi. I, I)

VIDA	QUIJOTE
<i>Comenzó a dar voces y a decir en grito</i>	dio una gran voz, diciendo
<i>Socorredme, Señor, socorredme, Dios mío</i>	Oh señora de mi alma, Dulcinea, flor de la ferrosura, socorred a este vuestro caballero
- <i>El cual afrentoso y riguroso castigo</i> - <i>ejecutar esta rigurosa sentencia</i> - <i>deste peligroso trance</i>	que por satisfacer a la vuestra mucha bondad en este riguroso trance se halla

Tras la invocación a Dulcinea, don Quijote se lanza, por fin, contra el vizcaíno

El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse **bien** de su rodela, y el arremeter al vizcaíno, **todo** fue un tiempo, llevando **determinación** de aventurarlo **todo** a la de un golpe solo.

La determinación de aventurar el combate a un solo golpe vuelve a ser una versión paródica de la primorosa entelequia de la Vida, concretamente de la decisión de Loyola de plantarse ante Govea y jugarse la amenaza del castigo a una sola carta: en vez de intentar escapar de la ‘sala’, se presenta voluntario ante Govea para exponerle su inclinación gustosa al sacrificio por Cristo aunque, también, y sin intención de librarse del castigo, muestra su rechazo a un deplorable espectáculo que considera un mal ejemplo para jóvenes en un colegio cristiano.

Los escasos referentes y el discurrir paralelo de la acción en ambos textos, resultan suficientes para mantener el desarrollo paródico

VIDA	QUIJOTE
<i>declárale todo su ánimo y determinación, diciéndole que ninguna cosa en esta vida le podía venir a él más dulce y sabrosa que ser azotado y afrentado por Cristo</i>	El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al vizcaíno, todo fue un tiempo, <u>llevando determinación de aventurarlo todo</u> a la de un golpe solo.

Igual que Ribadeneira coloca una larguísima y fantasiosa digresión previa a la determinación de Loyola de plantarse ante Govea, el narrador de la novela ha enumerado puntualmente los detalles de la acción de don Quijote para concluir con una ‘determinación’ idéntica, plantarse frente a los ‘enemigos’, confiar audazmente en un único recurso.

VIÉNDOLAS VENIR

Tras la información sobre don Quijote, el narrador vuelve la vista hacia el contrincante

El vizcaíno, que así le vio **venir** contra él, bien entendió por su denuedo su coraje, y **determinó de hacer** lo mismo que don Quijote; y así, le aguardó bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula a una ni a otra parte, que ya, de puro cansada y no hecha a semejantes niñerías, no podía dar un paso”

Aunque las intenciones beligerantes de los dos ‘enemigos’ quedaron ya más que claras, el narrador continúa retrasando la acción a base de superfluas digresiones, siempre tratando de imitar el estilo, ‘de hacer lo mismo’ que Ribadeneira.

Así debe entenderse la frase ‘viendo venir a don Quijote’, pues parodia la acción de Govea disponiéndose para la llegada de Loyola al colegio, para la encerrona que propiciará el castigo

VIDA	QUIJOTE
y <u>así manda que, en viniendo</u> Ignacio al colegio, se cierren las puertas dél, y a campana tañida se junten todos y le echen mano y se <u>aparejen las varas con que le han de azotar</u>	El vizcaíno, <u>que así le vio venir</u> contra él, bien entendió por su denuedo su coraje, y determinó de hacer lo mismo que don Quijote

La determinación del castigo tomada por Govea, sirve como referente para establecer la analogía con la decisión del vizcaíno

VIDA	QUIJOTE
<u>determina de hacer</u> en él aquel público castigo	<u>determinó de hacer</u> lo mismo que don Quijote

Pero ¿qué hizo el vizcaíno?

y así, le aguardó bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula a una ni a otra parte, que ya, de puro cansada y no hecha a semejantes niñerías, no podía dar un paso

El vizcaíno aguardó protegido la llegada de don Quijote y, como enseguida añadirá el narrador, con la espada levantada, en la misma disposición que Govea, con “las varas” levantadas y sin moverse del recinto donde se hayan concentrados para el castigo, de ahí la caprichosa e inverosímil incapacidad de la mula para moverse “a una ni a otra parte”. Al margen de las intenciones simbólicas, podría parecer lógica la primera excusa del narrador justificando la inmovilidad de la mula por cansancio, sin embargo, la segunda solo resulta aceptable como ocurrencia cómica, pues se atribuye a la mula capacidad de raciocinio (“no hecha a semejantes niñerías”), otra ingeniosa fórmula para poner en relación el acoso ‘oficial’ que, paralelo al del colegio, sufrió Loyola en París.

En efecto, sin respetar el orden cronológico y para aliviar de tensión los hechos, Ribadeneyra agrupa al inicio de la estancia de Loyola en París los dos encuentros que tuvo con la Inquisición.

El segundo ocurrió cuando Loyola se encontraba prácticamente dispuesto para marcharse de París. Habiendo sido acusado “*criminalmente ante el Inquisidor*”, él mismo se presentó voluntario para que se dictara sentencia

*Dice el Inquisidor que no hay **contra él** acusación ninguna criminal, mas que algunas **niñerías y vanidades** le han **venido** a decir, que nacían o de **ignorancia o de malicia** de los acusadores y que, como él supiese que eran **relaciones falsas y chismerías**, nunca había querido ni aun hacerle llamar; mas que, ya que estaba allí, que le rogaba que le mostrase su libro de los Ejercicios espirituales. Diósele Ignacio y leyóle **el buen Inquisidor** y agradóle tanto, que pidió licencia para trasladarle para sí, **y así** lo hizo. (Vida II, II)*

Según el Relato, el inquisidor respondió “que era verdad lo de la acusación; pero que no veía hubiese cosa de importancia. Tan solo deseaba ver sus escritos de los Ejercicios y viéndolos los alabó mucho, y rogó al peregrino le dejase copia de ellos, y así lo hizo”.

Partiendo de esa breve información, Ribadeneyra no solo introduce apreciaciones propias y “*chismerías*”, sino que se inventa un falso pretexto (“*ya que estaba allí*”) y la solicitud de una licencia (“*pidió licencia para trasladarle*”) que no fue tal pues, según

el Relato, el inquisidor “alabó mucho” los Ejercicios y exigió, aunque muy educadamente (“rogó”), una copia, mientras que, según Ribadeneyra, el mismo inquisidor, entusiasmado ante la calidad del libro, se hizo su propia copia. El resultado de la información es diametralmente opuesto, se pasa del diplomático ‘requerimiento’ inquisitivo a la estimulante admiración.

Pues bien, todas esas mentiras e invenciones han salido a colación gracias a que el narrador nos presenta a la mula del vizcaíno “cansada y no hecha a semejantes **niñerías**”, vocablo cuyo significado es, según Covarrubias, “todo lo que es de niños y de poca consideración”, lo mismo que, para edulcorar los hechos, le dijeron, según Ribadeneyra, al inquisidor sobre Loyola (“*algunas niñerías y vanidades*”) y que motivó la acusación y el “proceso contra él ante el Tribunal de la Inquisición” (R, 86)

Esa última frase del Relato, llamando a las cosas por su nombre (‘proceso y Tribunal de la Inquisición’), contrasta precisamente con el anterior fragmento de la Vida, ejemplo, una vez más, de las obsesivas intenciones manipuladoras de Ribadeneyra, que no solo rebaja la importancia de la denuncia formal ante el inquisidor con expresiones alejadas del lenguaje procesal y propias de patio de colegio (“*niñerías y vanidades*”, “*relaciones falsas y chismerías*”), sino que desprestigia a los acusadores (“*nacían o de ignorancia o de malicia de los acusadores*”) y, como siempre, adula interesadamente a la Inquisición (“*leyóle el buen Inquisidor y agrádole tanto*”)

En esa misma línea de crítica a la manipulación y al sensacionalismo de la Vida debe entenderse la no menos burlesca observación sobre el cansancio de la mula que, “no hecha a semejantes niñerías, **no podía dar un paso**”, expresión también utilizada en la Vida para pintar, junto a otras penurias y alivios pintureros, los sacrificios y la extenuación extrema del Loyola peregrino: “*era tanta la hambre y flaqueza que padecía, que sin poder dar un paso más adelante le era forzado quedarse donde tomaba la noche, hasta que de lo alto le viniese el remedio*” (Vida I, X)

VIDA	QUIJOTE
<i>mas que algunas <u>niñerías y vanidades</u> le han venido a decir</i>	de puro cansada y no hecha a semejantes niñerías , no podía dar un paso
<i><u>sin poder dar un paso</u> más adelante le era forzado quedarse</i>	no hecha a semejantes niñerías, no podía dar un paso

Parece que Cervantes, en su titánica tarea, jamás escribe una palabra si no entra en relación crítica con otra de las fuentes, de forma que el comentario permanece siempre abierto a continuas variantes surgidas de la interrelación con las fuentes.

ARMAS LEVANTADAS

Con don Quijote lanzado al ataque y el vizcaíno aguardando cubierto con la almohada, en medio de la más intrigante incertidumbre sobre el desarrollo de la terrible batalla, el narrador vuelve a interrumpirla para incidir en lo que ya sabemos y añadir información superflua sobre los circunstantes

Venía, **pues**, como se ha dicho, don Quijote contra el cauto vizcaíno **con la espada en alto**, con **determinación de** abrirle por medio, y el vizcaíno le aguardaba ansimesmo **levantada la espada** y aforrado con su almohada, y **todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que había** de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban; y la señora del coche y las demás criadas suyas **estaban** haciendo mil votos y ofrecimientos a **todas las imágenes** y casas de **devoción** de España, porque Dios librase a su escudero y a ellas de aquel **tan grande** peligro en que se hallaban.

Nada nuevo sobre la batalla y datos, poco concretos, sobre los espectadores que ralentizan de nuevo una información orientada, descaradamente, más hacia el lenguaje profundo que al exterior novelesco.

Volvamos, pues, al trasfondo del asunto, a Loyola, dentro de santa Bárbara dirigiéndose al aposento, y a Govea y a los preceptores del colegio preparados con las varas para el escarmiento.

Pero ¿por qué el narrador incide en el mismo asunto?

Para conjugar el trasfondo desde otra perspectiva no menos novelesca: la ya conocida persecución del ogro misterioso, de “*horrible aspecto y fiero semblante*”, incluida en el libro quinto de la Vida y dirigida, en plan asustaviejas, a quienes pretendan abandonar la Compañía o duden de la insuperable santidad de Loyola

Aquí en Basán vivía entonces un hombre, de nación italiano, por nombre Antonio el cual hacía una vida admirable y solitaria en una ermita, que se llama San Vito, la cual está fuera del lugar, en un cerro alto y muy ameno, de donde se descubre un valle muy apacible, que es regado con las aguas del río llamado en latín Meduaco y en italiano Brenta. Era este hombre anciano, lego, e idiota, y muy sencillo, mas severo y grave, y de los hombres tenido por santo [...] Algunos años después conocí yo a este padre, el cual tratando al padre Ignacio le tuvo en poco y juzgole en su corazón por imperfecto, hasta que un día, puesto en larga y fervorosa oración, se le representó Dios como a hombre santo y enviado del cielo al mundo para provecho de muchos. Entonces comenzó a avergonzarse y a tenerse en poco y a estimar lo que antes había desestimado, como él mismo después, corrido de sí mismo, lo confesó.

*Movido, pues, de la vida de Fray Antonio uno de los primeros compañeros de nuestro padre que estaba en Basán, comenzó a titubear en su vocación, y a dudar si sería más servido nuestro Señor seguir el camino comenzado, o vivir en compañía de aquel santo en contemplación, apartado de los primeros y del desasosiego e inquietud que la conversación de los hombres trae consigo. Y hallándose perplejo y confuso con las razones que de una parte y de otra se le ofrecían, **determinó de** irse al mismo fray Antonio y comunicar con él sus dudas y hacer lo que él le dijese. Estaba en este tiempo el padre Ignacio en Basán. **Fuese, pues,** aquel padre a buscar al fraile, e yendo, vio un hombre armado que, con horrible aspecto y fiero semblante, **con la espada sacada y levantada**, se le puso delante en el camino. Turbóse al principio y paró el padre, mas volviendo en sí, parecióle que no había por qué detenerse y siguió su camino. Entonces el hombre con gran ceño y enojo, arremete al padre, y **con la espada desenvainada**, como estaba, da tras él. El padre, **temblando y más muerto que vivo**, echó a huir y él a huir y el otro a seguirle; pero **de manera que los que presentes estaban** veían al que huía y no veían al que le seguía. Al fin de buen rato, el padre, **desmayado con el miedo** y asombrado desta novedad, y quebrantado **de lo que había** corrido, dio consigo desalentado y sin huelgo en la posada donde estaba nuestro Padre. (Vida V, IX).*

El avance de don Quijote con el que comienza el fragmento (“**Venía, pues,** como se ha dicho, don Quijote contra el cauto vizcaíno”), se inspira en el similar movimiento traslaticio iniciado por el jesuita en busca del fraile (“**Fuese, pues,** aquel padre a buscar al fraile”).

La imagen fija de don Quijote “**con la espada en alto**” y el vizcaíno “ansimesmo **levantada la espada**”, coincide con la del hombre de “*horrible aspecto y fiero semblante, con la espada sacada y levantada*” o, según insiste después, “**con la espada desenvainada**”.

Don Quijote avanza “con **determinación de** abrirle por medio”, algo que, simbólicamente, también podría decirse del jesuita, pues pretende ‘traicionar’ a Loyola cuando “**determinó de irse al mismo fray Antonio y comunicar con él sus dudas y hacer lo que él le dijese**”.

El resto de los personajes de la novela, situados en torno al lugar del combate (“**todos los** circunstantes **estaban**”), también se corresponde con los denominados en la Vida “**los que presentes estaban**”).

El miedo que en la Vida se atribuye al jesuita (“*El padre, temblando y más muerto que vivo, echó a huir*”), en la novela se le adjudica a los espectadores (“**temerosos y colgados**”) y finaliza la imitación con una frase alusiva a la expectación y el temor de los circunstantes (“**temerosos y colgados de lo que había** de suceder”) con la que se incide en el miedo del ‘padre’ (“*desmayado con el miedo y asombrado desta novedad, y quebrantado de lo que había corrido*”).

Cervantes transforma el insistente miedo del que se habla en la Vida, en el “temerosos y colgados” con el que se describe, además del temor, ese estar tan anhelosamente pendiente de lo que va a suceder, tan fuera de sí, equivalente al exagerado y peliculero “*desmayado con el miedo*”.

En general, da la sensación de que Cervantes nos sugiere que, para ilustrar un texto caballeresco, lo mismo vale la anécdota de la ‘sala’, la del ‘*agua frigidísima*’ o la del ‘*fiero semblante*’, todas están cortadas por el mismo patrón y con el mismo objetivo, por eso él las baraja y reparte en la novela a su antojo, eso sí, moldeando el viejo material con tal maestría que engendra formas inéditas y distendidas sin que se aprecien las antiguas

VIDA	QUIJOTE
<i>Fuese, pues,</i>	Venía, pues,
<u>con la espada sacada y levantada</u>	<u>levantada la espada</u>
<u>con la espada desenvainada</u>	<u>con la espada en alto</u>
<u>determinó de irse al mismo fray Antonio</u>	con <u>determinación de</u> abrirle por medio
<i>temblando y más muerto que vivo</i>	<u>temerosos y colgados</u>
<u>los que presentes estaban</u>	<u>los circunstantes estaban</u>
<u>con el miedo... de lo que había</u>	<u>temerosos... de lo que había</u>

SEÑORAS Y VOTOS

El resto del fragmento informa sobre la situación de la señora del coche y sus criadas la señora del coche y las demás criadas cuyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos a todas las imágenes y casas de devoción de España, porque Dios **librase a su escudero y a ellas de aquel tan grande peligro** en que se hallaban.

Tanto la exacta y exageradísima cantidad (“mil votos y ofrecimientos”), como los destinatarios (“todas las imágenes”) e incluso el apelativo, tan poco edificante, “casas de devoción de España”, parecen criticar “los excesos de una religiosidad demasiado exterior e idólatra, que concibe la relación con la divinidad de manera mercantilista”¹²³⁸. En ese sentido resulta reveladora otra historieta, de las que Ribadeneyra asegura haber escuchado de muy buena mano, situada también en París y en la que Loyola evita, con “*blandas y amorosas palabras*”, que un hombre (“*cercado de trabajos [...] rodeado de dolores [y] fatigado de tristezas y quebrantos*”) se ahorque, razón por la que el buen

¹²³⁸ López Llera.

hombre “hizo gracias a nuestro Señor que le había librado de tan grande peligro”.
(Vida V, X)

Cervantes se vale, una vez más, de la fantástica anécdota para acomodarla a la pantomima caballeresca de belicosos contrincantes y atemorizadas señoras que rezan y hacen votos suplicando clemencia

VIDA	QUIJOTE
<u>hizo gracias a nuestro Señor que le había librado de tan grande peligro</u>	estaban haciendo mil votos y ofrecimientos a todas las imágenes y casas de devoción de España, porque Dios librase a su escudero y a ellas de aquel tan grande peligro

Exceptuando las diferencias temporales, el paralelismo entre los textos es total. Se trata, en ambos casos, de dar gracias, o hacer ofrecimientos, “a nuestro Señor”, o a “Dios”, por habernos librado, o porque nos libre, de un peligro.

En definitiva, la pose aniquiladora de don Quijote y el vizcaíno como paralizados o, lo que es lo mismo, la batalla entre Loyola y los preceptores del colegio o, también, entre el humanismo y el fundamentalismo, puede leerse como una metáfora de la lucha fratricida que dos siglos más tarde, aún vigente el congelado combate, retrató Goya en la “Riña a garrotazos”.

PUNTO Y TÉRMINO

La “estructura narrativa del Quijote es extremadamente compleja. Desde el primer párrafo de la novela, damos con la presencia de varias capas de textos, con una sinfonía de voces y una baraja de manuscritos que complican la mediación y percepción de todo lo relatado. Como ha dicho George Haley, uno de los lectores contemporáneos más finos del *Quijote*, la novela de Cervantes constituye <<una exhibición magistral de palimpsesto>>, que al principio es narrada por una voz que introduce el personaje principal y continúa relatando su historia hasta el final del capítulo 8 de la Primera Parte. Es en este punto, en medio de la batalla entre don Quijote y el vizcaíno, cuando el manuscrito del que lee el narrador se acaba repentinamente”¹²³⁹

Pero está el daño de todo esto que en este punto y término deja pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpándose que no halló más escrito destas hazañas de don Quijote, de las que deja referidas.

En este punto el narrador interrumpe el relato, dejando en suspenso la acción que se está desarrollando, viejo truco utilizado, tanto en la tradición oral como en la escrita, para estimular el interés de lectores oyentes.

Eso, aparentemente, es lo que pretende Cervantes dejando a los dos contendientes frente a frente, con las espadas levantadas y dispuestos a descargarse un mortífero golpe del que ignoramos el final porque, por agotamiento de la fuente, el narrador de la historia “no halló más escrito”, detalle que viene a ratificar, explícitamente, el carácter documental de una ‘historia’ recogida por diversos autores, según se adelantó en el capítulo primero (“autores que deste caso escriben”) y en el segundo (“Autores hay que dicen [...] otros dicen), de forma que, ahora mismo, el narrador de la novela se presenta como un compilador de libros y documentos sobre la historia de don Quijote que, además de manejar datos procedentes de esos diversos autores, declara también

¹²³⁹ Gerli 2009: 588-589.

disponer de otros más impersonales aludidos bajo el nombre genérico de “anales de la Mancha”.

De esa amalgama de escritos en poder del narrador, él mismo distingue preferentemente uno, “el autor desta historia”, reconocido por la crítica cervantina como “el autor anónimo de los ocho primeros capítulos de la Primera Parte”¹²⁴⁰, un autor distinto del omnipresente narrador que ahora se disculpa porque “no halló más escrito destas hazañas de don Quijote, de las que deja referidas”.

Disponemos, pues, de un importantísimo dato, la existencia de un “autor desta historia” ajeno al narrador, y de dos considerables pistas alusivas al supuesto documento histórico en el que se narran las “hazañas de don Quijote”.

La primera es que en dicho documento debe encontrarse, además de la historia de don Quijote hasta ahora referida, la descripción de una batalla interrumpida en el preciso momento, en el punto y término, en que ambos contendientes se encuentran con las espadas levantadas y dispuestos a agredirse.

La segunda es que el documento debe contener, además, una disculpa sobre dicha interrupción.

El conocimiento de esas dos pistas podría aportarnos datos reveladores sobre el origen y la naturaleza de las fuentes porque, como dice Gerli, los “hilos rotos de la narración en los capítulos 8 y 9, son, pues, nada menos que la clave para el descubrimiento de los brillantes artificios que hacen destacar la fenomenología de la lectura producida por la naturaleza superpuesta de los textos que integran la historia de don Quijote. En el caso de la gran novela, la narración pone obstáculos deliberados a las estrategias de verificación e interpretación tradicionales de la lectura llevadas a la obra por sus lectores. Por lo tanto, o tenemos que sumergirnos dentro de su proceso de sabotaje hermenéutico, aprender de él y dejarnos llevar, o nos quedamos privados del sentido más profundo de la obra.”¹²⁴¹

RELATO INCOMPLETO

Para no privarnos del ‘sentido más profundo de la obra’ y manteniendo muy presentes el primer dato y las dos significativas pistas mencionadas, volvamos al Relato, fuente primitiva de la biografía de Loyola y cuya primera copia, la dejada por Gonçalves en Roma, constaba solo de ocho capítulos y otra importante peculiaridad: el capítulo octavo, debido a la salida precipitada de Gonçalves, quedó inconcluso y con el ya conocido final

Levantáronse en París grandes murmuraciones, máxime entre españoles, contra el peregrino; y nuestro maestro de Govea, diciendo que había hecho loco a Amador, que estaba en su colegio, se determinó y lo dijo, la primera vez que viniese a santa Bárbara, le haría dar una sala por seductor de los escolares. El español, en cuya compañía había estado al principio, y le había gastado los dineros, sin se los pagar se partió para España por vía de Ruán; y estando esperando pasaje en Ruán, cayó malo. Y estando así enfermo, lo supo el peregrino por una carta suya, y viniéronle deseos de irle a visitar y ayudar; pensando también que en aquella conjunción le podría ganar para que, dejado el mundo, se entregase del todo al servicio de Dios” (R, 78-79)

En las dos primeras líneas subrayadas termina definitivamente la escueta referencia a Govea y a la amenaza de “sala”. Loyola no quiso añadir nada más, de manera que si la única información existente sobre la estancia de Loyola en París fuera el Relato, careceríamos de noticias sobre cómo finalizó el intimidante castigo.

¹²⁴⁰ Maestro: 1995.

¹²⁴¹ Gerli 2009: 610.

Pero se da, además, la circunstancia de que en el fragmento siguiente, con la frase, también subrayada (“se entregase del todo al servicio de Dios”) finaliza el manuscrito castellano del Relato. “El resto tuvo que dictarlo Cãmara en italiano por no disponer en aquel momento de amanuense español”¹²⁴².

Recordemos que mientras Loyola narraba su vida a Gonçalves en Roma, él tomaba primero unas sucintas notas que, después de redactadas, dictaba a un amanuense español. Pero como la narración fue varias veces interrumpida por diversos motivos y no finalizó hasta la víspera de la partida de Gonçalves para Portugal, éste abandonó Roma sin haber concluido la redacción. Él mismo lo recuerda con precisión en el Prólogo al Relato

Pero, como yo estaba preparándome para ponerme en camino hacía ya días (de manera que el día que precedió a mi partida fue el último en que el Padre habló conmigo de aquellas cosas) no pude escribir todo por extenso en Roma. Y como no contaba con un amanuense español en Génova, dicté en italiano las notas que había tomado sumariamente en Roma, y di fin a esta escritura el mes de diciembre de 1555, en Génova.

El original del Relato quedó, pues, dividido en dos partes circunstancialmente diferenciadas. Una primera compuesta de ocho capítulos, el último incompleto, escrita en castellano, y una segunda compuesta por el final del capítulo octavo y los tres restantes, escrita en italiano.

Sabemos que de ese primer Relato, castellano e incompleto, circularon copias antes incluso de la partida de Gonçalves de Italia, de forma que durante los más de diez años transcurridos hasta que la Compañía decide secuestrarlo, pudo copiarse con absoluta libertad, eso sí, dejando siempre a los lectores con la incógnita sobre cómo salió Loyola de aquella terrible amenaza de “sala”. Incógnita no despejada por quienes dispusieron del Relato completo, pues tampoco en la parte italiana de la obra se añadía información relativa al final de la “sala”.

Teniendo en cuenta que el Relato ha actuado hasta ahora como eje estructural de la narración y como fuente de cada uno de los ocho primeros capítulos, la repentina interrupción de la novela en el mismo momento en que don Quijote y el vizcaíno se encuentran con los brazos levantados para atacarse, no puede ser otra cosa que la respuesta de Cervantes al final del capítulo octavo que viene parodiando, pero no del Relato completo, sino de la copia inconclusa dejado por Gonçalves en Roma.

ACCIONES CONGELADAS

Ni Laínez ni Polanco, los primeros biógrafos de Loyola anteriores al Relato, dieron noticia en sus escritos iniciales sobre el asunto de la sala. Solo Ribadeneyra ofrece una versión completa, y al parecer demasiado fantasiosa, sobre el desarrollo de los acontecimientos y sobre el transcurso de los momentos previos al desenlace. Por él conocemos el enojo de Govea y la meticulosa organización del castigo, la orden de que “*viniendo Ignacio al colegio, se cierran las puertas dél, y a campana tañida se junten todos y le echen mano y se aparejen las varas con que le han de azotar*”, y cómo cierran las puertas cuando entra y “*hacen señal con la campana, acuden todos los condiscípulos, vienen los maestros con sus manojos de varas (con que en París suelen azotar), allégase toda la gente y júntase en el general, que se había de ejecutar esta rigurosa sentencia*”.

¹²⁴² Carmen Artal, o.c.

Ahí se encuentra el punto exacto, aunque aumentado varias veces, donde finaliza el Relato y, también, el momento escogido por Cervantes para el final de la acción paródica del capítulo octavo.

Al no aparecer en el Relato más información que la alusión a la “sala”, Cervantes recurre a la Vida para representar, simbólicamente, los acontecimientos tan increíblemente recogidos por Ribadeneira, de quien absorbe, cómicamente, no solo la actitud de los preceptores parisinos armados de sus varas frente al valiente Loyola plantándoles cara con su doctrina de amor y perdón evangélico, sino que también traslada a la novela, y en tono de guasa, la tensión de los contrincantes y el no menos tenso temor de los espectadores angustiados.

No olvidemos que Loyola, según la almibarada prosa de Ribadeneira, se defendió ante Govea argumentando no acobardarse por el castigo, sino que solo “*temía la flaqueza de los principiantes, que aún eran en la virtud pequeñuelos y tiernos, y que lo mirase bien, porque le hacía saber que él, de sí, ninguna pena tenía, sino de los tales era toda su pena y cuidado*”, ni que esos ‘*principiantes...pequeñuelos y tiernos*’, han sido graciosamente transmutados en la novela en el atemorizado grupo de la “señora del coche y las demás criadas suyas”.

Igual que los preceptores parisinos aparecen dispuestos y congelados con las varas alzadas para castigar masivamente a un Loyola fuertemente armado de doctrina evangélica, el vizcaíno y don Quijote aparecen dispuestos y congelados en similar y simbólica situación de contienda.

DENUNCIA DEL SECUESTRO

La intención de Cervantes fue, en definitiva, dejar, en este punto, una referencia explícita al Relato, añadir una pista específica y rotunda sobre su estructura y sobre la presencia jerárquica de las dos fuentes fundamentales de la novela.

Para ello concibió la genial idea de hacer coincidir, formal y semánticamente, el contenido y la estructura del Relato, con el contenido simbólico y formal de la novela, explicando la interrupción de la historia truncada de los contrincantes como consecuencia del final, igualmente truncado, de la ‘historia’ del primer autor.

La interrupción de la batalla puede parecer a simple vista un “pretexto absurdo”¹²⁴³ o un simple “recurso literario frecuente en los libros de caballerías”¹²⁴⁴, pero en realidad se trata de un sofisticado recurso encaminado a especificar las características bibliográficas de las verdaderas fuentes de la novela, a confirmar que los ocho capítulos primeros, la denominada Primera parte del Quijote de 1605, se halla formalmente estructurada como una perfecta imitación de los ocho capítulos primeros del Relato, el libro secuestrado por sus mismos promotores y cuya identificación y vicisitudes deberá ser investigada y clarificada para comprender la “naturaleza superpuesta de los textos que integran la historia de don Quijote”¹²⁴⁵ y el “sentido más profundo de la obra.”¹²⁴⁶

Contamos, pues, con un primer autor indefinido, “el autor desta historia”, claramente identificable con Gonçalves, autor de las primeras fuentes fidedignas sobre Loyola, tal como reconoce el P. Jerónimo Nadal en el prólogo a la edición latina de Aníbal de Coudray escrito “probablemente en 1567”¹²⁴⁷

Escribió el P. Gonçalves parte en español y parte en italiano, según los amanuenses de los que disponía. La traducción latina es del P. Aníbal de

¹²⁴³ Muñoz Molina 1996.

¹²⁴⁴ Quijote 1998: 72: 104.

¹²⁴⁵ Gerli 2009: 610.

¹²⁴⁶ Gerli 2009: 610.

¹²⁴⁷ Loyola 1973: 1: 11.

Coudray, Padre muy docto y piadoso. Ambos, **autor** y traductor, viven todavía entre nosotros. (R, Prólogo Nadal)

Recordemos que la segunda pista dejada por el narrador sobre el supuesto documento histórico era que debía contener una disculpa sobre la interrupción de la batalla (“disculpándose que no halló más **escrito**”), otra sutil información que vuelve a encontrar respuesta en el Relato, concretamente en el prólogo escrito por Gonçalves en Génova y donde él mismo explica el porqué de la interrupción

Pero, como yo estaba preparándome para ponerme en camino hacía ya días (de manera que el día que precedió a mi partida fue el último en que el Padre habló conmigo de aquellas cosas) no pude escribir todo por extenso en Roma.

El narrador de la novela interpreta ese "no pude escribir " como una disculpa del autor, pero no porque realmente lo sea, sino porque él lo utiliza como pretexto para transmitir, solapadamente, una pista más para la identificación del Relato y de Gonçalves.

SEGUNDO AUTOR

Acto seguido, el narrador nos habla de un segundo autor

Bien es verdad que el segundo autor desta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada a las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos o en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen; y así, con esta imaginación, no se desesperó de hallar el fin desta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte.

El segundo autor, conocedor de todas las fuentes, artífice de la nueva historia de don Quijote y, tradicionalmente, identificado con Cervantes, se niega a “creer que tan curiosa historia estuviese entregada a las leyes del olvido”, otra astuta alusión al estado de secuestro en el que se encontraba el Relato, pues la frase hecha “entregada a las leyes del olvido” sugiere, además del olvido voluntario, la idea del olvido forzoso, en este caso, el secuestro impuesto por la cúpula de la Compañía.

Tampoco quiso creer el narrador, siguiendo en la misma línea de sutilezas, “que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos o en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen”.

Por segunda vez se sugiere una especie de reproche a una supuesta falta de curiosidad y, sobre todo, de valentía, porque cualquiera, no digamos siendo jesuita, debía estar interesado en conservar el Relato y demás escritos de los *primi fundatores*, el problema era arriesgarse. Los miembros de la orden estaban obligados por voto de obediencia, el resto de las personas por temor.

El Relato no estaba incluido en el Índice. Nunca se editó y, por tanto, ‘no existía’, nadie debía poseerlo ni mencionarlo porque, al no haber pasado por la censura, estaba tácitamente tan prohibido como cualquiera de los heréticos. La represión a esos niveles fue tan terrible que impedía no solo poseer libros prohibidos, sino copiar y guardar cualquier documento, o papel, que no hubiera pasado por la censura.

Precisamente el vocablo ‘papeles’ aparece en el Relato como referencia genérica a los autógrafos de Loyola (fundamentalmente al Libro de los Ejercicios) en el momento en que está siendo acosado por la Inquisición de Salamanca (“El bachiller Frías les vino a examinar a cada uno por sí, y el peregrino le dio todos sus **papeles**” R, 67), de forma que esta incertidumbre del narrador sobre la ‘curiosidad’ de los “ingenios de la Mancha” resulta una irónica negativa a aceptar que nadie se haya atrevido a guardar los escritos o papeles de Loyola.

En ese sentido vuelve a resultar ambigua la utilización del vocablo ‘ingenios’ para referirse a los estudiosos de la Mancha, pues así también se alude a la capacidad del

entendimiento para investigar “en todo género de [...] sutilezas, invenciones y engaños”¹²⁴⁸. La acepción, recogida por Covarrubias, coincide con las ambivalentes intenciones de un discurso orientado en esa misma línea de búsqueda o deseo de procurarse una copia oculta del Relato que, en ese caso, debería encontrarse en los “archivos” o “escritorios” de estos ingenios manchegos, apreciación significativa dado el carácter oficial o público del archivo y privado del escritorio.

Además de esos inteligentísimos datos alusivos, en conjunto, a la actitud temerosa de quienes debieron luchar, y no lo hicieron, por la supervivencia del Relato, el narrador aporta otro importante detalle no por impreciso menos expresivo, pues define a don Quijote como un “famoso caballero”, alguien que antes de salir al mundo, antes de haberse transmutado en el caballero andante de la novela, ya se perpetuaba como “famoso caballero” con fama y hazañas ampliamente recogidas por diversos historiadores.

Galimatías que de nuevo encuentra fácil explicación en relación con la figura de Loyola, en quien concurren, más o menos simbólicamente, todas las apreciaciones sugeridas por el narrador.

Ya en vida, y especialmente desde su muerte, Loyola se convirtió en una leyenda, en uno de los más ‘famosos caballeros’ del siglo XVI, cuyo nombre había extendido la Compañía por todos los confines del mundo y de cuya vida no solo se escribieron varias biografías sino que, dada la proximidad de su existencia, beatificación, canonización y la metamorfosis contrarreformista de la orden, su vida y milagros estaban en boca de todos.

Pero, además, Loyola era español y, metafóricamente, manchego pues, al margen de la caracterización y ambientación geográfica de la novela, Cervantes utiliza el topónimo Mancha en su acepción de “gran territorio distinto de los vezinos por alguna calidad que le diferencia dellos”, o sea, “Pedazo de terreno que se distingue de los inmediatos por alguna cualidad”¹²⁴⁹ y, en sentido simbólico, nación que, por sus diversas peculiaridades, resulta, peyorativamente, distinta de las demás. Es, en definitiva, lo que, andando los tiempos, vendría a conocerse como el famoso ‘spain is different’ que Cervantes, tan culto y, según Choni, tan ‘placeado’, debió sufrir en sus carnes.

FAVOR DEL CIELO

Al final del capítulo (“y así, con esta imaginación, no se desesperó de hallar el fin **desta** apacible **historia**, el cual, siéndole el cielo **favorable**, le halló del modo que **se contará** en la segunda parte”) se invoca, en conjunto, a la imaginación como impulsora de la búsqueda del resto de la historia de don Quijote, envolviendo todo el fragmento en una especie de ‘tono’ fantástico, de melodía alegórica que invita a la reinterpretación de un futuro texto que se logrará gracias a que el ‘segundo autor’ no perdió la esperanza (“no se desesperó”) de conseguirlo (“le halló”) y, también, gracias a la ayuda, o al favor, del cielo, una de las fórmulas usuales con las que vuelve a contactarse con la Vida, donde Ribadeneira¹²⁵⁰ acostumbra a finalizar los capítulos de forma muy parecida

*todos los rayos y resplandores que vemos en las obras que hizo salieron destas luces y visitaciones divinas que habemos contado, y de otras que tuvo su ánima algunas de las cuales en esta **historia con el favor divino se contarán**. (Vida I, VII)*

¹²⁴⁸ “Vulgarmente llamamos ingenio una fuerza natural de entendimiento, investigadora de lo que por razón y discurso se puede alcanzar en todo género de ciencias, disciplinas, artes liberales y mecánicas, sutilezas, invenciones y engaños” Covarrubias, Tesoro.

¹²⁴⁹ R.A.E.

¹²⁵⁰ “con el favor divino”, “con este favor de Dios”, “con aquel favor celestial que tuvo, “y con este favor celestial pasó con más alegría su trabajo”, etc

Concretamente, el capítulo núcleo de la Vida finaliza de manera semejante a la anterior y con la promesa de contar posteriormente alguna anécdota sobre Govea¹²⁵¹. Cervantes combina ese tipo de fórmulas para elaborar otras, aparentemente propias de los libros de caballerías, pero realmente hechas al modo de Ribadeneyra, según se aprecia claramente en el siguiente esquema donde, además del concepto ‘historia’, aparece el verbo ‘contar’, en idéntico tiempo y modo, y el favor divino o celestial.

VIDA	QUIJOTE
en <u>esta historia</u> con el <i>favor divino</i> <u>se contarán</u>	no se desesperó de hallar el fin <u>desta apacible historia</u> , el cual, siéndole el cielo <u>favorable</u> , le halló del modo que <u>se contará</u>

La ayuda del cielo parece aludir al trasfondo religioso, según se deduce de la igualdad establecida entre “*favor divino*” y “cielo *favorable*”.

También parece contradictorio el calificativo “apacible” aplicado a los hechos de don Quijote (“**apacible** historia”), a quien hemos visto dando, simbólicamente, cuchilladas y reveses o insultando y atacando, coléricamente, a mercaderes o molinos. Ni los libros de caballerías, ni las actuaciones hasta ahora conocidas de don Quijote pueden considerarse ‘apacibles’, pero sí las del Loyola peregrino y asceta en quien se inspira y a quien Ribadeneyra atribuye una permanente placidez (“*Sonrióse él, y con rostro alegre y apacible como solía, le dijo que no tuviese pena.*” *Vida V, V*).

En realidad, todo este último fragmento forma parte de la trama genial urdida por Cervantes para que, algún día, pudiera certificarse de forma inapelable la profunda relación del Quijote con el Relato y su historia, un mero pretexto para que nunca pueda separarse la novela “de las tensas circunstancias históricas que seguramente dieron lugar a estos <<divertimientos>>”¹²⁵² que Clemencín, tras dedicarle tanto tiempo, calificó de ‘negligencias’ derivadas de la “falta de plan con que se escribió el Quijote”, sobre el que, revelándonos su arrogante impotencia, concluye: “No pudo libro alguno hacerse menos de pensado.”¹²⁵³

FIN DE LA PRIMERA PARTE

Con agudeza y alegría, fingiendo poco pensar y mucho equivocarse u olvidarse, Cervantes planificó y estructuró el Quijote milimétricamente.

Con el capítulo ocho finaliza la primera de las cuatro partes en que aparece dividida la novela de 1605. Como hemos visto, su razón de ser es imitar formalmente los ocho capítulos del Relato incompleto dejado por Gonçalves en Roma, pero ¿por qué la totalidad de este primer Quijote aparece dividida en cuatro partes a las que en 1615 se añadió otra?

Porque habiéndose agotado el recurso de la primera fuente, del ‘primer autor’ (el Relato), el resto de la novela parodia la estructura global de la Vida, su originaria división en ‘cuatro’ libros, más un quinto añadido con posterioridad.

¹²⁵¹ “El bien que desto sucedió, tomando Dios nuestro Señor por instrumento a este doctor Govea para la conversión de la India Oriental, **contarémolos** a los dieciseis capítulos **deste segundo** libro, porque aquel será su propio lugar”

¹²⁵² Menocal 2003: 201-202.

¹²⁵³ Clemencín 1833: 192.

Aunque ya en la edición castellana de 1583 Ribadeneyra dividió en cinco libros la biografía de Loyola, el quinto lo dio “como una especie de apéndice y aparte de la vida; poniéndole nuevo prólogo, y de letra *cursiva*, lo que no había hecho en los otros cuatro”¹²⁵⁴.

De hecho, los últimos días de Loyola en Roma, incluida su muerte, se narran en las últimas páginas del citado libro cuarto de la Vida, de forma que la biografía *stricto sensu* queda ceñida a esos cuatro primeros libros, el quinto actúa como un “apéndice de virtudes, en que ya no hay orden cronológico”¹²⁵⁵.

Por esa razón el Quijote de 1605 aparece, como la Vida, dividido en cuatro libros, el último de los cuales finaliza con una serie de poemas burlescos entre los que siempre ha llamado la atención un ‘Epitafio a la sepultura de don Quijote’ antes de que se haya relatado su muerte.

En definitiva, tanto el Relato como la Vida juegan un papel definitivo en la estructura y organización de la novela. En estos primeros ocho capítulos todo ha sido pensado y planificado como una parodia total del Relato primitivo, como la ‘imitación perfecta’ con la que se logrará la excelencia de “lo que se escribiere”, pues se trata no solo de escribir y entretener, sino de rescatar del olvido y reinventar una historia y unos personajes capaces de transmitir la misma identidad y los mismos valores que la historia prohibida. Al mismo tiempo la Vida juega un papel relevante en cuanto sirve como aderezo, como prototipo de escritura retórica y disparatada donde se mezcla lo humano y lo divino sin ningún “cristiano entendimiento”. Siempre que ‘fallen’ las fuentes primitivas (caso del episodio de don Quijote y el vizcaíno) el narrador recurrirá a Ribadeneyra, identificado en el capítulo nueve como Cide Hamete Benengeli, un falso autor, situado entre la verdadera historia (Relato) y el segundo autor (Cervantes), y que “en gran parte, supera y aglutina a las fuentes indefinidas que antes nos transmitían la historia, sin que esto signifique que las fuentes indefinidas dejen de tener vigencia”¹²⁵⁶. En efecto, el Relato, la ‘fuente indefinida’ del ‘primer autor’, jamás pierde vigencia, funciona desde el principio al fin de la novela como eje estructural y diacrónico de los acontecimientos desarrollados tanto en la obra de 1605 como en la Segunda Parte de 1615.

CINCUENTA AÑOS

Una vez conocida la importancia del Relato en estos ocho capítulos primeros que se revelan como llave maestra para el conocimiento profundo del resto de la obra, recordemos el importante y controvertido dato sobre la edad de don Quijote ofrecido en el capítulo uno

Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años

Siempre ha resultado desconcertante vincular esa edad atribuida por el narrador a don Quijote con algunas ideas, episodios y vicisitudes que se le atribuyen al hidalgo a lo largo de la obra. Ni la agilidad, ni la rápida capacidad para recuperarse que muestra en tantas ocasiones parecen propias de un hombre de cincuenta años del siglo XVI.

Esas y otras circunstancias han generado continuamente la misma pregunta ¿Por qué Cervantes no ideó a su personaje un poco más joven? ¿Por qué lo imaginó desde el principio con edad tan inapropiada para las atribuciones con que iba a caracterizarle después?

¹²⁵⁴ Ribadeneyra 1952: 4.

¹²⁵⁵ Ribadeneyra 1952: 5.

¹²⁵⁶ López Navia 1996: 97.

La respuesta, como siempre, está en las fuentes, en la fidelidad y precisión imitativa con que aborda un trabajo que, como él mismo explica, no nace de la nada, sino a partir de una historia y de los textos que la contienen.

Si el texto originario es el Relato, si don Quijote surge como alter ego del Loyola contenido en dicha fuente, su edad simbólica debe corresponderse con la del texto desde donde nace, porque la personalidad definitiva de Loyola toma forma en el momento en que terminó de escribirse el libro que desde 1555 dio vida definitiva y ‘eterna’, no a Íñigo, sino a Ignacio, a quien reencarnará don Quijote.

Cuando la historia de don Quijote ve la luz en 1605, cuando el Loyola peregrino vuelve a salir a la palestra, ahora en figura de caballero andante, se cumplen exactamente los años a los que se refiere el narrador: “Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años”.

EPÍGRAFE OCHO

Una vez conocido el complejo y variado contenido del capítulo octavo, volvamos a su inicio, al análisis del ambiguo e irónico epígrafe, que dice así

Del **buen suceso** que el **valeroso** don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con **otros sucesos dignos de felice recordación**

El conjunto, a posteriori, rezuma ironía, pues tras conocer el resultado de unos episodios en el que don Quijote sale siempre trasquilado, o ridículamente mal parado, ¿cómo hablar de buenos, dignos y felices sucesos? ¿Qué triunfo o ganancia obtuvo de la aventura de los molinos o de las restantes?

Todo parece tan sarcástico como calificar a don Quijote de ‘valeroso’ cuando en realidad debería decirse ‘loco’. Porque no es valor, sino locura (como parece sugerir la expresión ‘espantable y jamás imaginada’) lo que le ha movido a lanzarse a ciegas e infructuosamente contra un gigantesco monolito mecanizado. Por eso el episodio se presenta como una “jamás imaginada aventura”, tan fuera de los límites de lo razonable que no existen precedentes en los anales de la literatura caballeresca. A ningún autor anterior se le hubiera ocurrido considerar ‘aventura’ semejante disparate.

Tampoco los “otros sucesos dignos de felice recordación” quedan exentos de ironía, pues ninguno de los dos episodios (ni el de los frailes ni el de la señora) parece digno, por lo menos a nivel caballeresco, de ‘feliz recuerdo’. Ambos inciden, como los molinos, en subrayar la locura de don Quijote.

De todo lo cual se extrae la conclusión de que el epígrafe resulta una especie de reflexión crítica, irónico-burlesca, a todo el contenido del capítulo, de forma que en vez de figurar como epígrafe, debería ubicarse a modo de conclusión, salvo que, como imaginamos, tanto sarcasmo tenga como objetivo, no los límites de la novela, sino el más allá de las fuentes ignacianas, concretamente el conocido fragmento de la Vida, dedicado “a los Hermanos”, en el que Ribadeneyra, con su característico lenguaje, realiza una serie de promesas, sobre el contenido del libro, que después incumplirá

*Destos originales se ordenó y sacó casi toda esta historia. Porque no he querido poner otras cosas que se podrían decir con poco fundamento, o sin autor grave y de peso, por parecerme que, aunque cualquiera mentira es fea e indigna de hombre cristiano, pero mucho más la que se compusiese y forjase relatando vidas de santos; como si Dios tuviese necesidad della, o no fuese cosa ajena de la piedad cristiana querer honrar y glorificar al Señor, que es suma y eterna verdad, con cuentos y milagros fingidos. Y aun esta verdad es la que me hace entrar en este piélagos con mayor esperanza de **buen suceso** y próspera navegación. Porque no habemos de tratar de la vida y santidad de un hombre*

*que ha muchos siglos que pasó, en cuya historia, por su antigüedad, podríamos añadir y quitar y fingir lo que nos pareciese. Mas escribimos de un hombre que fue en nuestros días, y que conocieron y trataron muy particularmente muchos de los que hoy viven; para que los que no le vieron ni conocieron, entiendan que lo que aquí se dijere, estará comprobado con el testimonio de los que hoy son vivos y presentes, y familiarmente le comunicaron y trataron [...] y **otros** **acaecimientos que sucedieron mientras que él vivió dignos de memoria.** Entre los cuales habrá muchas de las **empresas** señaladas, que siendo él capitán, se han **acometido** y acabado, y algunos de los **encuentros** y persecuciones que con su **prudencia** y **valor** se han evitado o resistido” (Vida, A los hermanos)*

Ribadeneyra parte del principio de que “casi” todo el contenido de la Vida “se ordenó y sacó” de los originales a los que acaba de hacer referencia, a los escritos, anteriores al Relato, de los *primi fundatores* y, también, al Relato en sí, al que, como ya sabemos, menciona de forma tan confusa y capciosa que nadie logró detectarlo. Desde luego el “casi toda” es, de entrada, muy objetable porque la mayor parte de las más de quinientas páginas del conjunto de la Vida no proceden de aquellos “originales”.

Igual debe leerse la siguiente aclaración: “no he querido poner otras cosas que se podrían decir con poco fundamento, o sin autor grave y de peso”. Vuelve a insistir en la autenticidad, en el rigor y “conocimiento de las fuentes y de los métodos críticos para su evaluación”¹²⁵⁷ que debe regir la labor del verdadero historiador. Predica, hipócritamente, una teoría que nunca pone en práctica.

Recordemos el fabuloso milagro del estallido y temblor del aposento de Iñigo, o la curación “en aquel mismo punto” obtenida, “creemos”, por mediación de san Pedro. ¿En qué fuente o en qué ‘autor grave’ se documentó para escribir la enorme cantidad de reflexiones y monólogos personales que le atribuye a Loyola?

Podría hacerse una lista, casi tan larga como toda la Vida, con las noticias dudosas, indocumentadas e inciertas que contiene.

Por eso resulta tan extraordinario, y tan lógico dentro del discurso de un auténtico manipulador, el razonamiento con el que justifica la autenticidad de todo cuanto escribe (“por parecerme que, aunque cualquiera mentira es fea e indigna de hombre cristiano, pero mucho más la que se compusiese y forjase relatando vidas de santos”) y el comentario ‘seudoteológico’ con el que cierra su disertación contra la falsedad histórica (“como si Dios tuviese necesidad della, o no fuese cosa ajena de la piedad cristiana querer honrar y glorificar al Señor, que es suma y eterna verdad, con cuentos y milagros fingidos”).

Cuentos y milagros fingidos, él mismo, como en acto fallido, resume exactamente lo que intenta negar, las argucias más características de una biografía donde la ideología y el interés particular están por encima de la verdad histórica.

No olvidar que los ortodoxos de entonces escribían con la absoluta seguridad de que nadie se atrevería a criticar ningún escrito enmarcado dentro del fundamentalismo. Gozaban de absoluta libertad y apoyo para mentir e imponer criterios. Al no existir la posibilidad de oposición y al carecer de autocritica llegaron a pensar que eran perfectos, que todo cuanto emanaba de sus bocas, o plumas, era verdad porque sí, por eso Ribadeneyra, firme en su rígido pensamiento, añade la siguiente frase de ensoberbecido y petulante escritor de pacotilla: “Y aun esta verdad es la que me hace entrar en este piélagos con mayor esperanza de **buen suceso** y próspera navegación.”

Piélagos, según Covarrubias, es “Lo profundo del mar” y, por traslación, “un negocio dificultoso de concluir, que no le halla pie el que entra en él”, de forma que

¹²⁵⁷ Casanova 2012.

Ribadeneyra, el sufrido autor de hercúleas tareas biográficas de la Compañía, gracias a la veracidad de todo cuanto va a decir, se adentra en el “*piélagos*” con mucha “*esperanza de buen suceso y próspera navegación*”, convencido de que todo le saldrá, o le ha salido (la *Dedicatoria* debió ser lo último en escribirse), muy bien.

Claro que un escritor como Cervantes, un experto en radiografiar textos, no debería estar muy de acuerdo con ese “*buen suceso*”, con los buenos ojos con que Ribadeneyra contempla su propio texto. Solo un loco, un soberbio o engreído puede leer verdades donde los demás ven mentiras. Precisamente, la información sobre los sucesos de París y, más concretamente, sobre la ‘sala’ y demás circunstancias que han servido de base para la parodia de los episodios del capítulo ocho de la novela, son un compendio de verbosidad y sensacionalismo que poco tienen que ver con la verdad histórica.

Pero él se siente tan satisfecho que habla de “*buen suceso*”, de un final feliz que alimenta el ego de quien se siente seguro de su triunfo y fuertemente respaldado. Algo semejante ocurre en la novela al definir como “*buen suceso*” la disparatada actuación de don Quijote.

En ambos casos los autores valoran los hechos de una manera y nosotros los vemos de otra, pero gracias a los referentes dejados por Cervantes, gracias a la interconexión entre la novela y las fuentes ignacianas, puede deducirse que la ironía cervantina al calificar de “buen suceso” el desastroso final de los molinos, también alcanza a la satisfacción de Ribadeneyra al definir como “buen suceso” el conjunto de despropósitos histórico-literarios que constituyen su obra, fuente permanente de los motivos, generales o específicos, que inducen y guían los aspectos más satíricos de la novela.

Por ejemplo, la aventura de los molinos se califica de “**espantable**” porque Ribadeneyra, en el capítulo núcleo y en plan melodramático, presenta a los maestros y estudiantes asistentes al castigo de Loyola como ‘admirados y **espantados**’ al ver a Govea arrojarse a los pies de Ignacio

*Sin dejarle hablar más palabra, tómale de la mano el doctor Govea, llévale a la pieza donde los maestros y discípulos le estaban esperando, y súbitamente puesto allí (con admiración y **espanto** de todos los presentes) se arroja a los pies de Ignacio, y derramando de sus ojos afectuosas lágrimas, le pide perdón, confesando de sí que había ligeramente dado oídos a quien no debía. (Vida II, IV)*

Al margen de la credibilidad de una anécdota de la que se carece de otra documentación contrastable, ¿no resulta hiperbólico y disparatado hablar de ‘espanto’, de horror y miedo, ante hechos tan poco inquietantes?

También el valor que se atribuye a don Quijote en el epígrafe (“el **valeroso** don Quijote”) está relacionado con el que Ribadeneyra asigna a Loyola en el caballeresco final del fragmento de la *Dedicatoria* que venimos comentando (“*Entre los cuales habrá muchas de las empresas señaladas, que siendo él capitán, se han acometido y acabado, y algunos de los encuentros y persecuciones que con su prudencia y valor se han evitado o resistido*”). Todos los vocablos subrayados se repiten continuamente en el Quijote como propios del subgénero caballeresco (“*empresas*”¹²⁵⁸, “*acometido*”¹²⁵⁹, “*encuentros*”¹²⁶⁰), lo que deja también muy claro la gran influencia que esa literatura parece haber ejercido sobre la Vida.

Lo mismo ocurre con el final del epígrafe (“con **otros sucesos dignos de felice recordación**”), también inspirado en otra frase del mencionado fragmento (“y **otros acaecimientos que sucedieron mientras que él vivió dignos de memoria”) en la que**

¹²⁵⁸ “por poco le hiciera dejar la comenzada **empresa**” (QI, 2).

¹²⁵⁹ “todas las hazañas que había **acometido**” (QI, 22).

¹²⁶⁰ “tanto género de encantamientos, tantas batallas, tantos desaforados **encuentros**” (QI, 49).

Cervantes introduce pequeñas variantes con sinónimos como “recordación” por “*memoria*”, o “sucesos” por “*acaecimientos*”.

Hasta la coletilla final (“dignos **de felice recordación**”) resulta un eco de las siempre afectadas e interesadas palabras de Ribadeneyra¹²⁶¹

<i>VIDA</i>	<i>QUIJOTE</i>
<u>buen suceso</u>	<u>buen suceso</u>
<i>con su prudencia y valor</i>	Valeroso
<u>otros acaecimientos</u>	<u>otros sucesos</u>
<u>dignos de memoria</u>	<u>dignos de felice recordación</u>
<u>de felice recordación</u> (<i>Vida III, XXIII</i>)	<u>de felice recordación</u>

La continua ironía latente en la totalidad del epígrafe no se dirige solo al más que evidente, desastroso y ridículo proceder del caballero don Quijote, sino a las no menos ridículas componendas del gran manipulador Ribadeneyra, capaz de defenderse de sus mentiras elevando a la categoría de verdad absoluta unos más que dudosos hechos, de los que pone por testigo no solo a dios, sino a toda aquella sociedad religiosa confabulada con sus mentiras.

Cervantes no pudo realizar a pecho descubierto la crítica que le hubiera gustado, pero ideó un complejo y fascinante método para que algún día, desde la libertad, pudiéramos hacerlo. Y en ello estamos.

CONCLUSIÓN OCHO

Aunque el Quijote resulta en su totalidad un enorme mosaico formado a base de infinidad de teselas procedentes de las fuentes ignacianas y caballerescas, el capítulo ocho, como los anteriores, muestra un clarísimo ejemplo de la astucia y habilidad de Cervantes para acomodar cualquier dato de las fuentes a sus intenciones burlescas. Además de un núcleo constante y relacionado con el capítulo, el conjunto aparece surcado por otros muchos referentes alusivos al temperamento de Loyola o a las circunstancias de su vida, todo entrecruzándose y formando un poliédrico fresco cuyas interconexiones entran indirectamente en relación generando todo tipo de ideas y sugerencias.

Como en otras ocasiones, en todo el enredo de frailes, molinos, autores e historiadores se aprecia la misma doble intencionalidad. Por un lado, parodiar la dudosa ética del autor de la Vida, por otro, reproducir, simbólicamente, la evolución de las fuentes primitivas de Loyola hasta sus últimas consecuencias.

Lo realmente hermoso es cómo lo hace, cómo transforma toda la información en literatura, cómo amalgama hechos históricos y crítica literaria con materiales caballerescos.

Especialmente bello resulta el final detenido de este capítulo octavo. Tras el impresionante trabajo de imitación estructural y semántica de toda la primera parte, como broche final se alza la sugerente estampa de don Quijote y el vizcaíno con las espadas en alto y dispuestos a propinarse el golpe mortal de cuyo desenlace nos priva, repentinamente, la comentadísima intervención del narrador, en correspondencia con la imprevista interrupción del Relato castellano a mitad del capítulo ocho, justo en el momento en el que Loyola se encuentra amenazado de la paliza en París.

¹²⁶¹ “*me ha parecido poner aquí parte de una extravagante y constitución perpetua de nuestro muy santo padre Gregorio XIII, **de felice recordación**” (*Vida III, XXIII*).*

Vistos así, los ocho capítulos primeros del Quijote se dibujan como el reflejo ondulante de los ocho primeros capítulos del Relato, “como una traducción de una confusa baraja de textos y, ante todo, como un libro sobre los libros y sobre la incertidumbre de la lectura [...] una obra profundamente renacentista ya que a lo largo de ella lo que se juega en su lectura y su interpretación es nada menos que la persecución y localización de la verdad.”¹²⁶²

¹²⁶² Gerli 2009: 587-588.